



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

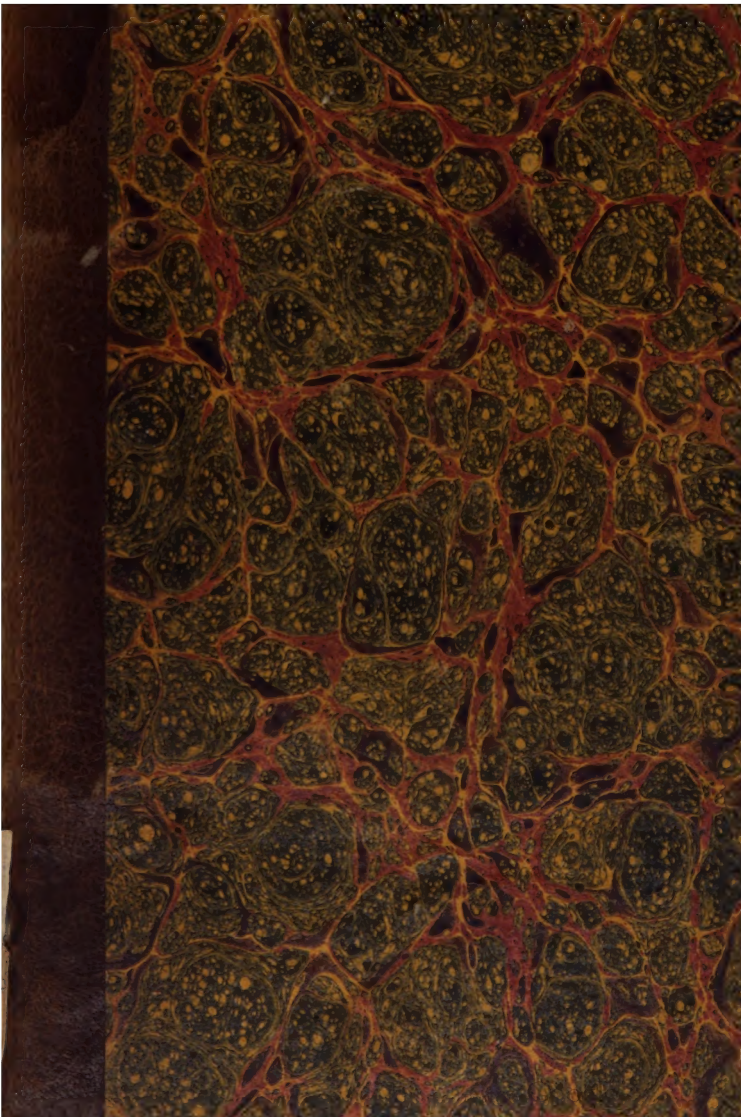
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

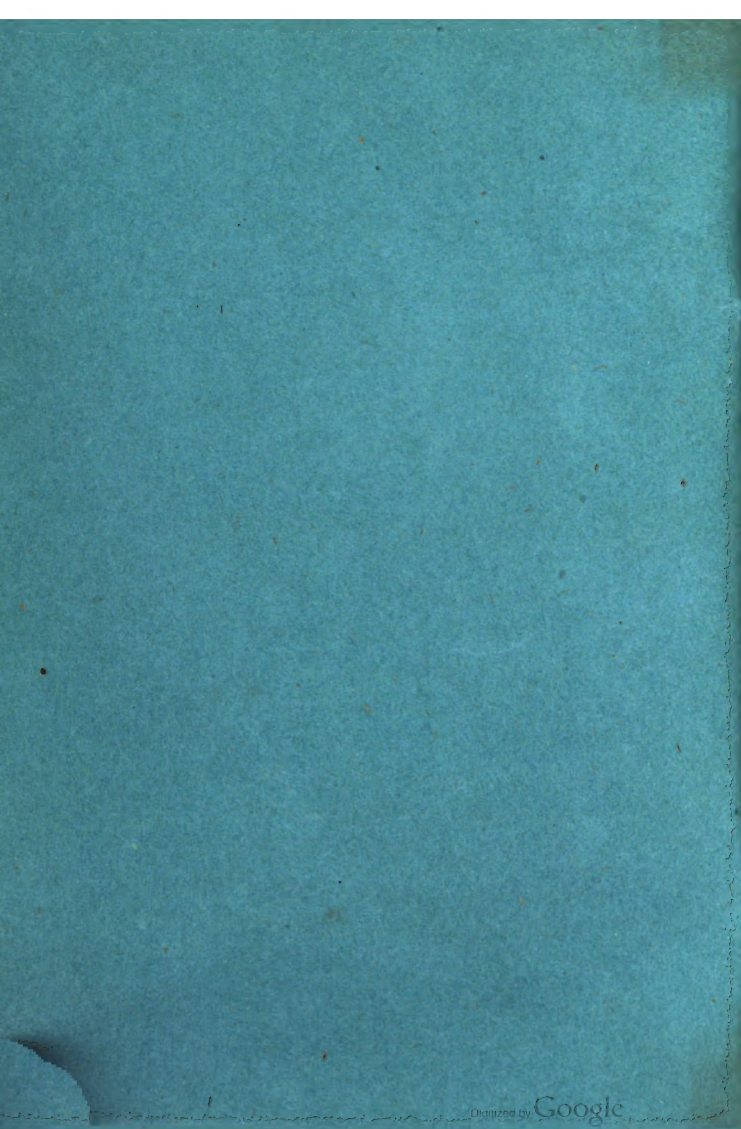


Condesa de Bor
Est. ~~Tabl.~~

76
5-1-8

Condesa de Bon
Est. ~~Tabl.~~

76
5-1-8





UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5325212329

PENSAMIENTOS
DE
SAN JUAN CRISÓSTOMO.

623404735
x 34696520

PENSAMIENTOS
DE
SAN JUAN CRISÓSTOMO
ACERCA DE LA PROVIDENCIA,

ESCOGIDOS EN LAS OBRAS DEL SANTO

Y ORDENADOS POR

D. JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUES DE CABAJARA.

6844

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

MADRID.—1862.

EDITOR, DON ÁNGEL MASÍA
calle de Hita, núm. 6.



17.232.633

Imprenta de Tejado, Silva, 12, bajo.

SAN JUAN CRISÓSTOMO.

Fué sin duda el siglo cuarto el de las mas admirables lumbreras de la Iglesia, y entre ellas el Crisóstomo una de sus mayores glorias. En elocuencia excedió no solo á los sábios oradores sagrados de su tiempo, sino á los de los siglos, que le habian precedido, y á cuantos le han seguido hasta nuestros dias. Este Doctor incomparable nació hácia el año 347 en la ciudad de Antioquía, capital del Oriente. Fué su padre Segundo, general de los ejércitos de Siria, y descendió al sepulcro ignorando que el niño que dejaba huerfani- to habia de ser el asombro del univer-

so. Su madre Antusa, aunque se halló viuda en la primavera de su vida, lejos de pensar en nuevo esposo, consagró su alma y su corazón á cuidar de aquel tesoro que la Providencia le había confiado. Y Dios premió el piadoso esmero, con que esta madre de inmortal memoria educó á su hijo Juan, porque vió sobrepujadas sus esperanzas en los adelantos prodigiosos que el niño hacía, recorriendo como un gigante el mundo de las ciencias. Sábese que el célebre sofista Libanio, aunque gentil, tuvo la honra de tenerle por uno de sus muchos discípulos de retórica, y que bien luego confesó la envidia que le causaba la dicha que los cristianos gozarían contando entre los suyos el maravilloso talento de este jóven. Sin embargo, y á pesar de sus excelentes disposiciones para la virtud, el privilegiado alumno de Libanio perdió con tal maestro,

disipándose algun tanto su espíritu sublime, y gustando de asistir á los teatros. Mas duró poco su distraccion, debiéndose á los consejos de su jóven amigo Basilio el que pronto volviera á la senda de la cristiana perfeccion.

Bellísima es la idea que los historiadores del Crisóstomo nos dan de él y de sus tres íntimos amigos, Basilio, Máximo y Teodoro, cuando estudiaban juntos la divina ciencia de la religion, teniendo por guia y maestro en los caminos de Dios al célebre Diodoro, que fué despues obispo de Tarso, y á Cartorio que gobernaba todos los monasterios de Antioquía. La oracion, el retiro, el estudio y meditacion de las Sagradas Escrituras y el platicar entre sí acerca de las cosas divinas eran las ocupaciones y las delicias de aquellos cuatro Benjamines del Dios de las virtudes. Uno de ellos se extravió perdido de

amores profanos hacía la jóven Ermione, y Juan inconsolable por la muerte espiritual de su querido Teodoro, le escribía cartas tan llenas de unción y de celestial sabiduría y de vehemencia patética y de profundo dolor, que al fin vencido por ellas, volvió Teodoro al servicio de Dios y á la vida contemplativa.

Era ya tan conocido el mérito de Juan, que á pesar de su juventud, los obispos de la Siria quisieron darle un obispado, pero su humildad le hizo huir y esconderse hasta que pasó el peligro. San Melecio, obispo de Antioquía, que por luz profética habia descubierto lo que seria para la Iglesia, le admitió á su mas íntimo trato, le confiaba sus secretos y le instruía como á hijo queridísimo en los arcanos mas profundos de la ciencia y de la santidad. Pero su espíritu, que anhelaba vi-

vir en Dios, le llevó á la soledad, y en ella estuvo cuatro años sujeto á un anciano solitario, venciéndose á sí mismo, y viviendo para la penitencia y para la contemplacion. Durante su retiro compuso el Santo sus tres libros sobre la vida monástica, porque fué entonces cuando Valente y sus arrianos hacian la mas cruda guerra á los monjes, arrancándolos de sus desiertos, arrojándolos en medio del bullicio de las ciudades, infiriéndoles toda clase de agravios, llevándolos presos ante los jueces, soterrándolos en cárceles horrendas y maltratándolos de mil maneras. Al intento de disfamar la institucion perseguida se opuso Juan, que la profesaba, y formó de ella en su obra la mas completa apología.

No se satisfizo el anhelo de santidad que abrasaba el alma grande de Juan con aquella especie de vida solitaria,

en la cual todavía le quedaba la dulce compañía de un anciano amable por sus virtudes; aspirando á mayor perfeccion, se encerró en una profunda caverna para entregarse mas y mas á la contemplacion de su Dios y á todos los rigores de una espantosa penitencia. Hizo dos años ese admirable género de vida, y al cabo de ellos la estenuacion de sus fuerzas y el peligro de muerte á que le conducian sus casi ilimitadas austeridades, le manifestaron que la voluntad del Altísimo era que volviese á lo poblado á ser la luz esplendorosa de sus conciudadanos y á alimentarlos para el cielo con su doctrina celestial. Pero no estuvo esta sin derramarse en inmortales escritos mientras con solo Dios vivió en la caverna del desierto. Era sin duda aquel un lugar muy á propósito para dar al mundo lecciones de eterna sabiduría. Allí, pues, compuso

el Santo sus seis libros sobre el Sacerdocio, cuyo eminente mérito han admirado todos los siglos posteriores. Á esta época pertenecen igualmente los que escribió sobre la divina Providencia con el fin de consolar á su amigo Stagyro, jóven de noble alcurnia, que habiendo dejado el mundo, á pesar de su inocencia, por altos juicios del Señor siempre dirigidos al bien y aprovechamiento espiritual de las almas atribuladas, se veia cruelmente atormentado por el enemigo del linaje humano. El Filósofo del cielo, como podríamos llamar á Juan con sobrado motivo, le descubre en ellos los arcanos del gobierno divino, y le hace beber los raudales del consuelo en el manantial de los amorosos designios del Todopoderoso.

El obispo de Antioquía Flaviano era ya viejo; pero Dios le habia dado en el Crisóstomo un auxiliar prodigioso, que

era como la luz y la firmeza de su fatigada ancianidad, su brazo derecho para todos los ministerios eclesiásticos. Lleno de la ciencia de Dios, de consumada virtud, vigilancia, actividad, valor invencible, caridad y celo ardiente, asombraba con su elocuencia, toda espíritu y fuego, que relampagueaba, tronaba y vibraba rayos irresistibles. Flaviano le elevó al sacerdocio, y por primera vez resonó en el púlpito el día de su consagración aquella magnífica trompeta del Espíritu Santo, y el pueblo de Antioquía salió del templo tan admirado de su talento oratorio y de su ciencia sublime como de su profundísima humildad, que fué entre sus virtudes inclitas la que mas resplandecía en su discurso. Muchas fueron las homilias, con que instruyó al pueblo de Antioquia, ora explicándole las sagradas Escrituras, ora afirmándole en

la fe al rebatir las heregías, ora dilucidando algun punto de moral, ó excitándole á la piedad, ó inflamándole en el divino amor. De ellas han hecho los autores eclesiásticos, los Santos Padres y los literatos y críticos de todas las edades los mas encarecidos elogios, dándole sin género de duda el primer lugar entre los cristianos oradores y ministros de la divina palabra. El Cardenal Orsi indicando su tierna devocion al Sacramento de nuestros altares, dice que ninguno de los Santos Padres ha hablado mas frecuentemente, ni con mayor energía, ni con mas vivos sentimientos, ni con expresiones más claras y magníficas así de la presencia real del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo en los divinos misterios, como de las disposiciones que deberíamos tener para recibirle en nuestros pechos.

Del profundo respeto y amor en-

centísimos, de que el Crisóstomo se hallaba penetrado para con la adorable Eucaristía, nacen los ardores de su fe y las extraordinarias gracias, con que el Altísimo se dignaba enfervorizar mas y mas su tierna devoción, premiando su eminentísima piedad. Tenemos de esto en San Nilo, autor contemporáneo, un testimonio irrecusable. Aquella gran luz, decia el Santo Abad Lib. 2, ep. 294, de la Iglesia de Bizancio y de todo el mundo, el admirable sacerdote Juan, tenia los ojos del alma tan iluminados que con frecuencia veia en la iglesia á los ángeles, y especialmente en el tiempo del sacrificio incruento; lo que lleno de asombro y regocijo refirió muchas veces con el mayor sigilo á sus mas íntimos amigos.»

Aunque la celestial lluvia de la doctrina del Evangelio salida de los labios

del Crisóstomo hubiera bastado para apagar en Antioquía el fuego de las pasiones y de los vicios entronizados, no llegó á extenderse por la ciudad demasiado entregada á ruidosos pasatiempos para atender á la voz de penitencia, que resonaba en la Iglesia. Fué preciso que la divina Providencia permitiese el desbordamiento de una violenta sedicion, en que el pueblo furibundo derribó y llenó de inmundicias las estátuas de los Emperadores, y que la consternacion y el espanto tendiesen sobre la estremecida Antioquía un manto fúnebre de sombrío dolor, para que al sentir la pesada mano de la indignada justicia levantase al cielo los ojos arrasados en lágrimas, y prestando atento oído al ministro de Dios, se convirtiese. Fué tal el pavor que se enseñoreó de los ánimos, tanto por los terribles castigos, con que se daba la

muerte hasta á los niños , cuanto por lo que se temia que sobreviniese de mayor duelo y ruina , que los ciudadanos huian y se escondian en montes , selvas y cavernas, ó encerrados en sus propias casas se deshacian en compungido llanto, ocupándose en aplacar la ira del Todopoderoso , que por medio de la justicia humana creian que muy en breve habia de descargar sobre ellos sus rayos irresistibles. En tan afflictiva situacion fué el Crisóstomo para Antioquía el ángel del consuelo y de la esperanza; fué un astro que disipaba las tinieblas de luto y horror. Las conversiones multiplicadas y sinceras eran fruto de la vehemencia de sus discursos, y curando las heridas de las almas, al mismo tiempo que las resucitaba para la vida de la gracia , las sacaba del sepulcro de dolor, en que las tenia abismadas la angustiadora desolacion.

Ni fué menor la caritativa solicitud, con que el obispo Flaviano, no obstante los achaques de su ancianidad, lo riguroso del invierno y el extremo apuro, á que una aguda dolencia tenia reducida la vida de su hermana única, se puso en camino para Constantinopla á fin de alcanzar de Teodosio con sus lágrimas, gemidos y súplicas dolorosas la clemencia y perdon para aquella ciudad, que temblaba verse devorada por el fuego é incendio de su ira. Admirable fué tambien el celo, que por la salvacion de los culpables y el consuelo de la ciudad desolada inspiró Dios á los monjes, que poblaban los antes solitarios bosques ó cavernas de las inmediaciones de Antioquía. Luego que oyeron que se hallaba en un abismo de dolor y embriagada con un cáliz de muerte, dejaron sus tranquilos hogares de retiro, oracion y penitencia, y vo-

laron á mezclar sus lágrimas con las de aquellos ciudadanos, de cuya compañía tiempo há que habian huido para siempre á fin de no hablar mas que con Dios en la soledad. Presentáronse de improviso á compartir con ellos su pesadumbre, y en actitud suplicante pedian á los jueces perdon y misericordia, ofreciéndose á ir en persona á conseguirla del mismo Emperador con su llanto y suspiros. Si no quereis, clamaban, suspender la ejecucion de la sentencia, sabed que junto con ellos hemos de morir nosotros. Consiguieron por último que se suspendiesen los castigos, mientras ellos intercedian cerca de Teodosio en favor de los reos; pero Elébico y Cesáreo, distinguidísimos personajes del imperio, que habian ido á Antioquía para ser jueces de aquella causa y con pleno poder de castigar, les ahorraron el trabajo de viajar

hasta Constantinopla á echarse á los piés del irritado Emperador para aplacarle, diciéndoles que bastaba que le expresasen sus votos en una carta suplicatoria. Mas con lágrimas que con tinta escribieron los santos solitarios su vehemente y humilde representacion al Soberano. Y el mismo Cesáreo se ofreció á llevarla á Constantinopla á fin de mover mas y mas con este paso el pecho de Teodosio á piedad y clemencia. Pero ya Flaviano se habia anticipado, presentándose al Emperador con la cabeza inclinada, llenos de lágrimas los ojos y cubiertos de confusion como si él mismo hubiera sido el autor de los males y de los ultrajes hechos á la imperial majestad. Teodosio al verle en semejante estado de abatimiento y penetrado de dolor por la culpa de su pueblo, se le acercó deponiendo su enojo, y no hizo mas que lamentarse

de la ingratitud horrenda, con que la ciudad de Antioquía habia correspondido á sus multiplicados beneficios. Flaviano tomó en seguida la palabra, y pronunció un discurso admirable compuesto segun algunos historiadores por San Juan Crisóstomo para arrancar del Emperador el perdon anhelado. Y Teodosio al oirle tuvo que violentarse para reprimir sus propias lágrimas. Su respuesta empapada en sentimientos de profunda religiosidad le honró mas que cien victorias. No solo perdonó á la ciudad culpable, sino que se mostró impacientísimo porque sin pérdida de tiempo llegára á Antioquía la noticia de su perdon. Celebróse esta volviendo Flaviano en la solemnidad de la pascua con festivas aclamaciones, y bendiciendo á Dios en medio del mas vivo y religioso entusiasmo para con el príncipe, que usaba de tan benigna in-

dulgencia, y para con su pastor anciano, que venia de conseguir el mas esclarecido triunfo de su caridad y de su amor entrañable á su mística grey. Hicieron estos agigantados sucesos brillar sobremanera la elocuencia y virtudes de Juan, y por eso los consigna su historia.

La elevacion del Crisóstomo á la Sede Constantinopolitana, que por hallarse en ella la corte imperial era de grandísima importancia en todo el Oriente, fué uno de los acontecimientos mas notables y gloriosos para la verdadera religion, que ocurrieron en el mundo poco antes de espirar el siglo cuarto. Señalóse con tan feliz suceso el año 398. No habia en el universo otro sacerdote mas digno de este puesto encumbrado. Admirabilísima elocuencia, celo infatigable por defender la verdad y la Iglesia, inmensa sabiduría, entendimiento

sublimísimo, corazón de fuego y todo abrasado en el divino amor, alma verdaderamente grande revestida con los resplandores de todas las virtudes cristianas, invencible fortaleza, caridad inagotable y continua asistencia de Dios que le iluminaba y le hacía irresistible en sus palabras y empresas, formaban á manera de un conjunto de maravillas reunidas en un solo hombre, que la divina Providencia parecía haber escogido para acumular en él los tesoros de la gracia y de la naturaleza. Así cuando murió Nectario, á pesar de que no faltaban ambiciosos, que codiciasen aquella mitra y de que el Crisóstomo de todas huía por su profunda humildad, lo mismo fué pronunciarse su nombre en la asamblea de los fieles y el clero, que ser proclamado á una voz por Obispo de Constantinopla. Tanta era la fama de su santidad, tan llenos estaban todos

los ámbitos de la tierra del ruido de los prodigios de su elocuencia. No obstante, habia que vencer una dificultad gravísima, y era la de arrebatarle al encendido amor que le profesaba la ciudad de Antioquía, que le consideraba como á su apóstol y como su mayor gloria. Á fin, pues, de que no se opusiera al empeño de quitarle tal hijo, que era para ella un verdadero padre, doctor y luz del cielo y su consuelo y vida en la amargura de horrendas tribulaciones, concibió la córte imperial el proyecto de sacarle de Antioquía sin que ninguno de sus moradores percibiese el hurto que le hacia la capital del imperio de Oriente. El conde Asterio, que mandaba en aquella ciudad, recibió órdenes secretas para que invitase al Crisóstomo á salir de ella á una iglesia inmediata, que se hallaba fuera de sus muros, y desde allí fué conducido

á Constantinopla con gran sorpresa suya y vivo sentimiento de verse hecho Obispo de la populosísima metrópoli. Fué en ella recibido con universales aclamaciones, que declaraban el ferviente gozo y entusiasmo de sus habitantes. Deseando el emperador Arcadio dar toda la posible solemnidad á la fiesta de la consagracion de San Juan Crisóstomo, hizo que muchos Obispos concurriesen á Constantinopla. Entre ellos se hallaba uno, en cuyo pecho habia puesto su trono la ambicion de dominar y someterlo todo á su poderoso influjo. Era Teófilo de Alejandría. Tenia sus miras sobre el obispado de Constantinopla; queria colocar en él á uno de sus adeptos. La santa libertad, que era como el carácter distintivo de San Juan Crisóstomo, desvanecia todas sus esperanzas sobre la imperial córte; sabia que con un varon tan incorrupti-

ble y firme no podia contar. Y así contradijo su ordenacion y consagracion; pero habiéndose hecho contra él diversas acusaciones, el ministro Eutropio le puso en la alternativa de consentir en la consagracion del Crisóstomo ó de ver como aquellas acusaciones iban á someterse al fallo del Concilio, que componian los Obispos reunidos en Constantinopla. Y Teófilo, dándose por vencido, consintió.

Desde el momento en que San Juan Crisóstomo subió á la eminente cátedra de Constantinopla, declaró la guerra á todas las herejías. Ya su primer sermon fué un trueno contra la secta de los Anomeos; los rayos, que les vibró la fulminante nube de su celestial elocuencia, se habian formado en el cielo de las divinas Escrituras. Pareciale que aterrada la herejía que negaba á Jesucristo su divinidad, y probada esta de

una manera incontestable, los judíos debían rendirse, y confesar los idólatras que él era el único y verdadero Dios venido al mundo del seno de su Eterno Padre y formado en las entrañas de la Virgen María por obra del Espíritu Santo. Infatigable se mostró en la campaña emprendida contra todos los herejes, pues ansiando dar la vida porque dejaran las sendas de perdicion y tomaran el camino que guía á la eterna bienaventuranza, no podia menos de agotar todos los recursos de su maravilloso ingenio y de su profunda sabiduría para convencerlos de sus errores y llamarlos al gremio de la única Iglesia verdadera. Pero si tan fervoroso era su celo por esas almas infelices, que no pertenecian á la grey que le estaba confiada, mucho mas vehementes eran los ardores de su caridad y mucho mayor su anhelo de salvar á los que miraba como á

sus ovejas , como á sus hijos queridos, considerando sus almas como joyas que el mismo Dios le habia dado á guardar para que en union de la suya se las devolviera en el cielo. De estos santos fervores , que abrasaban su pecho , salieron esas llamaradas de vivo fuego que resplandecian en sus discursos y de las que no es posible formar idea sino por sus mismas palabras. No habia para él mas gozo ni mas consuelo que el ver el adelantamiento de su pueblo en las virtudes. Si notaba que sus exhortaciones no producian el fruto apetecido , porque todavía anduviesen algunos vicios con la cabeza erguida , se le partia el corazon. No le bastaba el testimonio de su conciencia , que le tranquilizaba , persuadiéndole á que se salvaria , aunque á otros no consiguiese salvar. No se contentaba con que alcanzase la gloria eterna . una par-

te del pueblo encomendado á su pastoral solicitud; queria que todo él subiese á gozar de Dios. Si uno se perdía, parecía, según él mismo se expresaba, que también él se perdía. No podía sufrir la luz del sol cuando veía que se ofendía á Dios. Hallábase pronto á derramar su sangre por sus hijos, creyendo que con esto no hacía mas que cumplir una obligación imprescindible. Si alguno de ellos caía espiritualmente, no había consuelo para su dolor. Si no temiese, decía desde el púlpito, que podiais tener por una vana ostentación mis aflicciones, todos los días me veriais derramar torrentes de lágrimas; y solo Dios sabe cuántas derramo por vosotros donde no me veis. Tan ocupado me hallo en llorar vuestras culpas, que no me queda tiempo para llorar las mías. Por el cuidado de vuestra salvación me olvido de mí; y el dolor de

vuestro poco aprovechamiento me hace incurrir en muchas faltas en medio de la confusion y desmayo en que me abisma. Pero ¿qué debo hacer? Sois vosotros mi padre, mi madre, mis hermanos, mis hijos, y en una palabra, vosotros sois para mí todas las cosas. Deciales tambien: si hay entre vosotros alguno que dude de la sinceridad de estos mis sentimientos, muestra á las claras que no sabe lo que es ser padre de almas, pues quien experimenta la violencia de este amor preferirá que cien veces le despedacen al sentimiento de ver perderse por toda una eternidad á uno solo de sus hijos.» Con tal fuego de caridad, con tan impetuoso deseo de la salvacion de las almas, claro es que sus elocuentísimos sermones habian de tener por objeto principal la correccion de las costumbres y el encaminar á su grey por la senda del cielo.

Como huracan terrible, que troncha y abate y desparrama por el suelo los mas robustos árboles de la pradera, así la inspirada palabra del Crisóstomo derribaba los vicios, combatiéndolos hasta exterminarlos en la mayor parte de su auditorio, haciéndolo un pueblo sumamente agradable á los ojos de Dios. El lujo y los espectáculos profanos fueron tambien el blanco de sus invectivas formidables. Otro de los mas comunes argumentos de su predicacion fué la caridad de los ricos para con los menesterosos. Insistia en que los magnates del mundo han de bajar al sepulcro desnudos de todos los bienes que poseyeron, y en que si no han cuidado de enriquecer sus almas con los inmortales tesoros de la virtud, caerán al encendido abismo de la eternidad á llorar sin fruto alguno la pérdida de las sublimes riquezas de la gloria, á que el Señor

queria elevarlos, poniéndoles por pedestal de su inmarcesible bienaventuranza á los indigentes, cuya hambre debieron saciar para no verse faltos de todo bien por siempre, y solo ricos de un inmenso infortunio que jamás ha de acabarse. La incesante guerra, que hacia á la codicia y á la dureza de corazon para con los pobres, fué causa de que comenzasen á odiarle y á maquinar contra él no pocos malvados opulentos; pero el magnánimo pecho de San Juan Crisóstomo era una fortaleza inexpugnable. Si llegaba á su noticia que se murmuraba, que se le ponian asechanzas, que se urdian intrigas contra su sagrada persona, que se le dirigian furiosos tiros por la maledicencia y la calumnia, él redoblaba sus esfuerzos en favor de los desdichados y ardía en mas vehemente anhelo de contribuir á la salvacion de sus mordaces enemigos.

Su vida era tambien una continúa y persuasiva predicacion por medio de los luminosos ejemplos, que daba de todo género de virtudes. Como si su santo cuerpo se hallase poco fatigado con los incesantes trabajos del ministerio pastoral, afligíalo con rígidas penitencias, y todo el tiempo de que podia disponer lo empleaba en el estudio de la divina Escritura, privándose en las mas altas horas de la noche para meditarla hasta del sueño, durmiendo únicamente lo muy preciso para que al siguiente dia no le faltasen las fuerzas, que le eran indispensables para el cultivo de la viña del Señor. Huia de las conversaciones inútiles, de las visitas á los potentados de la tierra, de los espléndidos banquetes y de cuanto podia de alguna manera oponerse á su interior recogimiento y á la contemplacion de las verdades altísimas, en que estaba em-

bebido su endiosado espíritu. Era su mesa muy frugal, y no se avergonzaba de comer solo, porque todas las vanidades del mundo estaban debajo de sus plantas, y no vivia mas que para Dios. En su casa y familia hizo que reináran la modestia y la parsimonia. Nada tomaba de los bienes de la Iglesia para su propia manutencion, para la cual recibia lo necesario de Santa Olimpiades. Cercenó todos los gastos superfluos del palacio episcopal. Y no solo destinó todas las rentas eclesiásticas que sobraban, despues de cubiertas las atenciones del divino culto, á fundar hospitales y casas, donde pudiesen albergarse los forasteros pobres, sino que vendiendo objetos preciosos, que no hacian falta para el servicio de los altares, porque habia mas de los suficientes, con su importe atendió á socorrer las necesidades de los templos vivos de

Dios, que son los cristianos desvalidos, cuyo mantenimiento temporal y cuya salvacion eterna le eran mas caros que su propia vida, cuidando de ellos aun con mayor esmero que del esplendor de las iglesias.

Para conseguir el importantísimo objeto de la reforma de las costumbres y de la santificacion de todo el pueblo, se propuso el Crisóstomo velar particularísimamente sobre determinadas clases. Así predicó en especial á las vírgenes, corrigiendo un abuso que se habia introducido en Constantinopla. Con eficaz energía reprendió los vicios, que notaba en el clero, y le exhortó á vivir cual conviene á los ministros del santuario. Hizo lo mismo con las Diáconisas. Advirtió de los deberes de su estado á las demás viudas, tanto á las que se mantenian de las limosnas de la Iglesia, como á las que no dependian

mas que de sí mismas. Era suma su afición á los institutos monásticos, cuyas ventajas habia experimentado en su juventud, y habiendo encontrado muchos monjes en Constantinopla, hacia particular aprecio de los que se distinguian por la observancia del silencio, recogimiento, abstraccion de las cosas del mundo y amor al retiro y á la soledad. Cuidaba de que no les faltase nada de lo necesario á su mantenimiento, y procuraba que todos los respetáran. Y por el contrario se mostraba muy severo con los que frecuentemente se dejaban ver por calles y plazas. Su celo y afán de santificar á todas las clases de la sociedad hizo que estas se dividieran en dos bandos, uno de los cuales le era afectísimo, siguiendo sus consejos y amándole como á luz y padre de sus almas, en tanto que el otro obstinado en sus desarreglos le miraba como á un

ensor terrible, y no tenia para con él mas que ingratitud y aborrecimiento injustísimo. Vírgenes, viudas, eclesiásticos, monjes le amaban entrañablemente, y de un modo extraordinario se aprovechaban de sus lecciones sábias, mientras tampoco entre aquellos y estos faltaban quienes, no queriendo sufrir la barrera que intentaba poner á sus pasiones, rompian la valla del respeto debido á su autoridad y á sus virtudes altísimas, y en secreto y en público desahogaban sus atrevidos rencores. Mas el Santo Pastor menospreciando murmuraciones y agravios, con la misma libertad con que reprendia los vicios del vulgo, opugnaba tambien los desórdenes de los poderosos, y daba saludables consejos á los príncipes y á sus ministros, sabiendo que la potestad que los Pastores de la Iglesia reciben de Jesucristo para apa-

centar y regir su grey, no se limita al pueblo, sino que comprende á los grandes del siglo y á los monarcas mas encumbrados. Los señores del mundo unas veces se mostraron dóciles á su voz, que reprimia las injusticias y los desbordamientos de la maldad prepotente, y otras le persiguieron como á enemigo declarado. Arcadio y su esposa la emperatriz Eudisia fueron como el tipo de esas alternativas, que con alguna frecuencia nos señala la historia en los reyes y emperadores respecto de los apóstoles de las verdades evangélicas.

Parece, según se expresa el Cardenal Orsi, que fué mas constante y universal el fruto que produjeron sus sermones y ejemplos en el comun del pueblo. Pruébalo el numeroso concurso, que continuamente asistia á la Iglesia á oir la palabra de Dios y cantar himnos y sal-

mos no solo de dia sino tambien en las vigili-
as de la noche. Las personas, que
por justa causa no podian concurrir al
templo, interrumpiendo el dulce sueño,
se levantaban á media noche á orar y
alabar al Señor. Excitábalas á este de-
voto ejercicio el santo Obispo. El pue-
blo le obedecia con sumisa docilidad, y
asistia tan gustoso á estas sagradas
funciones, que el Crisóstomo no pudo
menos de manifestar públicamente su
alegría y mostrarse muy satisfecho.
Nada mas lejos de su ánimo que la
adulacion, y sin embargo dijo hablando
de las vigili-
as nocturnas empleadas en
oracion y cánticos divinos. «Los obis-
pos y predicadores, que de continuo
vienen á esta capital, son enseñados
por el pueblo, y procuran llevar á sus
países estas costumbres santas.» Dié-
ronle ocasion los arrianos para estable-
cer otro ejercicio devoto. No teniendo

aquellos iglesia dentro de Constantino-
pla desde la célebre ley de Teodosio
contra ellos, iban ciertos dias del año
procesionalmente á sus oratorios situa-
dos en las afueras de la ciudad, y di-
vididos en coros entonaban los salmos
davídicos. Á esta práctica daban una
jactanciosa importancia; que en los sen-
cillos é ignorantes podia haber produ-
cido alguna perniciosa impresion. Y
San Juan Crisóstomo á fin de evitarla
no quiso que fueran menos los católicos
en este género de alarde religioso. Es-
tableció, pues, solemnes procesiones,
en las cuales iban los fieles cantando
himnos y salmos, y repitiendo al final
de cada uno de ellos: *Gloria al Padre,*
al Hijo y al Espíritu-Santo para opo-
nerse mas directamente á otras expre-
siones heréticas, que en la misma
forma acostumbraban repetir los arria-
nos. Para mayor pompa y para dar un

carácter mas religioso á sus magníficas procesiones, dispuso que se lleváran en ellas varias cruces de plata, que á sus instancias costeó la emperatriz Eudisia, y que fueran como respetuosamente escoltadas por cirios encendidos, que resplandecían en las manos de los devotos fieles. Conservaban los arrianos la altanera arrogancia, con que en otro tiempo insultaban á los católicos, y llegó su osadía hasta arremeter á estos, trabándose una fuerte lucha. De aquí provino el que prohibiese el emperador Arcadio las procesiones de los arrianos. Las de los católicos subsistieron por mucho tiempo, aun despues de haber subido á la gloria el santo Obispo que las instituyó. Hacíanse dos veces á la semana las procesiones ordinarias; y tambien las habia extraordinarias, ocasionadas, las que se llamaban de penitencia, por los terremotos ú otras calamidades pú-

blicas , y las de fiesta y regocijo hechas para la solemne translacion ó recibimiento de las reliquias de los santos mártires , ó algun otro motivo semejante.

Entre los arrianos , en Constantinopla y en sus inmediaciones , habia muchos Godos ; y San Juan Crisóstomo para convertirlos se valió de los católicos de aquella misma nacion , haciéndolos cooperadores de su celo. Ignoraba el Crisóstomo el idioma gótico , y la mayor parte de los Godos el sirio y griego: por esta razon ordenó á algunos de ellos de lectores , diáconos y presbíteros ; les entregó una iglesia en la ciudad , y por su medio convirtió á muchos á la fe. Ni se limitó su ardentísima caridad á procurar la salvacion de aquellos bárbaros , que mas cerca tenia , sino que habiendo oido que algunos Scitas establecidos hácia el Danubio deseaban beber en las

aguas de la celestial sabiduría , buscó personas que fueran á instruirlos á imitacion de los Apóstoles , y ordenó un Obispo de aquella misma nacion , al cual el mismo Santo en su carta á Olimpíades llama el admirable obispo Unila. De cuanto se extendia su celo á dilatadísimas distancias da San Prócolo, citado por el Cardenal Orsi, un ilustre testimonio , diciendo que en la Siria habia despoblado las sinagogas que se oponian á Dios , y que en Cesarea dejó desiertos los lugares destinados á las culpas infames.

No fueron menos eficaces las diligencias , que practicó para exterminar la idolatría , ó por lo menos los monumentos de esta ciega supersticion en parte de la Fenicia , que la conservaba todavía á pesar de las terminantes órdenes con que Teodosio se propuso extirparla. Viendo su obstinacion , influyó podero-

samente el Crisóstomo con el emperador Arcadio para que diese aquella ley en que mandó demoler los edificios consagrados á los ídolos y despedazar las efigies de estos. Tal empresa en la Fenicia corrió toda por cuenta de San Juan Crisóstomo: creyendo que eran los siervos de Dios los que mejor desempeñarían semejante comision, escogió monjes para ejecutores de las disposiciones imperiales, y los envió á las ciudades y pueblos del Líbano, que tenían por capital á Damasco. No quiso que el dinero para los gastos, que habían de hacerse, saliera del erario público, y persuadió á que los costeáran á varias matronas tan distinguidas por su piedad como por su nobleza y opulencia, entre las cuales ocupaba el lugar primero su discípula Santa Olimpiades. Mientras el Santo conservó algun valimiento en palacio,

no hallaron los monjes resistencia y llevaban adelante la demolicion de templos é ídolos; mas luego que comenzó á ser perseguido, principiaron á experimentar igual mudanza de fortuna sus monjes comisionados: atreviéronse los paganos á insultarles y á vejarnos con fiereza tanta que algunos de ellos recibieron heridas considerables, y otros mas dichosos fueron preciosas víctimas de su ardoroso celo. Desde su destierro de Cucuso escribíales el Santo consolándolos y diciéndoles que habia dado las órdenes oportunas para que no les faltáran aquellos piadosos auxilios pecuniarios, con que hasta entonces habian sido mantenidos. Empero si fué tanta su apostólica solicitud en favor de países, con los cuales no tenia motivo particular de afecto, mayor sin duda alguna fué su premura desde el principio de su pontificado para que tuviesen

un término los males , que padecia su querida patria por un largo cisma demasiado célebre. Sentia en el alma que el Egipto , el Occidente y el mismo Vicario de Jesucristo no mirasen con buenos ojos á Antioquia por las funestas divisiones de sus habitantes católicos. Formó , pues , el plan de una perfecta reconciliacion ; envió á este fin varios obispos y presbíteros á Roma ; el Sumo Pontífice los recibió muy favorablemente ; y pronto volvieron los legados , de los cuales era el Obispo Acacio el principal , trayendo al Oriente una propicia resolucion del Pastor de los pastores fecunda en frutos de paz.

Entretanto que á grandes distancias del lugar en que residia obraba prodigios , derramando magníficos beneficios , el sublime genio de San Juan Crisóstomo , la santa libertad con que hablaba , aconsejaba y reprendia como verdadero

amigo y como intrépido prelado al ministro Eutropio, produjo en este hombre perverso una animadversion rencorosa hácia el Santo, que con fraternal bondad queria apartarle del precipicio á donde le conducian sus desórdenes, sus injusticias y su ambicion desmedida. Claro es que siendo Eutropio el que dictaba las leyes de su capricho á la corte, su ódio airado habia de ser para cualquiera muy temible, y que si en la acrisolada fortaleza del santo Obispo no podian hacer mella sus desafueros, por lo menos habian de contrariar sus miras y darle mucho que sufrir. Pero bien pronto la divina venganza derribó á aquel potentado de su elevada silla, y le despojó de su poderío y riquezas, reduciéndole á refugiarse en la casa de Dios para salvar su vida. Llegó á ser Cónsul, habiendo sido un vil esclavo, y de aquí vino su perdicion. Los mas

encumbrados personajes del imperio no pudieron llevar pacientemente el ultraje, que con semejante elevacion creian inferido á la majestad del mismo imperio, y revolvieron y maquinaron é hicieron tanto, que al fin Arcadio le privó de todos sus empleos y honores, y le arrojó de su palacio. Viéndole caído, el pueblo y el ejército se animaron á desahogar, dándole sangrienta muerte, el aborrecimiento y furor, que hacia tiempo hervian represados en sus pechos. No bien Eutropio oyó los primeros truenos de la tempestad, que contra él se levantaba, cuando corrió al templo, cuyas puertas habia cerrado él mismo para los desdichados perseguidos con una ley en que prohibió el asilo en las iglesias. Y no obstante, en esta ocasion quiso Dios mostrar con el protervo ministro cuánta es la grandeza de su misericordia, y cuán noble generosidad

abrigaba el magnánimo y compasivo corazon del Crisóstomo. El ofendido Pastor le abrió los brazos de su clemencia, le acogió en el lugar santo, y hasta expuso su propia vida por salvar la de su enemigo. No mostrarán semejante ejemplo de caridad enseñada por el divino Maestro entre sus mas ponderados filántropos los motejadores y adversarios de nuestra bienhechora y santa religion. El Crisóstomo fué llevado á palacio en medio de las oleadas del pueblo tumultuado y furibundo. Representó al emperador Arcadio las caritativas máximas del Evangelio y los conculcados derechos de la Iglesia. Despues su inflamada elocuencia hizo derramar lágrimas de compasion á los mismos, que habian estado como leones respirando fuego de ira y venganza; y puso de manifesto el humo de las grandezas humanas, que en un instante se disipa,

y presentó la patética antítesis , que ofrecia á los ojos de su auditorio ese mismo Eutropio tan rico, tan poderoso, tan honrado, tan soberbio y árbitro de la suerte de todo un imperio, ya caído de la cumbre de las prosperidades á un abismo de miseria, pálido como un difunto, hecho blanco de las iras de un gran pueblo, y trémulo de susto y de pavor, esperando una muerte, de que solo le preservaba el haberse acogido á los altares.

Dos generales godos Trivigildo y Gainas, que habiéndose concertado al intento, se hicieron oír de Arcadio con el estruendo de las armas de sus ejércitos, fueron la causa de la estrepitosa caída del ministro Eutropio, que por último fué miserablemente muerto. Estos mismos envalentonados con el buen éxito de su pretension, y desolando el Asia con sus falanges rebeladas, acu-

dieron otra vez al Emperador, poniéndole por condicion de paz el que les entregase á Aureliano y Saturnino, insignes personajes del imperio, el primero entonces mismo Cónsul, y el segundo ilustre por haberlo ya sido diez y siete años antes. Impulsados ambos por el nobilísimo sentimiento de un patriotismo nada comun, se ofrecieron por víctimas de la pacificacion del imperio, y se pusieron en manos de sus implacables enemigos. Pero la heroica caridad del Crisóstomo les salvó la vida. Voló el Santo al Asia, y por entre las armas de los sañudos bárbaros penetró en el campamento de Gainas, que como arriano le era hostil. Triunfó de él su divina elocuencia. El formidable Gainas se redujo á contentarse con el destierro de aquellos ínclitos personajes.

El Crisóstomo volvió á Constantino-
pla á continuar el curso de su apostólica

predicacion. Pero no transcurrió mucho tiempo sin que tornase á entrar en nueva y aun mas gloriosa lucha con el mismo Gainas. Habia este armipotente godo conseguido de Arcadio todo cuanto pretendia su petulante audacia, y se hallaba en Constantinopla nuevamente apoderado del mando no solo de las tropas de su nacion sino tambien de los ejércitos romanos. Á fuer de arriano celoso de los intereses de su secta, pidió á Arcadio que dentro de los muros de la ciudad le concediese una iglesia para sí y los suyos, diciendo que era altamente indecoroso que el general en jefe de sus ejércitos tuviese que salir por las puertas de Constantinopla á buscar un sitio en que hacer oracion. El Emperador que le temia, le dió buenas palabras y esperanzas de que le complaceria despues de haber deliberado sobre su propuesta. Llamó á San Juan

Crisóstomo; le enteró de la demanda del fiero godo, y le habló de su poderío y de sus perniciosos designios contra la ciudad y el imperio; y le exhortó á que no irritase á aquel bárbaro, negándole la iglesia que solicitaba para el ejercicio de su falsa religion. Y el generoso Obispo respondió á Arcadio: «Guárdate, ó Emperador, de hacer tal promesa y de conceder á los perros las cosas santas; porque jamás se verificará que me puedas persuadir á que prive de la iglesia á los que públicamente profesan reconocer al divino Verbo por verdadero Dios, y como tal le alaban, para entregarla á los que le blasfeman. No temas á aquel bárbaro; ordena que ambos estemos en tu presencia; tú solo oirás; y á mí me dejarás el trabajo de oponerme á él. Te prometo reprimir su avilantez de tal modo que no tendrá atrevimiento para volver á pedirte lo

que no conviene que le concedas.» Estas palabras comunicaron al Emperador algun aliento, y dispuso que al dia siguiente viniesen ambos á palacio. Gainas, como estaba seguro de lograr su intento, fué á la hora señalada, y el Crisóstomo se presentó acompañado de varios Obispos. El terrible general instó al débil Arcadio á no faltarle á la promesa, que le tenia hecha. Replicó San Juan Crisóstomo que profesando Arcadio la verdadera piedad, nada podia conceder en perjuicio de las cosas divinas. Gainas repuso que era justo que se le diese una iglesia, donde ofrecer á Dios sus oraciones; y San Juan le dijo: todas las tienes abiertas; y si quisieres hacer oracion, nadie te impedirá la entrada. Yo, repuso Gainas, soy de otra secta, y pido para mí y para mis compañeros una iglesia, la que despues de tantos peligros y guer-

ras á que me he expuesto por el servicio de los romanos, me parece tengo derecho de pedir. Si has servido á los romanos, le respondió intrépidamente el santo Obispo, tambien has conseguido premios muchos mayores que tus servicios, pues te veo con vestiduras consulares y tienes el mando supremo de los ejércitos. Te suplico que reflexiones lo que fuiste y lo que eres ahora; tu antigua pobreza y tus riquezas presentes; cuáles fueron tus vestidos antes de que pasases el Danubio, y cuáles son ahora las ricas galas con que te vemos adornado. Por tanto pondera lo ligeras que han sido tus fátigas, y lo grande y magnífico de las recompensas.» Trájole en seguida á la memoria el modo cómo huyó de su patria, y cómo le salvó el emperador Teodosio, padre de Arcadio, y que habia jurado ser amigo de los romanos, fiel á Teodo-

sio, á sus hijos y á sus leyes. Y al decir esto el Crisóstomo sacó del pecho el edicto solemne, con que Teodosio prohibió á los herejes el juntarse dentro de los muros de la ciudad. Vuelto al Emperador le exhortó á conservar inviolable aquella ley publicada para contener y reprimir las herejías, y claramente le dijo que era mucho mejor perder el imperio que entregar la casa de Dios á los herejes. Con semejantes palabras, concluye Theodoreto, aquel Doctor del universo cerró la boca á Gainas, y le impuso silencio.

Sin embargo, parece que Gainas habia nacido para terror y tormento de Arcadio y de su imperio. Su gigantesca ambicion no reposaba, y concibió la idea de usurpar la púrpura. Á este fin reunió en Constantinopla muchedumbre de tropas godas y alejó las romanas, cuyo mando le estaba confiado. Habia

resuelto quemar vivo á Arcadio en su mismo palacio , y para ejecutarlo envió varias noches gente armada de su nacion ; pero aunque eran distintos los godos , que cada noche mandaba , unos y otros volvian diciendo que el palacio estaba guardado por una porcion de guerreros dispuestos á la batalla. El mismo Gainas fué una noche , y vió que era verdad lo que le referian. Creyó que era un ejército , que durante el dia estaba escondido , y de noche salia á defender el palacio. Mas se engañó. Eran ángeles los guerreros que lo defendian. Sin duda fué este prodigio un premio de haberse Arcadio adherido al parecer del Crisóstomo en negar á Gainas el templo , que le pedia para los arrianos.

Por último , Gainas arrojó la máscara , y volvió á declararse en rebelion abierta , desolando la Tracia con sus

godos. En tal conflicto recurrió el emperador Arcadio al Crisóstomo, y le envió con una legacía á donde el feroz godo tenia puestos sus reales. Al oir Gainas que llegaba el santo Obispo, recordando sus excelsas virtudes y su maravillosa fortaleza, se sintió poseído de admiracion y respeto para con aquel embajador incomparable, y gloriándose jubilosamente de tener tal legado en su cuartel, salió á recibirle, y le cogió las manos y se las puso sobre los ojos en señal de acatamiento, é hizo que sus hijos se le postráran y le abrazáran las rodillas. San Juan Crisóstomo consiguió su intento concertando, segun parece, un tratado de paz, aunque no transcurrió mucho tiempo sin que el bárbaro prepotente lo violase, atropellando de nuevo los pactos y las leyes del agradecimiento, y cubriendo de luto y de horror provincias dilatadas.

En el año primero del siglo quinto obligó la caridad á San Juan Crisóstomo á emprender un viaje á Éfeso, cuyos habitantes le llamaron á fin de que con su direccion y consejo fuese elegido el Obispo que faltaba para aquella populosa ciudad y con el influjo de su santidad y sabiduría se remediasen los males de su Iglesia. Á pesar de que el insigne Prelado de Constantinopla se hallaba enfermo, y era muy rigorosa la estacion del invierno, se embarcó, y hubo de costarle su audaz celo el verse por dos dias expuesto á los embates de una furiosa borrasca. Saltó en tierra en Apamea, puerto de la Bitinia, y prosiguió su viaje en compañía de dos Obispos. Habia mucho que corregir en el Asia. La fortaleza de San Juan Crisóstomo era una virtud poderosa, que á manera de un gran torrente todo lo derribaba, lo allana, lo vence, lo limpia. De-

puso en un Concilio á varios Obispos de mala nota, despojó de sus templos á los herejes Novacianos y Quatordecimanos, y arrancó de la Frigia el infame culto de la diosa Cibeles. Todos estos hechos grandiosos, que por sí solos bastaban para dar inmortal renombre á los mas esclarecidos atletas del cristianismo, fueron en el Crisóstomo fruto de un solo viaje y obra de muy breve tiempo.

La vuelta del Crisóstomo á Constantinopla fué un verdadero triunfo. Toda su amada grey salió á recibirle, llenando el aire de sus festivas y entusiastas aclamaciones. Ni fué menos notable el expresivo afecto, que el Santo le manifestó en un discurso, que respiraba la mas suave unción y la caridad mas viva. Es verdad, decia á su pueblo, que jamás me he separado de vosotros, porque no salí de la ciudad; me embarqué, navegué y mantuve de la otra

parte del mar sin vosotros. Yo me hallaba ausente con el cuerpo; pero mediante la caridad, que no está sujeta á los confines ni á la estrechez de los lugares, estaba en medio de vosotros con el espíritu. Cuando me hallaba en medio de las olas, os acompañaba en la iglesia, asistía al altar y ofrecía vuestras oraciones al Altísimo diciendo: «Ó Señor, conserva la Iglesia que me has encomendado.»

Motivo tenía el Santo para estar satisfecho de la fidelidad de su pueblo, pues había este resistido á las malévolas insinuaciones de Severiano, Obispo de Gábalis, que durante su ausencia fué á aquella imperial córte con miras ambiciosas, y logró captarse el afecto de la emperatriz Eudisia, prendada de las elocuentes formas de su predicacion. No por espíritu de rivalidad, sino por el bien de su grey amada procuraba ale-

jarle el prudente Pastor; pero se oponia á esta resolucion la poderosa Emperatriz. Sin embargo, se llevó á cabo, porque la paciencia del Santo tuvo su término á causa del escándalo ocasionado por una pública blasfemia de Severiano; le intimó, pues, que saliera de Constantinopla y se restituyera á su obispado, como se verificó. Con todo eso insistia la Emperatriz en el empeño de tener á su lado á Severiano, sin que hubiese conseguido doblegar la fortaleza de ánimo del Santo Doctor en negárselo, hasta que recurrió á un hecho verdaderamente mujeril, y que denota un corazon enfermo de pasion muy impropia de la augusta dignidad de esposa de un emperador. Púsole un dia á su ternuzuelo hijo Teodosio sobre las rodillas, y por aquel inocente niño le rogó que dejase volver á Severiano. Enternecido el Crisóstomo se rindió á súplica tan

vehemente, y el Obispo de Gábalis regresó á Constantinopla. Pasó mas adelante la extraordinaria proteccion que los Emperadores dispensaron á Severiano. Hicieron que San Juan Crisóstomo hablase al pueblo en favor de este Obispo; y efectivamente empleó el Santo toda su elocuencia en lograr que los habitantes de Constantinopla olvidáran los resentimientos de que habia sido objeto por su conducta nada laudable el Obispo gabalitano. No obstante, parece que la reconciliacion de ambos Obispos tuvo muy poco de sincera por parte de Severiano. En cuanto al Crisóstomo, sabemos que su grande alma era un fuego de purísima y viva caridad, y esto nos basta para persuadirnos de que verdaderamente echaba en olvido sus ofensas.

Cierto es que poco despues este mismo Severiano formó parte de la

conjuracion de Teófilo de Alejandría, Acacio de Berea y Antioco de Tolemaida contra el incomparable Obispo de Constantinopla. Á estos cuatro malos Prelados se unieron todos aquellos, para cuyos vicios incorregibles era un rayo la elocuencia del Crisóstomo. Natural es que la maldad se oponga á la virtud, y los secuaces de Satanás al mensajero del cielo. Su pueblo le amaba en extremo; mas en tan populosa ciudad no habian de faltar potentados, ni plebeyos que llevasen á mal las patéticas exhortaciones que les hacia para apartarlos de los caminos de su perdicion eterna. Esta la causa de la guerra que le declararon. Movi6 la envidia á los cuatro Obispos mencionados, y parece que el infierno se propuso sublevar á todo el universo contra el Santo que mayor daño le causaba. El principal empeño de los enemigos del Crisóstomo fué el

persuadir á la emperatriz Eudisia que el santo Prelado dirigia contra ella las saetas de su predicacion fulminante. Decíanle que ella era la aludida en cuanto él tronaba contra los vicios, la vanidad y soberbia de los grandes. No era difícil mover con tales artes el corazón de una mujer sentada en el pináculo de las grandezas humanas y desnuda de las armas de una verdadera virtud, y por lo mismo propensa á los extraordinarios movimientos de inflamables pasiones. Las de los enemigos del Crisóstomo no hallaban en su conducta episcopal cosa alguna que pudiese servir de cimiento al edificio de sus pérfidas calumnias, y así procuraron atribuirle depravadas intenciones hasta en aquellos mismos hechos, que iluminaban con mayor luz de gloria el curso de su vida. Vano empeño. Fué preciso recurrir á grandes distancias para aumentar

las falanjes del odio. Ningun provecho para su mala causa sacaron los emisarios enviados á Antioquía á fin de investigar cuanto hizo en aquella ciudad y hallar algo de que acusarle.

Pasaron los mares las diligentes pasiones conjuradas para la ruina del Crisóstomo, y encontraron en Alejandría un poderoso auxiliar en Teófilo su Obispo, tan célebre por haber capitaneado á los que persiguieron al hombre mas ilustre por sus ínclitas virtudes y su inmensa sabiduría. Sin embargo, acaso no hubiesen conseguido todo lo que pretendian á no haber tomado el Crisóstomo en la guerra suscitada por Teófilo á los monjes de la Nitria una parte, de que le fué imposible prescindir. Obligáronle, no á mezclarse en la ruidosa contienda del origenismo, sino únicamente á interceder con prudente moderacion en favor de cincuenta mon-

jes perseguidos , su caridad y la estre-
chura , en que por decirlo así , para no
poder obrar de otra suerte le puso la
divina Providencia. Aquellos monjes , á
quienes la historia nos representa vir-
tuosos , prófugos y perseguidos en di-
versos países , llegaron á Constantinopla ,
y fueron á arrojarle á sus piés , bañán-
dolos en sus lágrimas , y rogándole
que les diese un asilo. La compasion
del Santo no se lo podia negar. Despues
le comprometieron á escribir algo á
Teófilo en favor de su inocencia , y tal
fué la mas inmediata causa de la furiosa
borrasca , que movió aquel en contra
del santísimo Prelado de Constanti-
nopla.

Poco despues hizo este cuanto estuvo
á su alcance para cortar las desavenen-
cias , que hervian entre los monjes de
uno y otro partido ; pero no habiéndolo
podido conseguir , determinó no dar

mas pasos en este negocio, no volviendo á mezclarse en él. Los monjes refugiados en Constantinopla recurrieron á la Emperatriz, y ésta ordenó que compareciese Teófilo en aquella corte. Dilató su viaje todo el tiempo que le fué posible el astuto Teófilo. Y entre tanto los enemigos del Crisóstomo encendieron contra él en ira femenil el pecho de la Emperatriz, calumniando al Santo. Eudisia crédula, soberbia, irritada y vengativa, solo pensó en los medios de oprimirle con todos los recursos de su intrigante poderío, y en su consecuencia persuadió al débil emperador Arcadio que á la mayor brevedad hiciera venir á Teófilo, de quien ella sabia que era acérrimo enemigo del Prelado de Constantinopla. Saber Teófilo las nuevas disposiciones del ánimo de Eudisia y ponerse en camino para secundarlas fué todo uno. En Cal-

cedonia reunió un conciliábulo contra el Santo, llegó á Constantinopla, y pronto abrió contra él un proceso fundado en las calumniosas acusaciones de dos diáconos justísimamente depuestos por sentencia de su legítimo Pastor, á pesar de que el ejemplarísimo Juan hacia muy poco que habia rehusado ser juez de la causa de Teófilo. ¿Pero á qué detenernos en la narracion de los indignos manejos de Teófilo, que halló hombres sin conciencia que secundáran sus intentos malévòlos? Baste decir que la córte de Constantinopla estaba decidida á proteger y llevar á cabo la infame trama urdida contra el Crisóstomo, y que lo hizo con todo el peso de su imperial autoridad. En vano cuarenta Obispos, y entre ellos siete metropolitanos, reunidos al rededor del Crisóstomo reclamaban y daban por nulo todo lo hecho contra él por Teófilo y sus

secuaces en el conciliábulo llamado de la Encina; las violencias de la injusticia pudieron mas; se atropellaron los santos fueros de la razon y del derecho. Tocando ya el Crisóstomo este resultado, se volvió á los cuarenta Obispos que le rodeaban, y movido de espíritu superior les dijo. «Rogad á Dios por mí, y si amais á Jesucristo, ninguno de vosotros abandone su Iglesia por mi causa, porque ya muy pronto voy á ser sacrificado.» Estas palabras produjeron en aquellos Obispos un sentimiento imponderable. Unos desahogaban su dolor llorando; otros le besaban los ojos, la frente y los lábios; todos se enternecian; estos prorumpian en suspiros, y aquellos daban señales de querer ya salir de la asamblea; pero Juan les ordenó que se detuviesen, tomasen asiento y dejaran de llorar, y añadió: «Mi vida es Cristo, y mi ganancia la

muerte. Acordaos de lo que siempre os he dicho; la vida presente es un camino, por donde pasan las cosas tristes igualmente que las alegres. El siglo presente es un mercado, en donde hemos comprado y vendido, y ahora nos vamos. ¿Somos acaso nosotros mejores que los Patriarcas, Profetas y Apóstoles, para que debamos tener la vida presente por inmortal? Decía esto, porque corrian voces de que se intentaba darle muerte.

Mandó Arcadio que se privára á San Juan Crisóstomo de su Iglesia, y se le llevára desterrado, y encargó á un Conde la ejecucion de estas órdenes, y los soldados se pusieron en movimiento para hacerlas cumplir. Empezaban á caer las sombras de la noche cuando el pueblo de Constantinopla supo la sentencia que iba á arrancarle á su amado Pastor, y al instante se tumultuó. Pedia

á gritos que el Santo fuese juzgado en un Concilio legítimo. Corrió á rodear la iglesia en que se hallaba su Obispo, y estuvo toda la noche velando para que no se le arrebatáran las tropas del Emperador. En semejante actitud permaneció tres dias olvidado hasta de la necesidad de alimentarse. En uno de ellos pronunció el Crisóstomo un discurso admirabilísimo, en que resplandece su caridad para con su grey amada, la vehemencia de su celo, su profunda filosofía cristiana y su entera conformidad con las disposiciones de Dios. Por último, se retiró el pueblo, y el Varon Santo se puso en manos de sus perseguidores; que al instante le llevaron por mar al puerto de Geron, y desde allí por tierra hasta los campos de Preneto, poblacion situada al frente de Nicomedia. Inmediatamente se apoderaron de Constantinopla el pavor y la consterna-

cion; y al mismo tiempo hicieron en ella alardes de vano triunfo los enemigos de su santo Pastor. Llegando á su colmo el sentimiento y la indignacion del pueblo, se trabó cruda lid con las falanges de sus opresores, y la sangre manchó sus calles y hasta el sagrado templo.

Victorioso el incógnito Teófilo pensaba ya en dar un sucesor al Crisóstomo, cuando se hizo sentir la ira del Omnipotente: en una noche tremenda se estremecieron varias veces los cimientos de Constantinopla; y sus espantosos temblores, y un desusado estruendo que oyó en su misma habitacion, aterraron de tal suerte á la emperatriz Eudisia que corrió despavorida á pedir á Arcadio con lágrimas y sollozos la restitucion del Santo á la ciudad, pues tan claramente hablaba el cielo en su favor. Arcadio se rindió á los rue-

gos y suspiros de su Esposa, que arrodillada á sus piés se los regaba con sus lágrimas. Ella y él estaban penetrados de espanto, y volaron las órdenes y los mensajeros que iban en busca del Crisóstomo para volverle á Constantinopla. Al difundirse tan feliz noticia todo el Bósforo se cubrió de alegres embarcaciones, que salían á su encuentro; y mil festivos vítores y aplausos henchían los aires de jubiloso alboroto, que subía hasta las nubes. Sin embargo, el santo Prelado quería que antes de su regreso á Constantinopla hiciese notoria su inocencia al mundo entero el juicio y la favorable decision de un numeroso Concilio. Empero aquella resplandecía tanto que jamás se habia visto empañada ni por las sombras de la calumnia, ni por los tumultuosos nublados de la autoridad imperial; é impaciente el pueblo instaba á su querido Pastor que cuanto

antes volviera á sus brazos á recibir las tiernas efusiones de su afecto encendido y á disipar con su presencia hasta el recuerdo de su reciente dolor. No era posible que San Juan Crisóstomo resistiese á súplicas acompañadas de tanto amor y de emociones tan vivas: pasó á la ciudad, y su entrada en ella fué un triunfo incomparable por la religiosa pompa, alegría y amor con que su gran pueblo le recibió. Mas todo en tan magnífica fiesta estaba inspirado y ordenado por la piedad cristiana, y al Rey del cielo se elevaban los cantares de la victoria. En su alabanza resonaban himnos y salmos; á él se daban las mas rendidas gracias, y á él se volvía el agradecimiento de los corazones. ¿Y qué diremos del mismo Crisóstomo? Para solo Dios vivía, solo en Dios respiraba, y á solo Dios y á su bendito nombre consagró los dos bellísimos discursos,

con que consolando á su pueblo, atribuyó al Señor toda la gloria.

Con instancia clamaba el Crisóstomo porque se reuniese un gran Concilio, que testificase á la faz del mundo su inocencia, y anulase todo lo hecho contra él en el conciliábulo de la Encina. Teófilo con los suyos habia, por decirlo así, desaparecido, restituyéndose á Egipto; y aunque el Emperador le instaba á que volviese, no condescendió, alegando excusas vanas. Pero se fueron reuniendo en Constantinopla sesenta Obispos, los cuales formalmente declararon nulas todas las actuaciones del conciliábulo de la Encina en contra del inculpable Juan. Y este, puesta en mas clara luz su inocencia, ya sin recelo continuó desempeñando las funciones de su sagrado ministerio.

Desgraciadamente fué de muy breve duracion la paz, ó mejor dicho, la tre-

gua que sus enemigos concedieron al Crisóstomo. Conociendo estos el génio altanero de la Emperatriz, imaginaron, y con razon, que habia ella de darse por ofendida de las invectivas que el Santo predicador fulminaba contra los vicios reinantes. Así sucedió. Eudisia hizo levantar una estatua suya de plata delante del magnífico templo de Santa Sofia: gentiles, herejes y malos cristianos cometieron para celebrarla mil escándalos, y el esclarecido guardían de la moral se vió obligado á reprenderlos con su tronadora elocuencia. Esta primera ocasion era la que aguardaban sus enemigos para delatarle á la Emperatriz, pintándoselo cual su mas descarado é impudente ofensor. Les dió crédito la rabiosa y enconada Princesa, y desde aquel instante, determinada la persecucion del Pastor santo, solo se pensó en los medios de llevarla á cabo,

atropellando todas las leyes. Fué elegido por caudillo de la conspiracion el mismo Teófilo, á quien se escribió, instándole á que volára á Constantino-
pla. El resultado de las maquinaciones de la intriga y de la calumnia fué la nueva reunion de los enemigos del Santo apoyados por la corte, los cuales con arreglo á un cánón del conciliábulo arriano de Antioquía, hecho expresamente contra San Atanasio, y anulado no solo por su origen, sino tambien por el menosprecio práctico del Papa San Julio y de todos los Obispos del mundo católico, sostuvieron que el Crisóstomo no tenia derecho á alegar las pruebas de su inocencia, por cuanto conculcando aquel supuesto cánón, habia vuelto á sentarse en el episcopal trono de Constantinopla. Reclamaron, pero en vano, contra tan falso apoyo de iniquidad muchos Obispos, que arrostraban

las iras de los Emperadores. Mas no tratándose de juzgar al santo Patriarca sino de condenarle, se declaró válida la sentencia de deposicion, que contra él pronunció del modo mas ilegal, violento y anticanónico el conciliábulo de la Encina sin oírle, ni admitir sus recusaciones, ni sus apelaciones á un verdadero Concilio. Viendo que el Santo y otros cuarenta y dos Obispos no hacian caso de semejante sentencia, sus enemigos, temerosos del pueblo que amaba en extremo á su Obispo, recurrieron á alcanzar otra sentencia del mismo Emperador, le hostigaron y por fin consiguieron que reiterase su cruel mandato de privar al Santo de su Iglesia. Este sin embargo por no dejarla sin pastor legítimo y por no manchar su conciencia, obedeciendo á una autoridad que obraba intrusamente fuera del círculo de sus atribuciones, con-

tinuó desempeñando su sagrado ministerio. Por otra parte, los cuarenta y dos Obispos que con él estaban, suplicaban á Arcadio que no perturbase la Iglesia con tan injusto y temerario intento; pero los Emperadores se mostraron sordos á sus ruegos, obstinándose en la separacion y destierro del inocente Crisóstomo. Por último, Antiocho y Acacio, que por su furor se distinguian entre los mas acérrimos enemigos del Crisóstomo, obtuvieron gente armada para invadir la casa del Señor. Celebrábanse las solemnes funciones del sábado santo, y estaba llena de devoto pueblo, cuando los ministros del infierno la acometieron con ímpetu sacrílego. Todo fué horror, espanto y derramamiento de inocente sangre. Cubra un espeso velo tan horrendas escenas para que los escándalos de la profanacion y de la furibunda

crueidad de los soldados no manchen estas páginas.

Arrojados inhumanamente el pueblo y el Santo Prelado de la Iglesia de Santa Sofía, pasaron á reunirse y á continuar la celebracion de los venerandos misterios á unos baños situados en uno de los arrabales de la ciudad. Allí fueron de nuevo acometidos por los fautores de los desórdenes, que tenían á su disposicion soldados de índole fiera recién llegados de la Tracia, y se renovaron las escenas de huidas, confusion, violencias, heridas, muertes y sacrilegios abominables. Al dia siguiente, apenas la nueva aurora arrollaba las sombras de la noche, cuando el pueblo fiel salió fuera de la ciudad á continuar las ceremonias santas de aquel dia en el campo y en altar improvisado, puesto que no podia hacerlo en las iglesias. Tambien

el Emperador madrugó para tomar, paseándose á caballo, los aires de la campiña, y descubriendo á lo lejos una multitud vestida de blanco, preguntó qué era aquello, y los mal intencionados que le acompañaban, le respondieron que era una multitud de herejes que allí tenían sus conventículos nefandos. Mandó dispersarlos, y á este fin envió su escolta. Los armados ginetes cayeron como una nube de tempestad sobre la muchedumbre de fieles, que de manos de los presbíteros del Crisóstomo estaban recibiendo los santos misterios. Habia entre ellos como tres mil catecúmenos, que la noche antes ó aquella misma mañana se habían bautizado, y por eso se hallaban cubiertos de blancas vestiduras. No eran pocos los niños, ni pocas las mujeres devotas que formaban parte de la piadosa multitud. Sobre tan inocentes.

víctimas vinieron con espada en mano, fulminando muertes, los soldados. Sus furiosos caballos atropellaban, y ellos derramaban sangre con los golpes de sus aceros. Ni fué esto solo. Las cárceles se llenaron de sacerdotes por el delito de ser amantes de su sagrado Pastor, y no faltaria razon para decir que los calabozos se convirtieron en templos, pues los fervorosos presos hacian retumbar sus oscuras bóvedas con los salmos del Rey-Profeta y los himnos que se cantan al Señor en las iglesias.

San Juan Crisóstomo recurrió, como era natural, al Sumo Pontífice, Pastor de los pastores; y el Santo Papa Inocencio, viendo la horrible injusticia con que se le perseguia, le aseguró de su benevolencia y afecto, y se indignó contra Teófilo, á quien escribió igualmente, reprobando todo lo hecho en

el conciliábulo de la Encina. El Pontífice proponia la reunion de un gran Concilio, que examinada maduramente la causa, hiciese notoria al universo la inocencia de San Juan Crisóstomo; mas no debia esperar ni esperó á la celebracion de tal Concilio para declararla como Vicario de Jesucristo. ¿Qué era, pues, lo que intentaba el Pontífice? Dar mas solemnidad al triunfo del Crisóstomo y que á la glorificacion de su inocencia concurriesen, representados por sus venerables Obispos, el Oriente y el Occidente.

Á pesar de tan formidables borrascas no abandonó el intrépido Crisóstomo su grey querida, ni su palacio episcopal. Arcadio no se atrevia á mayores violencias. Impacientándose los enemigos del Santo porque no acababa de decidirse á favor de ellos la victoria, trataron de asesinarle por medio de dos

hombres perdidos y furiosos; pero ambas veces libró á San Juan la divina Providencia, haciendo que fueran descubiertos aquellos dos malhechores antes de que en él claváran sus puñales. Para uno de ellos obtuvo el mismo Santo de la autoridad civil la gracia de que se le perdonára. El otro facineroso antes de que le sujetáran habia herido ó dado la muerte á cuantas personas hicieron ademan de querer prenderle, y sin embargo de que merecia el último suplicio, quedó impune. .

Por último, el dia veinte de Junio del año 404 un notario intimó al Santo de parte del Emperador que se pusiera en camino para el lugar de su destierro. Y el pacientísimo Crisóstomo, burlando la vigilancia de su pueblo, que velaba por impedir su salida, se entregó á los soldados que habian de conducirle, y fué con ellos embarcado para la Bitinia.

Se detuvo algunos dias en esta provincia, y salió de Nicea para la pequeña poblacion de Cucuso, situada á las extremidades del imperio, la cual se le habia señalado por término de su viaje y lugar de su destierro. En la penosa marcha á consecuencia del cansancio y los ardores del sol le sobrevinieron tercianas, y con trabajo pudo llegar á Cucuso.

Pero volvamos los ojos á Constantinopla. Estaba lo mas selecto del pueblo constantinopolitano en la iglesia principal cuando su santo Obispo salió de ella ocultamente, y á fin de que no fuera seguido por la multitud, el llanto y los suspiros de los que tanto le amaban, los satélites del fiero despotismo echaron la llave á las puertas del templo. Y como si no bastáran á la ciega venganza tamañas tropelías, se arrojó esta con la soldadesca armada á acuchillar en la

misma casa del Dios Altísimo á aquel místico rebaño de Jesucristo, y la llenó de horror, de espanto; de lastimeros ayes, de sacrilegios horrendos, de sangre y de cadáveres. Pero apartemos de tan abominable escena los ojos consternados. Parece que la indignacion del cielo se apresuró á mostrarse. Un voraz incendio con señales bastante manifiestas de ser un castigo sobrenatural, devoró el magnífico templo profanado, y consumió del senado toda la parte que miraba al imperial palacio. Dijeron los adversarios del Crisóstomo que á los partidarios de este bendito Santo debía imputarse la gran maldad de aquel incendio. La Corte dió oídos á tan pérfida calumnia, y ordenó que el venarabilísimo Pastor fuese cargado de cadenas como culpable de tan enorme delito.

Arsacio, que era ya octogenario, fué colocado en su silla de Constantino-

pla de una manera ilegal y anticanónica. ¿Y qué otra cosa podia esperarse en semejantes circunstancias? Una intrusión, un cisma habia de ser la natural consecuencia de tales antecedentes. No quiso el pueblo fiel comunicar con Arsacio, mirándole como á un lobo, y este laudable alejamiento fué castigado con las mas atroces violencias de la dominante tiranía. Los padecimientos de su grey amada, el luto de su Iglesia, los sacrilegios que en ella se cometian, y la desolacion que entró en casi todas las Iglesias del Oriente, cuyos pastores eran cruelmente perseguidos por la adhesion que le mostraban, fueron para el sensible corazon del Crisóstomo las mas crueles espinas de su destierro. Sin embargo, su excelsa filosofía cristiana, elevándole sobre todo lo terreno, le hacia sobreponerse á la terrible inundacion de tantas calamidades. Una pe-

queña muestra de los sublimes sentimientos de su alma verdaderamente grande nos hará admirar á este magnánimo héroe de la tribulacion. «Siempre he dicho, escribia por entonces á Santa Olimpiades, y jamás dejaré de decir que solo hay una cosa molesta, es á saber, el pecado; todo lo demás no es sino como el polvo y el humo. ¿Qué molestia es estar en prision y atado con cadenas? ¿Qué pena verse oprimido de la calamidad? ¿Qué afliccion el destierro y confiscacion de los bienes? Todas estas son puras palabras que nada significan, y sola la tristeza y melancolía les ha dado el concepto de cosas funestas y penosas; porque ó nombras la muerte; y entonces solo haces memoria de una deuda de la naturaleza, que absolutamente se debe pagar, aunque ninguno nos la pida; ó nombras el destierro; y no dices otra cosa que.

mudar de país y ver muchas ciudades; ó haces memoria de la confiscacion de los bienes, y pérdida de la libertad; y no dices otra cosa que ser libre y espedido de mil cuidados.»

Asi por medio de sus cartas y por el ejemplo de sus virtudes continuó San Juan Crisóstomo siendo el sol que alumbraba á toda la Iglesia de Oriente. Resplandecia en particular su paciencia probada por el daño que le causaba el insano clima de Cucuso, en donde eran excesivos el calor y el frio, de modo que el invierno y el verano contribuian poderosamente á sus mayores tormentos. Los socorros abundantes que le enviaron Santa Olimpiades y otras matronas tan opulentas como piadosas, en sus manos se convirtieron en tesoro de los pobres de aquel país con mucha frecuencia afligido y saqueado por los bárbaros Isauros que lo invadian, cor-

rian y llenaban de espantosa consternación.

En las cartas de este insigne Santo vemos que era el apóstol, digámoslo así, de todo el universo desde su mismo destierro de Cucuso. Su alma de fuego animaba con sus escritos, con sus recursos, con su influencia, con sus tiernas y vivísimas exhortaciones, con su celo y con su fe ardiente á cuantos operarios apostólicos trabajaban en destruir la idolatría y dilatar el reino de Jesucristo. La Persia, la Gocia y particularmente la Fenicia le fueron en cierto modo deudoras de su conversión al cristianismo, siendo admirabilísimo el que tanto pudiese y tanto hiciese desde el rincón de su destierro un Obispo perseguido. Sin embargo, la historia nos lo atestigua, y nos refiere los mas interesantes pormenores de estas hazañas inmensas de un solo hombre. Si

tan vivo era el celo del Crisóstomo por el bien de las almas que Dios no le habia encomendado, ¡cuánto mas enérgico no seria por el de aquellas que la divina Providencia puso á su cuidado! Escribia muchísimas cartas exhortando, instando, apremiando á las personas que de algun modo podian contribuir á la conservacion y aumento de la caridad y de la fe. Ni era menor la diligencia que mostraban en su favor sus clérigos y cuantos buenos Obispos habia en el Oriente. De nuevo acudieron al Sumo Pontífice, y solicitaron que fuese solemnemente declarada la inocencia del Santo. Ya el Papa habia hecho todo cuanto estaba en su arbitrio para favorecer tan justa causa. Pero las intrigas de la corte de Arcadio impedian que se obtuviera el resultado, que tanto se deseaba. El mundo todo se hallaba conmovido: fueron muchos los Obispos, los

monjes y los presbíteros que pasaron á Roma á ponerse bajo el abrigo de la suprema potestad pontificia, ó á presentarle sus quejas, ó á mostrarle las llagas que habian abierto en sus cuerpos los perseguidores del Crisóstomo y de todos sus amigos y partidarios. La maldad y la virtud habian llegado á las manos, y podria decirse que su guerra estremecia á todo el universo. El Papa y el Emperador de Occidente Honorio estaban por el ilustre desterrado de Cucuso; pero en el trono de Oriente dominaban la tiranía y la manifiesta ceguedad, que le eran de todo punto contrarias.

Y no tardó el cielo en mostrar su indignación: además del incendio formidable de la gran basílica de Santa Sofía, se atribuyó á castigo divino la inesperada muerte de la emperatriz Eudisia. El imperio de Oriente lloró

lágrimas de sangre estremecido con otra espantosa calamidad: cual devastadora avenida de impetuoso río, cayeron sobre él los Isauros, y difundieron el espanto y la desolacion en varias de sus provincias. Fué el mismo emperador Honorio uno de los personajes de aquel tiempo, que consideraron tales sucesos como manifiestos indicios de la ira del Excelso por los pecados y abominaciones de la corte de Constantinopla. Así lo aseguraba escribiendo á su hermano Arcadio. Pero lejos de enmendarse los fautores de la persecucion, la hacian cada vez mas horrorosa á los buenos Obispos y al pueblo y personas mas distinguidas de Constantinopla, que mostraban una adhesion firmísima al Crisóstomo con una fe y valentía superiores á la crueldad y saña entronizada de sus enemigos.

Santa Olimpiades sobresalia por su

firmeza y paciencia en las tribulaciones entre las heroínas cristianas, que la persecucion habia elegido por sus víctimas; y así mereció que el Santo desde Cucuso le escribiese para consolarla y encomiar su fortaleza no solo varias cartas llenas de admirables consejos, sino tambien dos libros, en que su maravillosa elocuencia y altísima filosofía pintaron con vivos colores las ventajas que consigue y las coronas que alcanza la virtud atribulada. Obligado se vió el Santo á meditar con mucha frecuencia en las consoladoras verdades que enseñaba, porque los males de su cuerpo y espíritu llegaron á su colmo en el invierno del año 405. Fué tan cruel la estacion de las nieves, que los habitantes de aquel país crudísimo hablaban con asombro de la extraordinaria frialdad que los penetraba. Acostumbrado Juan á climas muy diversos, sintió mas que

todos los terribles efectos de la desusada intemperie. Extrañas enfermedades le aprisionaron por meses enteros en el lecho del dolor; y su corazón padecía entre tanto aun mas que sus miembros y sus entrañas, hecho partícipe del piélago de amarguras y tribulaciones que abismaba á la Iglesia de Oriente. Si recobró la salud fué para verse poco despues en conflictos mayores y en mas inminentes peligros.

Aunque los bárbaros Isauros habian ya caido sobre la Armenia varias veces, el ímpetu furioso de sus arremetidas no habia llegado al extremo que llegó á fines de aquel año y principios del subsiguiente. Las guarniciones romanas no fueron ya un dique al desbordado río de la triunfante barbárie. Aldeas, pueblos y ciudades se convertian en escombros. Corria la inocente sangre de niños y mujeres. Para salvar la vida era pre-

ciso huir precipitadamente á los montes mas escarpados y esconderse en sus cavernas. Tal fué por algun tiempo la vida del Crisóstomo en lo mas crudo del invierno. Al fin pudo refugiarse en la fortaleza de Araviso, que de la pequeña ciudad de Cucuso distaba cincuenta millas. Este asilo de Araviso le fué señalado luego por lugar de residencia. Allí estaba como sitiado por los Isauros, dueños de las campiñas, en las cuales no se atrevian las legiones romanas á disputarles el terreno, como que el excesivo frio las obligaba á mantenerse encerradas al abrigo de los techos de las ciudades. Entre tanto aquellos bárbaros entraban en las poblaciones, y todo lo saqueaban, lo destruian, lo entregaban á las llamas, y al filo de sus espadas caian las cabezas de sus infelices moradores. Tales estragos infundian un espanto horrible: al

aproximarse los Isauros, los habitantes de las ciudades las dejaban desiertas, y huyendo á los montes á bandadas, de pronto se veían estos convertidos en una especie de poblaciones de gentes Amasobias y Nómadas, que se movían y agitaban como las olas del mar.

En semejante situación el temor de caer en las crueles manos de los Isauros llegó á penetrar hasta el invencible pecho del gran Crisóstomo, y esto unido á los muchísimos trabajos que pasó al ir huyendo de monte en monte, transido de frío intenso, le ocasionó una nueva enfermedad, para cuya curación no podían encontrarse las medicinas que le convenían. Todo el invierno sufrió los rigores de aquel mal. Pero tan luego como se vió aliviado de sus propios padecimientos, su ardentísima caridad le hizo consagrarse á remediar las deplorables miserias de

sus prójimos. Do quiera que volviese los ojos, hallaba un infortunio: cadáveres insepultos, niños que en su fuga habian quedado medio enterrados en la nieve y allí morían helados; los estragos del hambre, los de la peste que sobrevino, los del furor de los bárbaros, que donde encontraban casas, dejaban cenizas humeantes. Tal era el espectáculo, que rodeándole por todas partes afligia y angustiaba su compasivo corazón, y tales eran las desdichas y los dolores que reclamaban los auxilios de su caridad. Así un solo Santo habia de desempeñar oficios, que hubieran requerido el celo y la caridad de muchos Santos. Multiplicábase, por decirlo así, el Crisóstomo para enjugar tantas lágrimas con los divinos consuelos de la religion. Los cuantiosos donativos pecuniarios, que de largas distancias le enviaban sus amigos, ilegaban

á sus manos tan solo para pasar á la de los pobres enfermos ó desvalidos. Teníale por padre una multitud de criaturitas huérfanas y desamparadas. No parece sino que la Providencia se propuso mostrar en uno solo de los héroes del cristianismo cuantas riquezas de consuelos tiene para todos los dolores esta religion bajada de los cielos.

Durante su destierro habia sido de mucho consuelo á San Juan Crisóstomo la compañía de Evecio, presbítero de la Iglesia de Constantinopla, que no quiso dejarle un solo instante en medio de los furores de la borrascosa persecucion. Pero habiendo llegado á noticia del Santo Doctor el celo grande que en favor de su causa desplegaban los venerables Obispos de Occidente, siguiendo el ejemplo del Sumo Pontífice Inocencio, juzgó oportuno privarse de la consoladora presencia é inmediato servicio de

su querido Evecio para enviarle á Europa á manifestar verbalmente al Pontífice Inocencio y á los Prelados occidentales su profundo agradecimiento por la benevolencia y esfuerzo, con que deseaban y procuraban restablecerle en su silla de Constantinopla. Entregó á Evecio varias cartas, en que expresaba su gratitud á aquellos Obispos, y les hablaba de los medios mas eficaces para volver la paz á las desoladas Iglesias del Oriente.

El Papa Inocencio al ver que la córte de Arcadio se obstinaba en su malévoló propósito de sostener en la cátedra de Constantinopla á un intruso colocado en ella por las pasiones rugientes, separó de su comunión á cuantos conspiraban á tener destronado y en un destierro al que habia llamado el Espíritu Santo á apacentar con su sábia y purísima doctrina en la capital del Imperio de

Oriente el místico rebaño de Jesucristo. No solo los Prelados europeos, sino tambien los del Ilírico sujetos á la dominacion de Arcadio, siguieron el ejemplo del Romano Pontífice, negando su comunión á los enemigos y perseguidores del Crisóstomo. Escribió esta otra afectuosa carta al Papa San Inocencio, el cual le respondió consolándole con solo recordarle lo que suponía que el Doctor del Oriente tenía muy sabido, es decir, la conducta de Dios severa en la apariéncia con las almas escogidas para el cielo. Consolatoria en verdad debió ser esta epístola del Vicario de Jesucristo al Santo Obispo de Constantinopla, si le halló vivo, porque estaba llena de afecto y de unción. Ni era menor la activa solicitud que mostraban en favorecerle las dos célebres, opulentas y santas matronas de Roma, Proba é Itálica. Agradecido á los afanes

de su caridad San Juan Crisóstomo , les expresó su vivo reconocimiento en dos cartas muy bellas. Volvió á hacer lo mismo con los Prelados de Occidente, que no cesaban de darle muestras de amistad verdadera. Tampoco dormían sus enemigos: expidiéronse de Constantinopla nuevas órdenes para nuevos y mas terribles destierros. Sabían sus implacables adversarios que particularmente de Antioquía iban muchas personas que le eran afectas á visitarle á Cucuso, y por esta razon se mandó que fuese trasladado á Araviso , que estaba mas distante. Y ni en esta fortaleza le permitieron que descansára tranquilo. Poco despues se ordenó que fuera el Santo conducido á Pitiunte, última ciudad del imperio, habitada por gente sin cultura, bárbara y de carácter fiero. Se pretendia darle la muerte. Á este fin el Prefecto del pretorio escogió para

que le custodiasen en el camino á dos oficiales, á quienes secretamente se previno que le tratáran con la mayor aspereza posible. Uno de ellos correspondió á tan inhumanos designios: hacia que el Santo caminase cuando mas llovía, de modo que corrian arroyos de agua por su pecho y espalda, ó cuando los rayos del sol abrasaban con mas fuerza, de suerte que hacian grave daño á la cabeza del Santo, ya toda calva como la del profeta Elíseo.

Con tales crueldades se hacia el penosísimo viaje, cuando sobrevino la hora del eterno descanso del martirizado Atleta. Llegó á la ciudad de Comana en el Ponto, y á pesar de que ya le faltaban las fuerzas para seguir andando, el inhumano oficial que le hostigaba, formó empeño en continuar la marcha hasta la iglesia del mártir San Basilisco, Obispo de aquella ciudad, de

la cual se hallaba á seis millas de distancia. Allí era donde el Santo habia de terminar el glorioso curso de su vida. Habiéndose alojado en la casa contigua á la iglesia de San Basilisco, aquella noche se le apareció este mártir bienaventurado, y le aseguró que al siguiente dia estarian juntos en el cielo. Así suelen hermanarse los favores divinos con las tribulaciones mas penosas, las afrentas y los dolores. Alegre con semejante nueva pidió el Crisóstomo á sus verdugos que se dilatára la partida hasta las cinco de la mañana; mas se negaron á concederle esta pequeña gracia. Puestos en camino, á las tres millas fué necesario volver al martirio ó iglesia de San Basilisco, porque Juan desfallecia por instantes. Restituido al lugar de su vision, se vistió de blanco como para denotar la pureza de su alma angélica, y recibió el cuerpo y sangre

de nuestro divino Salvador, tomándolo por viático para su dichoso viaje á la eternidad. Rezó con fervor las oraciones y preces que la Iglesia tiene señaladas para tan solemnes momentos, é inmediatamente despues de haber hecho sobre su frente y pecho la señal de la cruz, espiró pronunciando estas palabras edificantes, que de continuo resonaban en sus lábios: «Gloria á Dios, gloria á Dios, siempre y por todo.» Acaecia esta dichosa muerte el 14 de Setiembre del año 407, poco antes que el Santo Doctor cumpliera los sesenta de su edad, y cuando llevaba nueve años y siete meses de episcopado. No sin asombro, y atribuyéndolo á un impulso sobrenatural, refiere un historiador gravísimo que concurrieron á honrar sus funerales, moviéndose á un mismo tiempo desde la Siria, Cilicia, Armenia y Ponto, innumerables mon-

jes, que fueron á pagarle el tributo de su admiracion y de sus lágrimas.

Tal fué el Crisóstomo, de cuyas inmortales obras he entresacado, poniéndolos en nuestra lengua y dándoles el orden que me ha parecido mas oportuno, los siguientes pensamientos acerca de la divina Providencia.

CAPÍTULO PRIMERO.

**EL ÓRDEN FÍSICO DEMUESTRA QUE HAY
UNA PROVIDENCIA DIVINA.**

El hecho solo de existir el mundo constituye una viva demostración de la divina Providencia. Dijo el Apóstol hablando de Dios: *todo es de él, todo es por él y todo está en él; á él sea la gloria por los siglos de los siglos.* Rom. 11. 36. Es decir, que él es la fuente, el principio y el autor de todos los bie-

nes. Todo lo produjo; lo conserva todo. Preguntad si Dios existe á los que niegan la Providencia, y si os responden que no, sellad los lábios y volvedles la espalda, pues con semejante especie de hombres, que entregados á la demencia de sus pasiones desoyen los gritos de su razon, lo único factible es huirlos para que no contagie su locura. San Pablo escribia á los hebreos que Dios lo sostiene todo con la palabra de su poderío (Hebr. 1. 3), dando á entender que todo lo gobierna. Todas las cosas volverian á la nada si su diestra dejase de sostenerlas. Así el conservar el mundo es un prodigio en nada inferior al de su creacion. La Providencia, que lo conserva, es acaso

aun mas admirable que la Omnipotencia que lo creó. Cuando Dios hizo el mundo, sacó de la nada sustancias que no existian; empero conservar en armonía constante aquellas sustancias enemigas unas de otras, es obra y milagro diario de la Omnipotencia.

Si hubiese una Providencia, claman los hijos de la depravacion, todos los hombres gozarian de iguales bienes; mas en la sociedad humana se ven todas las cosas repartidas de una manera muy vária y desigual. Para este enfermedades desde la infancia, para aquel miserias y padecimientos hasta en la decrepitud, mientras un malvado duerme en brazos de la molicie y se regala acariciado por lisonjera

opulencia. Respuestas hay para directamente confundir ese clamor impío. Pero lo ahoga con su muda elocuencia el universo entero; lo ahogan los inmensos bienes, que resultan de su admirabilísima organización y compostura. El inagotable foco de una luz, que todos los días brilla á nuestros ojos, y el orden y la constancia de las leyes, que gobiernan la naturaleza, ¿existirian sin una inteligencia, que les diese la direccion y la vida? Si son obra del acaso, pruébese que este ciego acaso ha desplegado y extendido sobre nuestras cabezas y por cima de las aguas el magnífico cielo tachonado de luceros y bordado de esplendorosas estrellas. Pruébese que el ciego acaso orde-

na las estaciones y les señala el tiempo en que han de darnos los frutos, que nos mantienen; pruébese que le deben su virtud generativa las plantas y las semillas.

Ninguna imagen ofrece de orden y de método lo que sucede por acaso. Y por el contrario, lo que tiene el sello del orden, supone arte é inteligencia. Todos los dias vemos la prueba de esta verdad: cuanto acontece por los caprichosos juegos del acaso, sale por lo regular en confusion, y está mostrando la falta de regla y designio; y añadido que aun las obras de manos imperitas en el arte participan de ese desorden é incuria. Póngase á construir un edificio quien no haya estudiado arquitectura, y se admi-

rarán los resultados de su temeraria empresa; tome el gobierno de la nave quien no sea piloto, y asustados los pasajeros la abandonarán para no caer en los abismos del mar. ¿Y se pretenderá que la tierra, masa pesadísima colocada sobre vacíos espacios y circundada de aguas, subsista siglos y mas siglos firme y constante en sus movimientos sin un poder regulador, al cual sea deudora de su conservacion? Volved los ojos á los diversos fenómenos de la naturaleza y examínadlos. Buscar en la física las razones mas ingeniosas para explicarlos seria en vano; dado caso que en todas hubiera completa certidumbre, no harian mas que presentarse como otras tantas pruebas de la

Divinidad. Si no se reconoce en todos ellos la acción de la Providencia, señáleseles otra causa; dígasenos quién es su autor. Descúbrase de quién otro pueda ser obra el universo.

Aun los que estuviesen privados del uso de la vista hallarian en sí mismos irrefragables testimonios de que existe un poder sabio y divino, al cual llamamos Providencia. Mas no dejemos de apelar á la autoridad de las sagradas Escrituras para confundir á los que la niegan. Por grandes que sean sus extravíos, son nuestros hermanos; y su miseria é ignorancia reclaman nuestra caritativa solicitud por curarlos de su intelectual ceguera. Sigamos en esto el ejemplo del mismo Dios,

SAN JUAN CRISÓSTOMO.

8

que en nada se interesa tanto como en la salvacion de las almas. Su Apóstol nos lo asegura.

¡Ah! si dudais que hay una Providencia divina, preguntádselo á la tierra, al cielo, al sol, á la luna, á las diversas especies de animales, á las semillas, á las plantas, á los mudos peces, á las avecillas cantoras, á las rocas, á los bosques, á las montañas, á las colinas, al dia y á la noche. Por do quiera se ostenta con mas brillo que los rayos del astro que nos ilumina. En todos tiempos y en todas partes, ora recorrais las espantosas soledades, ora los sitios poblados, en las playas incultas y en las riberas habitadas, sobre el ámbito de la tierra y sobre el piélago insondable, por

do quiera se manifiesta á los ojos; por do quiera descubrireis los testimonios antiguos ó nuevos de su existencia, de su bondad y sabiduría; por do quiera oireis voces, que os declaren la tierna solicitud de la amorosa Providencia. Y á este elocuente lenguaje de la naturaleza aludia el real Profeta diciendo: *No hay nacion alguna, no hay lengua donde no se oigan aquellas voces.* Ps. 18. Nuestro idioma no lo entienden sino los que lo saben; empero todos los pueblos que habitan las diversas zonas del universo, comprenden las voces de las criaturas todas, que en armónico concierto pregonan la gloria de la Providencia. ¿Y qué mayor prueba de locura ó de embrutecimiento

que el desconocer el órden bellísimo, que en el mundo reina, y pretender que no hay Providencia y que no regula todas las cosas una sabiduría suprema é incomprensible? ¿No se tendria por loco al que afirmase que el sol carece de luz y de calor? Pues aun es mayor locura y extravagancia mas criminal solo el poner en duda que exista una Providencia divina, porque la luz del sol no se muestra mas claramente.

Há tantos siglos que el sol viste de resplandores la bóveda del firmamento, y no pasa dia, en que al amanecer no arrolle con sus vencedores rayos las sombras de la fugitiva noche. Los demás astros hacen periódicamente sus antiguas y acos-

tumbradas revoluciones; la luna preside al espectáculo de las estrellas claveteadas en el magestuoso manto de la noche. Todo en los cielos y en la tierra òbedece á leyes fijas y determinadas, cuya constante armonía jamás sufre la mas lijera alteracion.

Basta, pues, fijar los ojos en la naturaleza, basta una sola mirada para convencerse de que existe una Providencia divina; mas como hay corazones obcecados y entendimientos, que resisten á la razon, y solo juzgan por los sentidos, es necesario demostrar esta verdad con el testimonio de las obras, que la patentizan. Ni me propongo pasar revista al universo entero, que seria dificilísimo sujetar al exá-

men del hombre. Mas lo pequeño y lo grande, lo que de él se descubre y lo que se oculta á las investigaciones humanas, rinden igual homenaje á la Providencia augusta. ¡Hijo de Adán! ¿para quién se ha hecho ese magnífico conjunto de la creacion? Para tí solo. Sí; para tí esas maravillas innumerables, cuya vida parece eterna y cuya fecundidad te paga un tributo diario y generoso, contribuyendo al mantenimiento de tu cuerpo y á la instruccion de tu alma. Gradas son por donde subas al conocimiento de Dios. No las crió el Señor para los ángeles, que de ellas no han menester: aquellos espíritus sublimes existian antes de que la diestra del Altísimo las sacára de la nada.

Cuando creaba yo los astros, dice el Señor en Job (cap. 38. v. 7), me alababan los ángeles y me entonaban cánticos en alta voz. Es decir que admiraban estáticos la muchedumbre y la variedad, la belleza, el orden y la armonía, el brillo y la magnificencia, el primor y el encanto, y en una palabra, las multiplicadas perfecciones de esas obras maestras de la mano de Dios, de las cuales tienen ellos un conocimiento muy superior al nuestro. Solo las estrellas, sino hubiese en el cielo otra hermosura, constituirían su ornato. ¡Pero cuánto lo embellece la presencia del sol y de la luna, que para regla tuya, para descanso tuyo y para delicia tuya se dividen todo el espacio del tiem-

po! ¿Y dónde se hallará espectáculo mas bello que el cielo iluminado por el sol y la luna escoltada de un ejército de estrellas, cuyos rayos reberverando sobre la tierra, se fijan en ella con apacible complacencia, disipan sus tinieblas, y dirigen los pasos del viajero y el rumbo del navegante? Guiado por su luz, desafía el impávido piloto las olas y tempestades, y se rie del furor de los vientos y de la oscuridad de las noches. Cerca de él parece estar aquella estrella, que sin embargo se halla á grandísima distancia suspendida en lo mas alto de los cielos, como pequeña lámpara del templo de la gloria: él la observa preguntándole lo que hacer debe: ella le responde señalándole

el rumbo, que ha de seguir, los mares que ha de ir rompiendo con la atrevida prora, en qué tiempo ha de aprisionar la nave con la pesada áncora, y cuándo la ha de sacar del puerto, y qué borrascas amenazadoras harán peligrosa la navegacion. Al modo que el sol preside al dia, preside la luna á la noche, y su bienhechora influencia nos proporciona la plácida temperatura del aire y el rocío fecundante, con que se nutren las semillas, á las cuales debemos el alimento necesario á la conservacion de nuestra vida. ¡Admirable economía que nos pone de manifiesto la omnipotencia de Dios obrando como por juego cotidianos prodigios, y su sabiduría que con tanta abun-

dancia ha provisto al remedio de nuestras necesidades, y su bondadosa munificencia, que hasta en nuestros placeres se interesa!

CAPÍTULO II.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

Para el alma que lo observe con atencion religiosa, el universo es un himno á la gloria de la Providencia. ¿Quién contemplaria sin asombro ese hermoso cielo, que ora ofrece el aspecto de un pabellon de luz suspendido y desplegado sobre nuestras cabezas, ora el de una pradera toda sembrada de infinidad de flores, que se ostenta

con el rico ornato de una corona brillante? Mas aquellas son flores, que jamás se marchitan, y esta es corona, cuya eternal belleza jamás se amengua. ¿Cómo es posible contemplarle sin encanto y sin admiracion cuando la noche ya va vencida y el dia aun no ha llegado; y el sol asoma con toda la pompa de la aurora, y luciendo rico manto de encendida púrpura y safir? ¿Y hay cosa mas encantadora que el aspecto de ese mismo sol cuando á manera de gigante sube rápidamente al despuntar el dia sobre el horizonte, y lo recorre todo abrazando con sus fuegos los mares y la tierra, las cumbres de los montes, la espesura de las selvas y las profundidades de los valles? Ha he-

cho replegarse sobre sí mismas á las tinieblas de la noche, y se diria que su vuelta cada dia reproduce la obra de la creacion para de nuevo invitarnos al suntuoso banquete de sus hermosas riquezas. ¿No es admirable sobre toda ponderacion el órden y la regularidad de su curso, siempre el mismo en tan dilatada sucesion de siglos, y su belleza, que sin cesar se renueva ostentando viva y florida juventud, y el limpio brillo de sus rayos, que se mezclan á tantos cuerpos extraños sin que jamás los manche su contacto impuro? Fijad principalmente la atencion en la muchedumbre de beneficios, que derrama sobre toda la naturaleza, contribuyendo á que las plantas se

reproduzcan, dando el necesario calor á nuestros cuerpos, y en cierto modo vida y fecundidad á todos los séres sin exceptuar á los que viven bajo las aguas y el aire mismo que hace mas sutil, mas puro y transparente. Así para expresar David los perpétuos resplandores de su belleza, su fuerza irresistible, la majestad y gracia de su régio atavío y el ministerio, que há tantos siglos desempeña con nunca interrumpida fidelidad, dice que el Señor puso su tabernáculo en el sol. Ps. 18. v. 5. Ora nos le presenta como un esposo, que ricamente engalanado sale de su cámara nupcial, ora como un gigante, que lleno de impetuoso brio emprende la carrera; imágenes ga-

lanas, con las cuales nos da á entender cuánta es su fortaleza y su velocidad. Luego para recordarnos que él solo basta al universo entero, parte, nos dice, de un extremo del cielo, y vedle ya tocando al otro extremo; ni hay quien pueda hurtar el cuerpo á su calor. Tan universal es el influjo de sus beneficios sobre todo el linaje humano.

Muéstrase al entendimiento la Providencia divina en la formacion de las nubes, en el órden de las cuatro estaciones del año, en la periódica reaparicion de los solsticios y de los equinoccios, en la armonía de los vientos, de los mares y de los infinitos peces, que pueblan sus senos insondables, de la tierra y de los muchos animales que ali-

menta, unos que por el suelo se arrastran, otros que vuelan por los aires, y otros anfibios. ¿Qué no podría decirse de los lagos, de las fuentes y de los rios, de las regiones habitadas y de las que no consienten moradores? ¿Qué infinidad de tesoros y maravillas ofrecen á los ojos del observador esas innumerables familias de árboles, de plantas y de vegetales, que nacen ya en los lugares cultivados, ya en los desiertos, en las campiñas, ó en los valles, en las cimas de los montes ó en la pendiente de las colinas, brotando por sí mismos, ó pidiendo para hacerlo el auxilio del hombre y la mano del labrador! ¿Nos detendremos á describir los animales domésticos y las bestias

salvajes y feroces, de tan diversas especies, ora grandes, ora diminutas, unas que andan ó se arrastran sobre la tierra, otras que nadan en las aguas, y otras que agitan sus alas en los aires? ¿Hablaré de las plantas, que salen en el invierno, ó en el estío, ó durante el otoño; de las cosas, que se ven cuando mas luce el dia, ó de las que solo se descubren de noche; de la lluvia, de la medida de los años, de la muerte y de la vida; del trabajo, que ha venido á ser nuestra herencia, del temor y de la alegría, de la bebida y del alimento; de los estudios y de las artes; de las maderas, de las piedras y de las montañas, de que se sacan los metales; de los mares navegables y de los que no

lo son; de las islas, de los puertos y de las riberas; de la superficie del mar y de la profundidad de las aguas; de los cuatro elementos de la naturaleza, de los cuales el mundo todo se compone; de la enfermedad y de la salud, de los miembros de nuestro cuerpo y de la constitucion de nuestra alma; del talento y de la sabiduría, que Dios atesora en las mentes privilegiadas para bien de sus semejantes; ó de lo útil que son al hombre los cuadrúpedos, las plantas y las demás criaturas hechas para nuestro servicio? ¿Puede darse cosa mas mezquina que la abeja, mas vil que la hormiga, ó mas despreciable que la cigarra? Y sin embargo, esos insectos tienen una voz clara y percepti-

ble, que publica y alaba la Providencia de Dios, su poderío y su sabiduría. Asombrado por esto el real Profeta, despues de haber recorrido toda la naturaleza, exclama: ¡cuán grandes son vuestras obras, ó Dios mio! Todo lo habeis hecho con sabiduría. Ps. 103. v. 24.

No temo repetirlo: para tí, hombre ingrato, se hicieron todas esas maravillas. Si hay vientos, son para provecho tuyo, á fin de que su salutífera frescura alivie la fatiga de tu cuerpo, y le entone y vivifique, para que su soplo te limpie la atmósfera de vapores nocivos, temple el ardor excesivo del sol, contribuya al desarrollo de las semillas y al crecimiento de las plantas,

para que hinche en el mar tus velas y al través de las ondas vaya empujando tus naves y te lleve á las regiones mas distantes; para que coadyuve á la tarea del labrador, separando la paja del buen grano; para que impida la corrupcion de las aguas, poniéndolas en movimiento; y para que satisfaga tus necesidades al mismo tiempo que te regala y halaga plácidamente.

Tambien la noche nos hace reconocer la existencia y las bondades de la Providencia. Dios nos la da para reposo de nuestros cuerpos quebrantados por los afanes del dia, para alivio de nuestras penas y cuidados y para tregua de muchos males vencedores de los inúti-

les esfuerzos de la medicina. Si quereis conocer y apreciar sus ventajas, suponed que no ha de llegar noche en que el sueño os cierre con blanda mano los ojos: faltará al cuerpo su vigor, y trabajará sin fuerzas y sin buen éxito.

Jamás acabaría si quisiese recorrer una á una las variadas escenas, que componen el inmenso cuadro de la naturaleza. Lo que no cesaré de repetir es que para tí, débil mortal, se ha hecho toda ella, para tí las artes y las ciencias, para tí las ciudades y las cabañas. Para tí el sueño, la vida y la muerte; para tí la creacion tal cual ahora la admiras en sus diversas partes, y tal cual debe ser en el siglo futuro, que la verá mas excelente y mas

perfecta, porque esto nos da á entender el Apóstol cuando dice *que la criatura se ha de librar de su actual sujecion á corromperse.* Rom. 8. v. 21.

¿Pero qué bienes ó qué provecho habia de sacar Dios con darnos el sér y el dominio del universo? Ninguno absolutamente. Su intrínseca gloria en nada se aumentaba: ninguna necesidad tenia de nuestros servicios, ni de nuestras pobres adoraciones. ¡Pues cuán viva no debe ser nuestra gratitud, cuán encendido nuestro amor y cuán sincero y fervoroso el culto que estamos obligados á tributarle, no solo por habernos creado, sino por habernos dado un alma racional y espiritual, poniéndonos en el sublime

rango de sus mas excelentes criaturas y entregándonos el cetro del universo! De todo somos deudores á solo su infinita bondad, pues el Altísimo antes de darnos el sér y antes de dárselo á los ángeles y á las virtudes celestiales, se hallaba en plena posesion de su excelsa gloria y de toda su completísima felicidad incomprensible.

Mas no perdamos de vista las razones, en que prescindiendo de nuestra santa fe, nos fundamos para creer en la divina Providencia. Sin ella ¿cómo subsistiría sin alterarse este mundo, que lleva en sí tantos gérmenes de muerte y disolucion? ¿Cómo entre los muchos elementos diversos y contrarios, que le constituyen, ninguno de

ellos declara guerra á los otros y causa sublevándose la ruina del conjunto? Considerad el humano cuerpo: es pequeño, le dirige un alma, que arregla todos sus movimientos; el arte y la experiencia le enseñan cómo ha de conservarse; la naturaleza toda está á su servicio y le paga tributo; y con todo eso no puede mantenerse por largo tiempo en un estado de perfecta salud, y decae y muere víctima del menor desarreglo. ¿Y cómo el mundo, máquina mucho mayor y complicada, conserva siempre con igual lozanía y robustez su vigorosa constitucion? ¿Quién ha compaginado tan fuertemente sus diversas partes desde un principio y las ha puesto en tan duradera

armonía y concierto? ¿Qué fuerza omnipotente las encadena? En el cuerpo humano reconocemos un alma, principio de la vida que la anima; y en el momento en que le abandona se disuelven y aniquilan las diversas partes que le formaban. Y lo propio sucedería á este mundo si llegára á abandonarle la Providencia, autora y conservadora de su maravilloso mecanismo. Una nave sin piloto, hecha juguete de olas y tempestades, no tardaría en naufragar; y el universo combatido por tan continuas borrascas subsiste miles de años con el admirable orden, que en él tienen establecido las alternadas visitas del día y de la noche y la sucesion de las estaciones y de los frutos de

toda especie, que estas consigo traen. ¿Y así habia de subsistir sin que hubiera una Providencia que le gobernára? Poned los ojos en el magnífico espectáculo, que la naturaleza ofrece, en las flores, en su fragancia, en su belleza, en sus variadas formas; considerad los árboles, que nos regalan sus ricas frutas, y los que no son mas que gala y adorno de los campos y de los alrededores de las ciudades; fijaos en los metales; haced un estudio profundo de los animales que pueblan el mar, la tierra, y los aires; contemplad ese espléndido cielo, que parece que ayer hubiera salido de las manos de su Hacedor, esa tierra, madre fecunda siempre revestida del brillo y

hermosura de una juventud eterna, esas fuentes, cuyas aguas manan dia y noche desde el principio de los siglos, ese mar engrosado por tantos rios y que siempre respeta las barreras, que Dios le puso; y dad si podeis á este inconcebible orden otra explicacion que la única que satisface al entendimiento, y es que la divina Providencia gobierna y sostiene todo lo que ella misma ha creado.

En cuanto nos rodea se descubre la bienhechora Providencia. Los mas pequeños insectos elevan á ella nuestra alma, si contemplamos su naturaleza y recibimos sus lecciones. Muéstrasen tan admirable en la creacion de la hormiga como en la del firmamento. Y así nos dice

el sábio: *Id á tomar consejo de la hormiga.* Y en verdad que ese diminuto animalillo nos da una idea altísima de la sabiduría de su Hacedor. Volved los ojos á la abeja, y la vereis incesantemente ocupada tanto en servicio del hombre como en su propio provecho; imágen del cristiano, que en sus intereses ha de ocuparse menos que en hacer todo el posible bien á sus prójimos: afánase por recoger en la pradera el botín, con que endulzará la mesa del extraño. Imitad, pues, su ejemplo; si sois rico, partid vuestra opulencia con los pobres, y si teneis tesoros de sabiduría, distribuidlos también, haciendo que por medio de la producción sean útiles al procomún.

vuestros conocimientos. Lo que constituye la gloria de la abeja no es el ser laboriosa, sino el serlo para el bien público. Lo que los animales hacen por instinto y naturaleza, lo debe hacer el hombre por cumplir una obligacion, que la caridad le impone de acuerdo con su conciencia. Elabora su miel la abeja, porque tal es el orden de la naturaleza, y para ello fué hecha abeja, y ningun siglo ha visto abeja alguna que no supiese confeccionar la miel. Cuanto es obra de la naturaleza se halla en la especie entera; y es individual lo que solo proviene de la educacion. De tal suerte la hormiga diligente y la industriosa abeja le dan al hombre gritos para que levante el corazon y la mente

al Dios que las ha criado, y para que reconozca la bondad y la sabiduría de su inefable Providencia. Nos la declara la maravillosa dependencia, que tienen entre sí los seres, sirviendo al humano linaje los que parecían hallarse mas distantes. Solo Dios de nadie necesita; habla, y lo hace todo; manda, y le obedece todo. Pero de esta sublime soberanía ha dispuesto que no se halle ejemplo en sus criaturas para que estas le reconozcan por absoluto Señor de todas ellas. El lazo de una necesidad recíproca las liga y caracteriza. Ni el sol se basta á sí mismo; nada hacer puede sin los elementos que recalienta. Los eclipses que sufre, los vapores que se le interponen, las nubes que le

cubren, prueban la dependencia en que está de todo lo que le rodea. Su calor seria una plaga sino le atemperasen el rocío y la lluvia; y las brumas del invierno nos disputan sus beneficios. Seria la tierra un desierto sin las aguas que la fertilizan.

Los prodigios, que á nombre de Dios han obrado muchas veces sus esclarecidos siervos, haciéndose obedecer de los elementos y de toda la naturaleza, son tambien otra de las pruebas mas evidentes de que el mundo físico está sujeto á un poder divino é inteligente, es decir, á la adorable Providencia. La sola enunciacion de este argumento, que podemos llamar histórico, derrama copiosa luz en los

entendimientos elevados y reflexivos: basta abrir las sagradas páginas y ver en ellas que Moisés ejerce sobre toda la naturaleza un soberano imperio, y que á la voz de Josué suspenden su curso el lumínar del día, y la luna, reina de la noche, para persuadirse de que el universo observa las leyes y se rinde á los mandatos de un Señor altísimo, tan sábio como justo, y tan libre en sus actos como rey omnipotente de todo lo que él mismo ha creado.

CAPÍTULO III.

PRUÉBASE LA PROVIDENCIA POR EL ÓRDEN MORAL.

Pasemos de la naturaleza á otrós mundos mas admirables, cuales son el hombre y su conciencia, y ellos nos atestiguarán la realidad de una Providencia divina. Pero llamemos antes á sus mismos adversarios, y si confiesan que hay un Dios, es necesaria consecuencia que sea justo, pues si no lo fuese

SAN JUAN CRISÓSTOMO.

10

no seria Dios. Ahora bien, si es justo, á todos dará lo que cada cual merezca. Notamos sin embargo que esto no se verifica sobre la tierra; y por lo mismo es necesario concluir que existe otro órden de cosas, en que á cada hombre se haga la justicia que se le debe, y por consiguiente que hay una Providencia, que en la vida futura reserva al crimen castigos y premios á la virtud. Elevándonos á tan sublime esfera, ya está no tan solo probada la existencia de la Providencia divina, sino tambien plenamente justificada su misteriosa y admirable conducta. Quien la niega muestra que no cree en Dios, ó que no tiene idea de un sér perfectísimo.

Un Dios, que ningun cuidado tuviera de sus criaturas, que no interesase en su conservacion, que se esmerase en perfeccionarlas á medida de los adorables designios de su sabiduría, un Dios que no fuese justo, ni sábio, ni bueno, ni pudiendo serlo sin providencia, seria un Dios monstruoso é inadmisible. Tal se lo pintan los que lo creen indiferente á nuestro bienestar ó descuido de lo que pasa en el mundo. Guárdense, pues, de ellos semejante Dios, que nosotros adoramos un Señor infinitamente bueno, poderoso, justo, sábio y perfecto.

Mas en tanto que en el siglo futuro desenvuelve la Providencia su magnífico plan, no deja en est

de ostentar las riquezas de su bienhechor dominio, pues si nos ha dado un cuerpo sujeto á muchas necesidades, tambien nos provee de todo lo necesario para remediarlas. Así David en el Salmo IV exclama al considerar la magnífica economía de la Providencia y la distribucion de sus beneficios: *Ha-beis, Señor, hecho nacer la alegría en mi corazon.* Y añade: *han crecido y se han enriquecido con la abundancia de sus frutos, de su trigo, de su vino y de su aceite;* dando á entender con esto que por medio de sus beneficios sensibles hace ella que la reconozcamos, y en las citadas palabras alude á las lluvias vivificantes, á la dulce temperatura que trae la abundancia,

fecundizando el seno de la tierra, al regulado curso de los años y de las estaciones, á las artes diversas, hijas del ingenio, de què nos ha dotado el Hacedor, y á todos los demás beneficios, cuyo concurso es preciso para satisfacer las necesidades del hombre y para regalarle con los ricos dones de la naturaleza. San Pablo insinuaba al Areópago esta misma verdad en términos muy semejantes. Act. 14. 16. Y si hay tiempos en que la divina Providencia se muestra menos liberal, no juzgueis por eso que ni aun entonces nos olvide: solo intenta despertarnos del funestísimo letargo, en que nos hallamos sumergidos, y ponernos en el caso de reclamar su auxilio, haciéndolo-

nos sentir la imperiosa necesidad que de ella tenemos. Cuando el dolor nos estrecha el alma, por un instinto natural se eleva esta á su Dios, implorando su piedad, y en todas sus aflicciones acude á él, aunque habitualmente no le sea devota, ni cumpla su ley santa; y ved aquí una prueba íntima grabada en lo profundo de la naturaleza humana de que existe un centro superior, de donde emanan las disposiciones, que rigen al universo, ó lo que es lo mismo, una Altísima Providencia, que todo lo gobierna.

Con tan indelebles caracteres, es decir, con sus irresistibles vuelos hacia el Único, del cual le viene el socorro, el consuelo y la vida,

escribe eternamente el corazon humano que arriba está su Dios, que á todo provee. Y por eso dijo el Profeta: Señor, la luz de vuestro rostro está grabada sobre nosotros. Y no dijo: se descubre ó ha brillado, sino está grabada cual sello, que puesto en la frente se ostentará á la vista de todos sin que fuera posible ocultarlo. Así la Providencia resplandece y se manifiesta por los gritos de nuestra propia conciencia, y por ese inestimable don de la razon, que nos eleva al conocimiento de Dios, y nos hace distinguir de los bienes falsos y aparentes los sólidos y verdaderos.

Y si un solo hombre es ya un vivo testimonio de que hay en las alturas inaccesibles una providen-

cia augusta; ¡cuánto mas lo será el maravilloso conjunto de todos ellos, que divididos en pueblos y naciones desde el primer día del mundo la vienen confesando y proclamando en la inmensa carrera de los siglos! Ni obsta que muchos se hayan extraviado adorando finjidas divinidades, pues á pesar de tan necias locuras han participado de la creencia de que en una vida futura habia castigos para el crimen y premios para la virtud. Así el unánime consentimiento de todos los pueblos y de todas las edades, y el hecho de haber siempre acudido el humano linaje, por medio de sus plegarias humildes y confiadas, á la divina é inagotable fuente de los beneficios, for-

man un argumento irresistible en favor de la Providencia. Ni es menos persuasivo el que puede sacarse del castigo, que regularmente se sigue al trastorno de las leyes, que aquella tiene establecidas para el buen orden de sus criaturas racionales. El iracundo, el lujurioso, el avaro, el vengativo y el que de su vientre hace un Dios inmundo, hallan en la alteracion de su salud y naturaleza y en el torcedor de su conciencia un suplicio correspondiente á las infracciones de los divinos mandamientos, y con él prueban que no está abandonado al ciego acaso el gobierno del mundo.

Y esas mismas variaciones de

la atmósfera, ora nocivas, ora saludables, las auras apacibles y las desoladoras tempestades, que alternan, así como los frutos de la tierra, ora dulces y nutritivos, ora dañinos y venenosos, los pestíferos pantanos y la limpia corriente de las aguas potables ó de las medicinales, esa sucesion que hay en el hombre de penas y de consuelos, de salud y de enfermedades, de fatiga y de reposo, de infortunios y de prosperidad mas ó menos duradera y completa, ¿no están diciendo con su admirable variedad que son el premio y el castigo, que corresponde á la mezcla de virtudes y vicios del humano linage? ¿No prueban al paso que justifican la Providencia divi-

na? ¿Y quién se atrevería á decir que para una criatura tan imperfecta y degradada cual el hombre en su presente estado no hay sobre la tierra una porcion suficiente de felicidad, aunque mezquina y transitoria? ¿Seria justa la Providencia, si existiendo sobre la tierra tanto número de pecadores, la hiciese un paraíso de delicias como en premio de sus iniquidades? ¿No se diria entonces que dormia en los cielos la justicia divina?

Ni á los justos es menos necesaria la multitud de espinas, que hace molesta y peligrosa la senda de esta vida fugaz. Sin ellas no tendria su virtud una palestra, en que luchar para ser

coronada, su paciencia un ejercicio meritorio, su amor á Dios una prueba, y su constancia y fidelidad dificultades que superar para conseguir el suspirado lauro de la victoria. Sin esas alternativas de dicha y calamidades fácil era que los buenos se adormeciesen en el regazo de la molicie, y dejarán las armas de la fortaleza, y se olvidáran de la celestial patria, á donde deben dirigirse, fijando sus reales en la morada de su peregrinacion. Si; este mundo, con todo cuanto contiene de penoso ó regalado, no es mas que una tienda de campaña, y en ella la recta razon no debia esperar que la Providencia hubiese puesto la suprema y final ven-

tura reservada á los tabernáculos de la inmovible eternidad. Ella es quien con el cielo y el infierno completará y desplegará á nuestros asombrados ojos el magnífico plan de la Providencia. Sin ella solo vemos los umbrales del templo de su justicia y sabiduría; pero la fe nos introduce en sus alas sublimes hasta lo interior del santuario, donde todo es luz, bondad, amor, justificacion, excelsitud de ciencia y eterno triunfo del ahora incomprensible gobierno de la Divinidad. El día del fin del mundo, cuando todas las cosas lleguen al puerto de la eternidad, á donde Dios las conduce, se verá el profundo saber del piloto, que guiaba la nave del universo.

CAPÍTULO IV:

RESPÓNDESE Á LAS OBJECIONES CONTRA LA DIVINA PROVIDENCIA.

Á las murmuraciones de los impíos quejumbrosos y de los cristianos desconfiados, ó poco reconocidos á los inmensos beneficios de su bondad, opuso el mismo Dios el augusto dictámen de su excelsa sabiduría. Concluida la grande obra del universo, dió una mirada á todas las cosas, que acababa de ha-

cer, y las aprobó, asegurando que todas ellas eran en extremo buenas. Hé aquí, pues, la sabiduría infinita confundiendo de antemano las quejas y las insolencias de los que hallan que censurar en sus obras admirabilísimas. ¿Y, cuál testimonio comparable con el suyo? Muéstre-nos los títulos de su autoridad científica el hijo del polvo, que se atreve á poner su sacrílega lengua en las maravillas de su Criador. Ayer nació y mañana se esconderá en su tumba. Tiene un día de vida; empléelo en manifestar las riquezas de su saber, y díganos cómo estarían mejor todas las cosas. Pero el Arcángel San Miguel grita en los cielos: «¿quién como Dios? ¿quién como el Altísimo?» Pues si

nadie se le puede comparar en sabiduría y omnipotencia, prevalezca en los siglos de los siglos su infalible juicio. Dios ha dicho que todo está bien; y su palabra debe bastarnos. Confiemos, pues, en ella, y adoremos su Providencia inefable.

Oigamos sin embargo las vanas alegaciones de los insensatos enemigos de la Providencia. Dicen que hay males sobre la tierra, y que la pobreza y las enfermedades son la plaga del hombre. Mas yo niego que semejantes cosas sean un mal, pues acrisolan la virtud y forman el camino que nos conduce al cielo. El pecado es el único mal verdadero. ¿Y quién diría que este ultraje de la Majestad divina viene de ella? ¿Quién lo atribuirá á Dios, si lo

prohibe y castiga con una eternidad de suplicios? Así, pues, no siendo obra de la Providencia el único mal verdadero, de nada tienen que acusarla sus infelices destructores.

Atrévase algunos á motejar varias de las obras del Todopoderoso, unas como inútiles, y otras como perjudiciales. Empero son dignos de compasion por su ignorancia. El real Profeta les enseña que todo ha sido creado para gloria de su Hacedor; y recorriendo cuanto hay en la naturaleza, fija su atencion particularmente sobre aquellos objetos, que á primera vista parecerian inútiles ó peligrosos, y exclama: *Montañas y colinas, serpientes, dragones, animales fero-*

ces, alabad, bendecid al Señor. Ni es verdad que haya cosa alguna inútil, pues todo sirve para levantar nuestros pensamientos al que lo hizo; y además, no porque sean al hombre desconocidas las virtudes ó utilidades de tales ó cuales cosas, puede asegurar que carece de ellas, pues la experiencia misma nos enseña que con el tiempo se descubren admirables secretos, que hasta las plantas venenosas encierran para provecho nuestro, y de los cuales saca nuestra salud la medicina.

Si hay animales feroces, que aqn el terror del hombre, en otro tiempo no lo fueron; antes de su pecado le hacían la corte en el paraíso como vasallos suyos dóciles y su-

misos. Pero aun en ellos debemos admirar la bondad de la divina Providencia, que los cria y mantiene lejos, muy lejos de nuestras habitaciones, pueblos y ciudades, señalándoles para morada suya los bosques y los desiertos. Con esta bienhechora disposicion impide el daño, que pudieran hacernos, y nos permite dormir tranquilos sin temer su ferocidad, ni sus garras terribles. El cuidado que tiene de mantenerlos debe tambien sernos una leccion utilísima, que nos haga confiar en que jamás nos faltará la paternal solicitud de su munificencia. Y efectivamente el mismo Señor nos alienta para esperar y confiar en ella, poniéndonos el ejemplo de los pajarillos del aire,

que no siembran, ni cosechan, ni guardan cosa alguna en los graneros, sino que nuestro Padre celestial los alimenta. ¿Y qué no hará con nosotros que somos sus hijos predilectos, mostrándose tan solícito en la manutención y vestido de unos seres de menos valía é importancia? .

Al observar algunos que no habia cabal exactitud en comparar con el hombre á los pajarillos del aire, se han manifestado escasos de buen gusto y faltos del respeto que se debe á la palabra de Dios. Si aquellos obran llevados solo de su natural instinto, nosotros podemos imitarlos con el libre movimiento de nuestra voluntad, no en lo que, como el volar, es propio de

su naturaleza, sino en lo mas encantador y hermoso de su vida, que es el apacible abandono, con que reposan en brazos de la bondad de su divino Hacedor, sin cuidarse de lo que comerán mañana. Y nosotros que tenemos el mismo Padre celestial que esas inocentes avecillas, debiamos cual ellas no inquietarnos por el dia venidero y confiar mas en aquel Dios amoroso que de conservarnos y mantenernos ha cuidado mas que una madre de los hijos de sus entrañas.

Otro motivo de queja contra la divina Providencia son las aflicciones, que nos envia como azotes de su indignacion justísima. ¿Pero cuándo se ha visto que se vitupere á un padre porque cas-

tiga á su hijo para corregirle? Si no lo hiciera, faltaria á los deberes de padre. Y no sé con qué derecho nos quejamos de Dios cuando nos castiga. Otras veces le acusamos de excesiva indulgencia, si al instante no vibra el rayo de su justicia. Ora nos parece demasiado severo, ora demasiado indulgente. Donoso modo de juzgar al que es océano de sabiduría infinita. El para ejercicio de su justicia tiene la eternidad, y nosotros un solo dia para ser justos. ¿Mas qué sabemos durante este soplo de vida, qué sabemos de los arcanos de la Divinidad? Quisiéramos que castigase al punto á los que usurpan lo que no les corresponde. ¿Y querriamos

que con igual celeridad se vengará de nosotros en el momento en que le ofendemos? ¡Ah! presto olvidamos nuestras propias iniquidades. Además, es un error insigne pretender medir y regular la conducta del Dios altísimo con la pequeña vara, con que los míseros mortales nos medimos unos á otros. De Dios á nosotros, que somos barro vil, hay una distancia infinita, que ningun humano entendimiento puede salvar. Ni está el Señor obligado á poner en juego á un mismo tiempo todos los resortes de su omnipotencia. Bástale descubrirnos de cuando en cuando algunos de ellos. Temeraria locura seria aspirar á tener delante de los ojos

toda el insondable tesoro de su
Providencia. Mas alta es que los
cielos y mas profunda que los
abismos. No obstante, á sus ami-
gos de limpio corazon y humilde
des se complace en descubrirles
algunas de sus adorabilisimas dis-
posiciones; pero resiste á los so-
berbios, los oprime con el peso
de su gloria, los ciega con sus
resplandores, y se oculta al audaz
vuelo de la investigadora impie-
dad, que en vano le desafía.

Habia el Señor impreso en el
universo brillantes huellas de su
poder y sabiduría, de modo que
para no verlas era preciso tener
oscurecidos los ojos del alma;
pero muchos los cerraron con
ciega obstinacion, y no reconocie-

ron la maravillosa obra de sus manos omnipotentes. Algunos se forjaron un Dios del conjunto de las materias creadas por el divino Hacedor, y otros no quisieron descubrir mas que defectos en los prodigios de su diestra y los atribuyeron á un génio maléfico. Estos y aquellos desvariaron locamente, y en la guerra que se hacian dejaron vengada á la divina Sabiduría, patentizando la insania de sus propios delirios. La verdad es que el Señor se propuso en la creación del universo ponerle un sello de grandeza y magnificencia, que revelase la sabiduría de su Hacedor soberano, y por otra parte dejó algunos como vacíos ó aparentes faltas en

prueba de que no podría subsistir por sí mismo y de que le sería necesario el concurso de la divina Omnipotencia para su conservación, vida y gobierno.

A algunos de miope entendimiento chocan los desórdenes particulares, que de cuando en cuando se observan en la naturaleza, porque los consideran aisladamente y fuera del magnífico conjunto, cuya armonía constituyen. No reparan en que mientras mayores sean aquellos desórdenes, y mas opuestos entre sí los elementos, de que se compone el mundo, mas pronto debian acarrearle su postrer ruina sino velára por su conservación la vilipendiada Providencia. El oculto lazo, que los

liga y que de su misma oposicion mutua hace que resulte el orden constante y magestuoso, que por doquiera admiramos, es sin duda una robustísima prueba de aquella augusta, soberana é inteligente Providencia, que lo ha establecido y conserva sin alteracion ni menoscabo, en tanto que se funden y desaparecen las monarquías y colosales imperios mejor cimentados en autorizadas leyes, riquezas y poderío.

Pero el principal fundamento de los ataques á la Providencia son los desórdenes morales, de que el mundo está lleno. Es innegable que los hay. Mas su misma denominacion de desórdenes nos dice que existe necesariamente una Pro-

videncia, autora del orden, al cual ellos se oponen. Y en efecto, ¿por qué son *desórdenes*? ¿Por qué parecen desórdenes sino porque son contra el orden y repugnan al orden? Ahora bien; ¿qué es ese orden, al cual contradicen, sino la Providencia?

Se insiste en que si hubiese una Providencia no se verían entre los hombres tantas maldades, de que estos se escandalizan. Pero semejante objecion se disipa cual polvo con solo considerar que ese mismo hecho de escandalizarse los hijos del pecador Adán por lo malo que sucede es una prueba auténtica y viva en favor de la Providencia, que no permite que la maldad se entronice impunemente y

tenga la autoridad de reina, sino que como a infame esclava la señale con un sello de ignominia, haciendo que siempre aparezca como un objeto de horror y de escándalo.

al once

al once

al once

al once

al once

al once

al once

al once

al once

al once

al once

al once

al once

...habiendo
...así
...ella
...Pero

CAPÍTULO V.

...son
...la

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

...ind
...don

Veis aquel hombre, que se entrega á todos los excesos de sus pasiones; le oireis echar la culpa á la fatalidad y á no sé qué fuerza superior con que el demonio le arrastra á la depravacion. Dios, el autor de la naturaleza es, segun dice, quien así lo quiere. Y si le hablais de la Providencia y de su bondadesa

equidad, prorumpirá en blasfemias impías, porque no cree en ella y hace alarde de negarla. Pero no temais sus audaces baladronadas; si no se rinde á vuestros razonamientos, habladle con la lógica de los hechos; presentadle el ejemplo de otro hombre justo, que arregla su conducta á las leyes divinas y adora la Providencia. ¿No es ese justo, decidle, hombre como vos, de la misma naturaleza, habitante del mismo globo y compuesto de los mismos elementos, que forman nuestro sér? ¿Por qué pues esa diferencia en la norma de vida? Todo en el justo respira bondad, dulzura, paz y sábio ordenamiento de conciencia y conducta. Y

en vos se advierte en lo exterior la gangrena de vicios, que os corroee el alma, haciéndoos perder la fama y el bienestar. ¿De dónde tal diferencia? ¿No es el mismo vuestro Dios y el de aquel justo? Las fuentes de su misericordia corren para todos; luego el que no bebe en ellas los raudales de la virtud es solo porque abusa de su libre albedrío.

Los buenos son para los malos un venero de gracias, que por medio de ellos quiere la Providencia comunicarles, y por lo mismo permite que vivan juntos á fin de probar á los buenos con la guerra, que les hacen aquellos, y de atraer al camino de la virtud á los perversos con

el luminoso ejemplo de los que observan su santa ley. En este sentido escribia el Apóstol 1.^a Cor. 11. v. 19. que debe haber heregías para que se descubran los que tienen una virtud probada. Si la de Noe nos parece admirable, no es tanto porque era un justo, que fidelísimamente cumplia todos sus deberes, cuanto porque lo era en medio de una generacion muy corrompida. ¡Mucho necesitó esforzarse para resistir al torrente de depravacion que lo arrastraba todo! Ni es menor la ganancia de los pecadores en esa mezcla de buenos y de malos. Los ejemplos de los justos siempre alguna impresion producen en los corazones mas obsti-

nados; son para la maldad un freno que la contiene, una acusacion permanente, un aguijon, por cuyo medio penetra el remordimiento en los pechos culpables, y disminuyen los escándalos, obligando al delincuente á ocultarse en las sombras para cometer su crimen. El justo es para el impío una reconvencion viva de su proceder inícuo, y muchas veces es el principio y la inmediata causa de su conversion.

El tema mas comun de las objeciones, que se hacen á la divina Providencia, es la prosperidad de los malos y el estado aflictivo, en que con frecuencia se ven los buenos. Pero nada la justifica tanto, nada prueba de un modo

mas evidente su bondad, sabiduría y justicia como esas transitorias y fugitivas prosperidades de sus enemigos en esta vida breve y perecedera, porque es preciso que aquí reciban algunas muestras de su bondad infinita aquellos infelices, á quienes su justicia castigará en los años eternos. Así como es propio de esa misma justicia inescrutable el hacer sentir su mano poderosa en su rápido tránsito por este mundo á los justos, que algunas culpas tienen que expiar y que en los cielos gozarán sin término de una felicidad completísima en la abundancia de todos los bienes, y desterrada para siempre hasta la mas tenue sombra de todo mal. ¡Y

quién menos que nosotros los discípulos de Jesucristo debíamos quejarnos de esta admirable conducta de la divina Providencia, pues nuestro adorado Salvador nos la predijo? Así se expresa en el cap. 16. v. 20 del Evangelio de San Juan: *En verdad, en verdad os digo: vosotros os entristecereis y llorareis, y el mundo se regocijará.* Tal es la historia de los siglos todos. Babilonia, que no conocia al verdadero Dios, era rica y prepotente, y Jerusalem lloraba en las cadenas del cautiverio. Lázaro, que ahora está en posesion del reino y de las inmortales delicias de la gloria, cuando peregrinaba por este valle de lágrimas padecía hambre cruel,

y su cuerpo lleno de llagas no hallaba conmiseracion sino en los perros, que se llegaban á lamerle las úlceras. Entretanto el rico Epulon rodeado de numerosa servidumbre comia opíparamente, y se regalaba en medio de la molicie deliciosa. Mas luego cayó en el abismo, y ahora ningun alivio prestan á sus eternos dolores la opulencia y el lujo de que gozó un instante, y de que ahora para siempre está privado. Lázaró por el contrario ahora bendice sus harapos, su hambre y sus llagas, que le han proporcionado una felicidad eterna.

Hombres hay que se lamentan de los rigores de la divina Providencia para con ellos, cre-

yéndolos excesivos, y comparándose con otros, que padecen menos. Esto es querer entrar en los abismos del inescrutable gobierno del Altísimo, atreverse á tomarle cuentas, llevar la audacia de los propios juicios á una altura, á donde no puede llegar humano entendimiento. No, mil veces no. Nuestra pecadora ignorancia no debe escudriñar los arcanos del Eterno. ¿Por qué hemos de fijar á Dios las leyes, con que ha de gobernarnos? ¿Quién nos ha dado autoridad para decirle: de aquí no pasarás en tus pruebas ó castigos? Ciertó que el Señor no está obligado á conducirse con todas sus criaturas racionales del mismo modo; ni se hallan todas en

la misma situacion, aunque sus necesidades sean las mismas, que no todos los enfermos que padecen un mismo mal han menester de idénticos remedios, pues los métodos curativos no son aplicables á todas las naturalezas, y así varían segun las especiales condiciones de los enfermos. Y ved aquí el motivo porque diversifica la Providencia sus pruebas, y á ~~este~~ envia enfermedades prolongadas, á aquel persecuciones infamantes, á unos abisma en la pobreza, á otros humilla con los desprecios, que de ellos hacen sus inferiores ó iguales, y ora arrebatá los hijos al padre, que en ellos tenia su esperanza y consuelo, ora derriba con repentino

golpe al poderoso, que se pavoneaba en la cumbre de esplendorosas dignidades. Lo singular es que todos creen que sus infortunios y padecimientos son mayores que los de los otros. Pero aun suponiendo que todos tuviesen razon al afirmarlo, á cada uno de los que así lo creen se podria decir: ¿juzgais que vuestras penas exceden á las de todo el mundo? Pues felicitaos, porque vuestra esperanza puede estar segura de hallar abierto el seno de la divina misericordia. Cuanto mas se padece se puede merecer mas, y cuanto mayores son las pruebas, son mayores las recompensas, si á ellas nos hacemos acreedores con nuestra humilde pacien-

cia, nuestra resignacion y nuestra filial y amorosa confianza en la bondad de Dios. ¿Quién ha tenido que sufrir mas que San Pablo? ¿Y quién se le ha aventajado en santidad? ¿Quién se imaginará valer mas que él para no pasar por el mismo crisol de duras tribulaciones? Si hay personas, que no se purifican en ellas, no es porque el Señor no lo haya intentado al enviárselas, sino porque ellas no han correspondido á sus adorables designios, recibéndolas sin la debida sumision y sin sacar el fruto, que el Señor se proponia en sus impenetrables consejos.

Frecuentemente levantamos el grito de dolor, quejándonos de la

Providencia cuando nos priva de los bienes, que nos ha dado, y hasta parece que la acusamos de injusta. ¡Ceguera inconcebible! Como si no fuese suyo cuanto poseemos; como si no fuesen suyas cuantas riquezas hayamos recibido de su mano benéfica; como si no estuviese en su arbitrio el recogernos lo que le pertenece y corresponde con toda propiedad. Si tenemos dinero ageno á préstamo, llegado el plazo convenido, se lo devolvemos á su dueño, dándole las gracias; y estamos lejos de pensar que obre mal nuestro acreedor al volver á tomar lo suyo. ¿Y el Señor de todo lo creado no ha de tener por lo menos igual derecho? Ne-

gárselo sería demencia. Job nos enseña que debemos dar gracias á Dios no solo cuando nos enriquece, sino tambien cuando nos despoja: *el Señor me lo dió: el Señor me lo quitó; sea en todos los siglos bendito su santo nombre.*

Job. 1. v. 21. Si en la prosperidad y en las adversidades debemos mostrarnos agradecidos á Dios, porque tanto con aquella como con estas nos manifiesta su infinito amor, encaminándolo todo al eterno bien de nuestras almas; nos hacemos altamente criminales, cuando en vez de adorar sus bienhechoras disposiciones, murmuramos de ellas y no las acatamos con la debida sumision.

De las desigualdades, que ve-

mos en este mundo entre pobres y ricos, forman los enemigos de la piedad un argumento especioso en contra de la divina Providencia. Pero si hicieran el debido uso de su razon, advertirian que esa decantada desigualdad es como la base y el vínculo de la sociedad humana. Ella es quien liga los hombres unos con otros, haciendo que se presten mútuos servicios; ella es la madre del trabajo y de la industria; ella quien á los hijos de los pobres destina desde la infancia á aprender un oficio; ella quien levanta las casas y las ciudades con la mano de las clases menesterosas pagadas por los ricos; ella quien desafia las tempestades en las atrevi-

das personas de los marineros, y rompiendo las olas con la frágil quilla, lleva los alimentos y las mercancías á las naciones mas distantes, poniéndolas en estrecha comunicacion unas con otras, y haciendo cosmopolitas los frutos de la tierra. ¿Qué seria de la sociedad si todos los hombres fueran igualmente ricos? No habria quien trabajase, no habria quien se dedicase á ocupaciones mecánicas y laboriosas; los campos estarían sin cultivo, y reinando la ociosidad en las ciudades, el comercio, la industria y todas las artes perecerían. ¿Y aun se acusa á la divina Providencia de no haber enriquecido á todos por igual? Nada prueba tanto su sabiduría y

la eficacia de los resortes, que emplea en el gobierno y conservacion de la sociedad humana, como esa recíproca dependencia, que ha establecido entre los hijos de Adan por medio de las desigualdades de fortuna. El rico para comer, para el laboreo de sus haciendas, para vestirse, para viajar, y en una palabra, para todo necesita del concurso, de la industria y de los buenos oficios de los pobres, y así no vive, ni goza si no los mantiene. ¿Y quién sino la Providencia estrecha ese lazo firmísimo é indisoluble, por medio del cual el pobre vive á expensas del rico y el rico con el sudor del pobre? Motivo era este para alabarla y engrandecerla y

admirarla. Callen, pues, y escondan su audaz frente en el polvo sus nécios detractores.

Si bien se considera, la mencionada desigualdad en nada afecta los principales intereses del hombre. Lo que mas importa á su mantenimiento, á sus mejores gozos y á la conservacion de su vida y salud es comun á todos los habitantes del globo. Para todos brilla el sol, su luz vivifica y su calor son para todos. El aire no está encerrado en los palacios de los poderosos. El fuego no es propiedad exclusiva de los opulentos. La salud y las fuerzas escasean menos entre los pobres. Dios y todos los beneficios de su santísima religion son para todos.

¿Por ventura se ha prometido el cielo á los ricos? ¿No son los pobres los predilectos del Altísimo? ¿Pues á qué se reducen las quejas y murmuraciones sobre una desigualdad, que á nadie priva de los verdaderos bienes y de todo lo necesario á la vida y á la consecucion de la felicidad eterna?

Aun entre las miserias de esta region de infortunio cabe á los pobres la mejor parte, pues las riquezas muchas veces estragan la salud con el excesivo regalo y con la misma abundancia de los manjares y de los vinos, de los cuales se hallan sus poseedores en ocasion continua de abusar con grave daño suyo muy lastimosa-

mente. Por el contrario, la comida frugal del pobre le preservaba de nocivos excesos, y su pobreza es guardadora de su salud y conservadora de su complexion robusta. A nadie falta el agua refrigerante, que no es peligrosa cual los licores de las mesas de los potentados, y Dios la ha puesto y la hace correr en montes y colinas, en valles y prados, en campos y aldeas para que todos sin excepcion alguna apaguen su sed y se saboreen con su esquisita frescura. ¿Pues qué diré del sueño reparador de las fuerzas y adormecedor de los cuidados punzantes? Mas pronto llega á los párpados del pobre fatigado. ¡Oh cuántas veces vela el rico

en un lecho de dolores, mientras el jornalero duermé plácidamente! No sé en verdad adonde están los priyilegios de los señores de la tierra cuando sus inferiores son con tanta frecuencia mas felices que ellos, y no veo por qué haya de acusarse á la divina Providencia por una desigualdad, que tantas compensaciones ofrece al pobre cuantos son los cuidados, que del oro nacen como de una venenosa fuente.

CAPÍTULO VI.

SE VINDICA Á LA DIVINA PROVIDENCIA,

La impunidad, de que el criminal hace muchas veces un vano alarde, da lugar á que se murmure de la Providencia. ¡Torpe engaño! Jamás la divina Justicia deja sin castigo el crimen. Si no se venga siempre en la vida presente es porque reserva su formidable venganza para la eternidad. Os quejais de las plagas,

que siembran desolacion en campos y ciudades, de la enfermedad, que lentamente consume los principios de la vida y anticipa la vejez dolorosa, de las desgracias inesperadas, de los reverses ruidosos, que desde la cumbre de la opulencia precipitan en un abismo de miseria; pues creed que todas esas calamidades y atormentadores infortunios son otros tantos golpes de la justicia celestial. El pecado quien los ha provocado; el pecado quien concita las iras del Eterno; el pecado padre de todos los males, que afligen á la sociedad. El vicio considerado en general tarde ó temprano sufre el castigo que merece, y cuando del cielo lo ve-

mos descender cual nube fulminante sobre un pueblo prevaricador ó sobre un potentado culpable, reconocemos la justicia, con que Dios lo envia y la admirable proporcion que guarda con los delitos, que lo han llamado de lo alto. ¡Y nuestra vida se halla libre de esos merecidos castigos? ¡Oh cuántas veces hemos expiado nuestras culpas! ¡Oh cuántas veces hemos sentido la pesada mano del Señor, que nos corrige por esta ó aquella falta! Ni han quedado sin premio nuestras acciones virtuosas.

Lease la historia, y se hallarán en ella magníficos y aterradores ejemplos de las justicias del Todopoderoso. Tal es el ór-

den de su Providencia. Pero estas leyes son generales, y tienen sus excepciones, en las cuales resplandece portentosamente la profunda sabiduría del Legislador supremo, que con ellas enseña que hay otra vida, en que el inocente oprimido recibirá coronas, y el criminal impune sobre la tierra hallará los castigos merecidos por sus maldades.

No os turbeis por lo que pasa en esta region de mero tránsito. Nadie es verdaderamente dichoso ni infeliz hasta que se pronuncie la sentencia sobre su eterna suerte allá en el tribunal divino, que está al otro lado de su tumba. Todos los dias se tienden asechanzas, se asalta á los via-

jeros, y se violan las casas, el
lecho conyugal y hasta los se-
pulcros para despojar á los di-
funtos. Prodigiosa actividad tie-
nen en manos de los asesinos
los venenos y los puñales. Pero
no es justo echar al juez la culpa
de todos estos crímenes. Se le po-
dría reconvenir si cuando está sen-
tado en su tribunal absolviese al
ladron y al asesino, y condena-
se á sus víctimas. Mas antes que
las partes hayan sido llamadas á
juicio, no cabe injusticia en un
magistrado, que aun no ha abierto
el proceso, seguido la causa y
mucho menos pronunciado el fallo.
Pues en este caso se halla el di-
vino Juez respecto de los que aun
no hemos comparecido en su rec-

tísimo tribunal para escuchar la sentencia de nuestra salvación ó condenación eterna.

Pero los hombres se lamentan de que cometido el delito no les siga inmediatamente el condigno castigo. Y apenas es posible comprender cómo piensan y se expresan de tal suerte los que tanto interés tienen en que el Señor no sea muy riguroso, ni acelere sus venganzas. ¿Pues quién podrá no temerlas? ¿Quién está del todo limpio de culpa? ¿Quién resplandece con tan pura inocencia que no merezca alguna reprensión, ó algún castigo? ¡Ah! Lejos de censurar con procaz lengua la dilación de los castigos del Altísimo, como tan interesados en ella,

deberíamos admirar y bendecir noche y día su bondad infinita con el corazón abrasado en llamas de gratitud y con el alma toda embebecida en su celestial amor. ¿Qué fuera de nosotros si Dios nos castigara luego que le ofendemos? Reconozcamos pues y alabemos su misericordia, y no queramos para nuestros hermanos lo que no quisiéramos para nosotros. Si Dios es infinitamente piadoso, y en su piedad está cifrada nuestra dicha, séalo enhorabuena para todos, pues si somos frágiles y miserables, y por ello nos reputamos dignos de compasión, también los otros pecadores son de nuestra misma naturaleza caediza y deleznable. ¿Y qué agravio nos

hace el Todopoderoso en sufrirlos el brevísimo tiempo de su vida caduca y voladora? ¿Ni qué envidia merecen unos seres, que si hoy nadan en delicias, mañana arderán eternamente? ¿No está ya abierta bajo sus plantas la tumba, en que la muerte ha de precipitarlos despojados de toda su opulencia? ¡Ay cuán triste y cuán terrible cosa será dejar al borde del sepulcro los inícuos goees, que hacían regalada su vida pecadora, y los mandos y los honores y el esplendor y la pompa y los parasitos y la lisonjera adulacion y el embriagador incienso de sus palacios; y caer de pronto desnudos de todo bien en las insondables profundidades de

un infortunio inmenso! ¡Ved aquí lo que parece que se envidia al impío, que vemos elevado á la cumbre de las grandezas humanas!

Acordémonos que el Rey salomista dice: no temais al ver á un hombre enriquecido, y su casa llena de gloria; porque cuando muera, ninguno de sus bienes se llevará consigo, y no bajará con él su gloria. Ps. 48. v. 17. Ni olvidemos aquello de Isaías: toda carne es heno, y toda su gloria como flor del campo. Isaías. 40. v. 6. Esto mismo nos enseña la experiencia de todos los días, y Job lo espresa con su acostumbrada energía: desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo bajaré al sepulcro. Job. 1. 21.

Y San Pablo: nada hemos traído á este mundo, y nada hemos de sacar de él. 1.^a Tim. 6. v. 7. Ciertó que no debían ocuparnos tanto cosas que tan poco duran, ni debíamos dar tal importancia á lo que pasa como leve sombra, y mucho menos acusar por su repartición momentánea á la divina Providencia, que para el justo reserva bienes infinitos y sempiternos, y para el obstinado pecador una inmensa desventura, que jamás ha de acabarse.

CAPÍTULO VII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

-Dice el blasfemo atrevimiento del
impro: ¿por qué Dios ha hecho ma-
lo al hombre?—Yo niego este prin-
cipio. No, no es cierto que Dios
haya hecho malo al hombre, pues
si así fuese no le castigaria.—¿Y
cómo se explica que sea malo?—
Se hace tal por su culpa. Sí, por
su propia culpa. Teneis la prue-
ba de esta verdad en vuestra

misma conciencia. Si los malos no lo fuesen, por su culpa, ¿con qué derecho castigariais á vuestro esclavo cuando comete alguna falta? ¿Con qué derecho juzgariais que obra mal vuestra esposa, ó vuestro hijo cuando olvidan cumplir con sus deberes? Si obran de esa suerte necesariamente, no deberiais reprenderlos, ni vituperar sus acciones, sino antes bien compadecerlos.— Yo no puedo ponerme á la altura de tan elevada filosofía.— La reducis diariamente á la práctica. Y si no, decidme: ¿cuando vuestro esclavo no cumple vuestras órdenes por estar enfermo, no os compadeceis de él, lejos de reprenderle? Reconoceis, pues,

que hay faltas, que de él dependen, y faltas, que no están en su mano el evitar. Según este principio, si se os demostrase que el hombre es malo por naturaleza y que solo peca por necesidad, le excusaríais, ni tendríais por qué vituperarle. Y en verdad que si á vuestro esclavo excusais por estar enfermo, con igual indulgencia debíais mirar al malvado, que lo fuese porque Dios lo habia hecho tal.

- Tiene la verdad en su favor muchos otros argumentos, que podrían emplearse con una fuerza irresistible. Mas no quiero salir de algunos ejemplos familiares, y así os pregunto: ¿Creeis culpable á vuestro esclavo porque no

tiene hermosa cara, ó elevada estatura, ó la ligereza del ciervo en la carrera? No ciertamente, porque todo esto es debido á la naturaleza, y los defectos naturales jamás se han tenido por crímenes. Pero cuando vituperáis una acción cualquiera, en el mero hecho de vituperarla dais á entender que no la imputais á la naturaleza, sino solo á la voluntad. ¡Ah! Cuando conviene, bien sabeis distinguir esta de aquella, y hacer á una y otra la debida justicia.

Decidme: ¿no es Dios quien ha creado á todos los hombres? —No hay duda en esto.—¿Por qué, pues, no son todos igualmente buenos ó igualmente malos? ¿De dónde nace que unos sean virtuosos, y

otros viciosos y perversos? Si proviene de la naturaleza y no de la voluntad, ¿por qué los unos obran el bien y los otros el mal? Si fueran los hombres naturalmente malos, se parecerían todos unos á otros, y entre ellos no podría hallarse uno solo bueno. Y si naturalmente fueran buenos, el género humano no podría ofrecer el degradante espectáculo de los malos, que á él pertenecen y son su baldon y su ignominia. Si la naturaleza es una misma en todos los hombres, unas mismas deberían ser en todos las inclinaciones, y no malas en estos y buenas en aquellos. Si se dice que los unos son naturalmente buenos, y los otros naturalmente malos (lo que es imposible

sostener, como acaba de probarse) nunca deberían cambiar estas cualidades en los que las hubiesen recibido de la naturaleza, puesto que la naturaleza no se muda. Así por ejemplo, todos los hombres son mortales y pasibles; y nadie, por mas que haga, podrá volverse impasible é inmortal. Por el contrario, vemos que muchos pasan del vicio á la virtud y de la virtud al vicio; luego las cualidades de virtuoso, ó vicioso no son inherentes á su naturaleza, pues ninguna cualidad natural es susceptible de cambio, ni puede adquirirse con la mas viva solícitud y constantísima fatiga. Y al modo que para ver y oír no necesitamos hacer esfuerzo alguno, así practicaríamos la vir-

tud sin ningun trabajo, si fuésemos naturalmente virtuosos. Por otra parte, ¿con qué fin hubiera Dios creado malos á todos los hombres, pudiendo haberlos hecho buenos á todos? Pero además se opone á su misma divina esencia, que es bondad infinita y santísimo abismo de adorables perfecciones, el suponer que los hubiese creado malos.

¿Cuál será pues la causa del mal?... Preguntáoslo á vos mismo. En cuanto á mí, me basta haber probado que no viene de Dios, ni de la naturaleza.—Pues le habrá traído al mundo el acaso.—El acaso es una palabra, que carece de sentido—¿Habremos, pues, de convenir en que el mal es una cosa, que no tiene principio ni causa?—

Dios nos libre de un pensamiento tan extravagante, que haria á la maldad igual á Dios en cierto modo, elevándola á un rango, que únicamente corresponde á la Divinidad. Si como esta no tuviese principio ni causa, tendria el mal una fuerza superior á todo lo criado, sin que poder alguno fuese capaz de aniquilarlo ó alterarlo, porque es evidente que no puede dejar de existir lo que no tiene principio. Y si el genio del mal fuese tan poderoso, ¿cómo habria en el mundo tantos hombres virtuosos? ¿Cómo podrian débiles criaturas sobreponerse á un sér fortísimo, á quien supondriamos inmortal é increado? El maniqueo nos dice que Dios le destruiria. ¿Pero cómo habia de ani-

quilar lo que como él no tiene principio y goza de los mismos privilegios y de la misma omnipotencia? ¡Execrable doctrina, solo digna de los infiernos, de donde salió! ¡Cadena odiosa de blasfemias, que bajo el pretexto de honrar á Dios le ultrajan con insolencia impía! Porque conocen que no puede el mal tener por principio á Dios, han inventado la insensata opinion de que no tiene principio.

¿Pues de dónde proviene el mal? De que nosotros queremos ó no queremos. Y el acto de querer ó no querer nace de nosotros mismos, de nuestra voluntad. Empero el único mal que hay en el universo es el desobedecer á Dios. Y como para esto es libre el hombre, incur-

re en él usando infaustamente de su libertad, como lo hicieron Adán y Eva en el paraíso, prefiriendo las insinuaciones del enemigo infernal á los bienhechores mandatos del Altísimo.

La Escritura nos enseña que los males físicos fueron una consecuencia del mal moral, ó sea de la culpa de origen: desde entonces se pobló el mundo de calamidades, y la tierra se convirtió en una morada de infortunio. Hé aquí por qué padecen todos los hombres, por el pecado original, que todos cometieron en Adán, en quien estaban encerrados de un modo tan positivo como misterioso. Pero no es verdad que en la herencia de los males toque al justo igual porción

que al de vida relajada: este sabe que tiene en Dios un juez airado, mientras aquel le reconoce por padre y confía en su bondad inmensa; este siente su conciencia destrozada por el aguijón del remordimiento, mientras aquel goza en ella de una paz dulcísima y deliciosa; este se ve hecho presa del dragón infernal, que domina y agita su alma como un feroz tirano; mientras aquel posee el inestimable tesoro de la gracia divina, que es el mayor de los bienes y segurísima prenda de la gloria y de la felicidad eterna. ¿Qué mas dichas se quieren para el justo, y qué mas desgracias para el pecador? Por ser ocultas y radicar en lo íntimo del alma, ¿dejarán de atormentarle horriblemente? Por no

estar manifestas á los ojos ajenos, ¿dejan de ser un infortunio imponderable? Por hallarse esas grandes y escondidas miserias juntas al vanísimo oropel de las prosperidades mundanas, ¿pierden su esencia, desaparecen, ó al menos se disminuyen? No. Lo que hacen es mezclar su mortífero acíbar á los fugitivos placeres de los malos. La conciencia los persigue día y noche hasta sobre los tronos mas encumbrados.

Hé aquí diferencias entre el justo y el pecador, que los buenos deberían tener presentes para no quejarse nunca de los trabajos, que el Señor les envía, y para enmudecer los miserables acusadores de la Providencia augusta. Sí; la Pro-

videncia tiene aun en esta vida secretos é inefables premios para las almas puras, y ocultos y terribles castigos para las criminales. Unas y otras lo saben por experiencia propia. Y con tales bienes interiores, ¡cuánto no se atennúan las penalidades del justo! ¡Oh cuánto se consuela con ellos! ¡Oh qué delicias gusta en lo profundo de su tranquilo é inmaculado corazon, delicias que en mucho exceden á sus padecimientos exteriores! ¿Y qué vale la falsa prosperidad del impío sin la paz del alma y sin la amistad de Dios? ¿Qué valen las riquezas y los honores pomposos sin la preciosa joya de la divina gracia? Pues ved ahí al hombre rico y peca-

dor pobre en lo que mas importa, infeliz en lo mas esencial y con solo apariencias de bienes ilusorios!

Pero no transijamos demasiado con las vulgares y repetidas objeciones, que se hacen á la Providencia, aunque podamos disiparlas cual humo con sólidas razones. Ya que hemos respondido victoriosamente á ese supuesto escándalo de los siglos, que á la infinita sabiduría no perdona las aflicciones de los buenos, ni las prosperidades de los malvados, levantemos la voz para que no campee tan libre la insolencia, para reprimir la audacia y atajar á la mentira en su triunfal carrera. No es cierto, no, que todos los justos sean atribulados en esta vida; los

hay que gozan de los halagos de la fortuna; los hay que brillan en las primeras dignidades; los hay que disfrutan de una salud completa y vigorosa; los hay que ostentan unidos en su persona los muchos beneficios, que entre varios suele distribuir la Providencia. No es cierto, no, que los impíos siempre se vean favorecidos por la naturaleza, ó por el mundo. También gimen, también lloran, también padecen muchos de ellos innumerables penas y trabajos. Que no reserve Dios para la otra vida todos sus premios y castigos, nos lo atestigua la historia, la cual enseña que aun en este mundo suele mostrarse equitativa y justiciera la ordenadora Providencia.

CAPÍTULO VIII.

CONSIDERACIONES SOBRE EL CARÁCTER, CONDUCTA Y SECRETOS DE LA PROVI- DENCIA.

Si el beneficio de la presente vida y cuanto para su conservación y regalo nos ha dado el Todopoderoso, nos impulsan á reconocer su augusta y amable Providencia, mucho mas debe mover nuestros corazones á someterse humildemente á ella la esperanza de los

futuros bienes, que nos promete, porque á todos los terrenos son incomparablemente preferibles por su excelencia y su duracion inmortal. Seria locura decir que solo viven en la region de la esperanza, y que no se descubren aquí abajo. ¡Ah! La esperanza apoyada en el sólido fundamento de la fe nos los revela y manifiesta tan positivamente como vemos y disfrutamos los que este mundo ofrece. Sale garante de su certeza la infalibilidad del mismo Dios. ¡Mas por qué no son tambien herencia nuestra en esta vida? Porque la otra será el tiempo de las coronas y de los magníficos galardones, y esta es la época de los combates y de las pruebas. ¡Pero

cuán bienhechora, cuán dulce y generosa se ostenta la Providencia divina en semejante distribución! Limita los trabajos y las penosas pruebas al estrecho círculo de esta vida brevísima y fugitiva, y reserva el premio y la corona á la que jamás ha de acabarse. Mas no siempre guarda para el cielo las recompensas, que tambien en el presente siglo suele darlas á aquellos, cuya flaqueza considera menesterosa de esta clase de auxilios. Así lo hizo con el pueblo judío. Los profetas le prometian á su nombre, siempre que le fuese fiel, riquezas, prosperidades, victorias, paz, gloria, feliz éxito en sus empresas, posteridad numerosa, y en una palabra, todos aquellos bienes, en que se

hace consistir la dicha de este mundo.

Pero despues que el divino Salvador nos enseñó su celestial doctrina, y nos hizo ver que los bienes de la tierra solo eran dignos de fuga y menosprecio, y que debiamos aspirar á los eternos, ya no se conduce la Providencia con los cristianos qual con niños, á quienes es preciso halagar y darles los juguetes que piden para su entretenimiento. Nuestros deseos deben volar mas arriba, aspirando á una felicidad eterna. Los discípulos de la cruz, no pertenecemos á la infancia del humano linaje, que allá en su tiempo pudo contentarse con lo caduco y terrenal, que á nosotros nos toca mirar como un juguete impro-

pio de la edad viril, ó para expresarme sin metáforas, de la perfección cristiana, á que nos llama la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Reservemos, pues, nuestros afectos para esos otros sublimísimos bienes, que no se hallan expuestos á contratiempos, ni pasan cual sombra leve. Sin embargo, como la Providencia sabe que nuestros mezquinos cuerpos han menester de cosas terrenales, cuida de proveernos de ellas, cual madre diligente del alimento y vestido de sus tiernas y amadas hijas.

1. Pero observemos que la Providencia en la ley de gracia, en que felizmente vivimos, se ha hecho mas pródiga de aquella especie de bienes, que lo son verdaderamente

en todo tiempo y lugar; cual por ejemplo la paciencia, la mansedumbre, la fortaleza, la prudencia, la humildad y las demás virtudes, con que se merece el reino de los cielos. Tambien hay males, que lo son constantemente, como la ira, la intemperancia, la pereza, la avaricia, la lujuria y todas las demás pasiones pecaminosas, todos los vicios degradantes, y todo lo que prohíben la razon y la ley santa del Señor. Esto no cambia de naturaleza, y no lo envia la Providencia, que tan generosa se muestra en dar los bienes que lo son siempre.

Mas aun hay otro género de cosas, que por sí mismas no son buenas, ni malas, y que se convierten

en buenas ó malas por el uso que hacen de ellas los descendientes de Adán. A convertirlas en buenas coopera la Providencia, y prohíbe que el hombre las convierta en malas por su mal uso. Veámoslo con mas claridad en un pasaje de la historia sagrada. Habíase el pueblo judío abandonado á toda especie de prevaricaciones: á la voz del profeta Elias bajan del cielo las plagas de la sequía, del hambre y de la pobreza: vuélvese el pueblo á su Dios: aquellos mismos adoradores de ídolos, que sacrificaban á Baal sus hijos, acaban con los sacerdotes de los falsos dioses: ya no se oyen quejas, ni blasfemias: el hambre los ha mudado, y las horribles plagas se han convertido en

beneficios. Y ese mismo pueblo, que mientras gozó de libertad fué con frecuencia objeto de las enérgicas reprensiones de los profetas, porque infringia los mandamientos del Señor, y á ejemplo de las naciones incircuncisas se precipitaba en las abominaciones de la idolatría, luego que se vió cautivo en Babilonia, varió tanto en su conducta religiosa que escrupulizó cantar los cánticos de Sion, porque le estaba vedado entonarlos en tierra extraña. Y ved aquí cómo el cautiverio fué para él un bien inmenso, siendo de suyo indiferente, y hallándose vestido de todas las apariencias de un grave mal. A este género de males puramente accidentales aludia el profeta Isaías al

decir que Dios es el único que creó la luz y las tinieblas, el único que hace la paz y los males. Pero mejor deberían llamarse bienes unos males enviados por el Señor con fines amorosos y misericordiosos, para que nunca olvidemos que en todo dependemos de su omnipotencia, la cual desde abismos de amargura y tinieblas levanta muchas veces al hombre á esplendorosas cumbres de gloria y felicidad, y para que aprendamos á entregarnos á su Providencia con entera y filial confianza en medio de los mayores peligros y aun cuando humanamente nada haya que esperar, pues jamás permitirá que sea confundido quien le encomienda su salud y su vida.

No tembleis, pues, cuando lle-

guen á visitaros esos males, que vienen de la mano de Dios; acordaos que los ha prometido á los suyos, y que colma de ellos á sus mas fieles siervos mientras son moradores de esta region de espinas. Así se cumple la prediccion del infalible Redentor, que dijo á sus discipulos: Estareis tristes y llorareis, y el mundo se regocijará. Joan. 16. v. 20. Todos los siglos atestiguan el cumplimiento de esta promesa, contándonos en sus historias que han visto ricos de tribulaciones á los justos. El Señor es fiel á su palabra, y por lo mismo del propio modo se cumplirán en los cielos sus promesas de inefable y eterna bienaventuranza.

Entretanto, es necesario que la

justicia divina castigue el pecado, autor de todos los males, que afligen á la sociedad humana. La maldad en general tarde ó temprano experimenta y sufre el castigo que merece, castigo siempre justo y admirablemente proporcionado á las culpas y delitos, que han de expiarse. El Altísimo lo tiene así dispuesto : quiere que los hombres de todas las edades graben en su memoria y corazon esa leccion moral, que les da la experiencia. Examinad detenidamente vuestra vida pasada, y hallareis que cuanto bueno hicisteis recibió su premio mas ó menos inmediato, ó mas ó menos lejano, mas ó menos visible, bajo esta ó aquella forma, y que tambien tuvieron su correspondiente

castigo todos vuestros extravíos. Leed la historia con la observadora meditacion con que debe leerse, y desoubrireis muchedumbre de ejemplos, de premios y castigos tan maravillosos como los de Aman y Mardoqueo. Mas esta ley es general y no absoluta, y en esto resplandece de una manera muy particular la divina sabiduría del Legislador supremo, á quien plugo que en todo tiempo tuviese sus excepciones esa augusta y formidable ley de la expiacion, á fin de presentar á todos los siglos una prueba evidente de que existe otra vida, en que será castigado el criminal, que no lo haya sido en esta, y en que el inocente oprimido hallará recompensas muy su-

periores á sus méritos y padecimientos.

Empero nuestra débil razon no tiene alas para subir á preguntar á Dios cuándo y cómo castiga aquí, y á quiénes reserva para la otra vida los premios y recompensas; se perderia en este abismo de los secretos del Altísimo si se atreviese á penetrar en él. Efecto es de la sabiduría y providencia de Dios el ocultarnos las causas de la mayor parte de los acontecimientos que presenciarnos. Si tuviésemos siempre un conocimiento claro de sus designios y de sus admirables resortes, nuestra obediencia careceria de mérito y no se pondria á prueba nuestra fidelidad; en tanto que sometiéndonos á todas y á

cada una de sus adorables disposiciones como hijos dóciles y amorosos, aun cuando nos deje en la mayor oscuridad, nuestra resignación nos será fecunda fuente de beneficios. Debemos, sí, estar íntimamente persuadidos de que Dios en cuanto hace respecto de nosotros quiere y solicita nuestro bien: el cómo y por qué medios, dejémoslo á su sapientísima Providencia, y no nos pese de nuestra ignorancia. No nos es posible ni útil conocerlos, y acaso nos seria perjudicial, exponiéndonos al peligro de caer en el precipicio de la soberbia.

., Frecuentemente observamos con nuestros pequeñuelos hijos una conducta contraria en la aparien-

cia á sus intereses, aunque solo atendamos á su provecho y adelantamiento, y no piensan ellos en preguntarnos la causa, ni nosotros en darles cuenta del móvil de nuestro proceder. Lo único que les inculcamos es que deben obedecer á sus padres en todo cuanto les manden, sin averiguar lo que motiva sus órdenes. Si tanto respetamos á nuestros padres, que son de la misma naturaleza que nosotros; ¡qué inconsecuencia atreverse á interrogar á Dios, y quejarnos de la ignorancia en que nos deja de muchos de sus secretos, siendo así que la alteza de la Majestad Divina dista infinito de la bajeza nuestra! ¡No es una verdadera impiedad, contra la cual justamente clama el Apóstol

de las gentes diciendo: quién eres, hijo de Adán, para disputar con tu Dios? ¿Dice la vasija á quien la ha hecho: por qué me hiciste de este modo? Rom. 9. v. 20. Yo no os ofrecia mas que el ejemplo de los niños en sus relaciones con sus padres; algo mas adelanta San Pablo: esa argilla trabajada por la mano del alfarero, se presta á todas las formas que se la quiere dar, fiel imagen de las disposiciones que debemos tener en orden al supremo dominio, que Dios ejerce sobre nosotros.

Si teneis tan vivo anhelo por lograr el conocimiento de los misterios de la Providencia, esperad al menos la conclusion, aguardad á que llegue el tiempo del desenlace,

y no entreis de pronto en las inquietudes alarmantes de la zozobra y de la desfallecida desconfianza. Introducidos en una fábrica, y veréis las manufacturas á medio hacer cuán distantes se hallan de la belleza y perfeccion, con que despues han de presentarse al público. Del propio modo me figuro á un hombre, que habiendo nacido en una isla inculta, y no conociendo mas que el mar, ninguna idea tuviese del modo de sembrar la tierra; trasportadle al continente, y que allí vea á un labrador sacar de sus graneros el trigo, que en ellos encerraba con muchas precauciones para preservarlo de la humedad, llevarlo al campo y arrojarlo y extenderlo y abandonarlo, y no

cuidarse de si está expuesto á humedecerse, cubrirlo de abonos y dejarle á merced de los ladrones. Lo primero que se le ocurra, ¿no será que este labrador es un insensato, que quiere perder sus granos? ¿Y quién tendria razon, el labrador ó el ignorante isleño, para quien es desconocido todo aquello? Aguarde al verano, vuelva á ver las espigas ondulantes, que parece están pidiendo la hoz de los segadores, y admirará aquel trigo arrojado al acaso, abandonado, corrompido, podrido debajo de la tierra, ya resucitado, multiplicado con asombrosa fecundidad, que se levanta vigoroso sosteniéndose majestuosamente, y que despues de haber regocijado á su dueño, será el ali-

mento del hombre y la riqueza del labrador. ¿Y cuál no será su asombro al convencerse de que lo que él llamaba pérdida y ruina, fué el principio de la maravillosa producción, que está viendo con sus propios ojos? De tal suerte debemos no precipitarnos en nuestros juicios acerca de las obras del Altísimo; esperemos el tiempo de la cosecha; dejemos obrar á Dios, que es quien cultiva el universo y labra nuestras almas. Pero por este desenlace, que hemos de aguardar con tranquila y resignada confianza en la adorable Providencia, no ha de entenderse solo del que al último ofrecen las cosas de la presente vida, aunque con frecuencia se esclarecen y disipan desde ahora

nuestras dudas, viendo el término de la cadena de los acontecimientos, sino sobre todo del que está reservado á la eternidad. En uno y otro término dirige el Señor todas las cosas á nuestra salvacion, y á pesar de que la economía del gobierno temporal se distingue de la economía de la predestinacion eterna, una y otra se reunen en un mismo punto, que es el sublime y único blanco de las miras de Dios, qual en este mundo se succden las estaciones concurriendo todas ellas á un mismo fin y dando por resultado las nuevas galas, de que todos los años se reviste la tierra rejuvenecida, y los maduros frutos, que salen de sus fecundas entrañas.

Galle, pues, la desmedida auda-

cia de los mortales, que pretende inquirir las profundidades de los consejos del Excelso. ¿Cómo el hombre que es barro, polvo, y ceniza, humo vano, y débil flor de ténue yerba, que se marchita en un soplo, se medirá en ciencia con su Dios, que por su misma esencia es inmensidad de sabiduría, é inmensidad de perfecciones infinitas? ¿Cómo querrá sorprender los inefables secretos del Rey de reyes, que no tuvo principio, ni tendrá fin, y ante quien mudas de asombro se prosternan las puras, las invisibles, las sublimes, las espirituales inteligencias y altísimas virtudes de los cielos?

CAPÍTULO IX.

CONSEJOS ACERCA DE LA DIVINA PROVIDENCIA.

Si entre los fenómenos que os rodean, hay algunos que no entendéis, tomad de ellos ocasion para glorificar á vuestro soberano Creador, cuya sabiduría es tan superior é incomprensible á vuestro entendimiento. Y no digais: ¿por qué así? ¿De qué sirve esto? Creed que tiene su utilidad, aunque no la con-

cibais. Si hay cosas, cuyo uso os es desconocido, existen ciertamente otras muchas, cuyos beneficios no ignorais. No ha permitido en esta vida la divina sabiduría ni que absolutamente se ignoren todos sus secretos, á fin de manifestaros su Providencia, ni que todos ellos sean conocidos para que el hombre no se ensoberbezca. Lisonjando el demonio á nuestros primeros padres con la promesa de que lo sabrían todo, no hizo mas que quitarles aquella porción de ciencia, que ya poseían. No queráis, pues, penetrar lo que no alcanzáis, no hagáis esfuerzos por sondear abismos. Limitaos á lo que se os ha descubierto, ya que la mayor parte de las obras de Dios se ha-

llan envueltas en tinieblas. Ni debéis á la razon del hombre el conocimiento de lo que os ha sido revelado: menester fué que el mismo Dios nos lo enseñase.

Si como á algunos insensatos se os ocurre la idea de que inútilmente creó el Señor las yerbas silvestres, las víboras, los reptiles y los animales feroces, y que el universo estaria mejor sin ellos; tened por seguro que os equivocais grandemente, porque el Hacedor divino despues de concluidas sus creaciones, las aprobó todas, y con su infinita sabiduría descubrió que todas ellas eran excelentes, como leemos en el capítulo primero del Génesis: *Et erant valde bona*. Además, no porque ignoreis las utili-

dades de tal árbol ó de tal planta, habéis de juzgar que ninguna tienen, pues vuestra ignorancia no es suficiente prueba de su ningún provecho, pudiendo servir sobremanera para cosas que no alcanzáis. ¿Y qué habrá sobre la tierra que no esté hablando de la divina Omnipotencia? ¿Qué habrá que no publique la gloria de su Criador? ¿Qué habrá que á su modo no nos incite á levantar á Dios el alma y el pensamiento, á confesar su grandeza y á cantar sus alabanzas?

Reconoced, pues, en todo lo creado las infinitas riquezas del Señor. El espectáculo del universo os eleve á él continuamente, haciéndoos admirar sus bellezas y obligándoos á confesar nuestra ab-

soluta dependencia y el humildísimo vasallaje que le debemos. Él es el único, de quien puede decirse con entera verdad que de nada necesita, que de nadie depende, como Autor de todos los bienes, que ninguna resistencia halla á su voluntad, y que llena los cielos y la tierra. Así cantaba el profeta David: he dicho á mi Señor: vos sois mi Dios, porque ninguna necesidad teneis de mis bienes. Y San Pablo; Dios que ha hecho el mundo y cuanto en él se encuentra, siendo Señor de cielos y tierra, no ha menester de ninguna de sus criaturas, pues él es quien á todos da la vida, la respiracion y todo cuanto poseen.

(Si alguna vez observais que hay

impíos en la apatencia constantemente felices, ú hombres virtuosos, cuya vida es interminable cadena de infortunios, no os sorprendais, y de ningún modo os desaniméis. Nos son desconocidos los resortes de la Providencia, y de aquí nuestra sorpresa y asombro. Acor-daos, pues, que sabeis menos que ella, y por lo mismo acatando sus adorables disposiciones, dejadla obrar, sin perder nunca de vista que en ellas se encierran misterios y divinos tesoros de justicia, sabiduría y bondad infinita. Y si el Apóstol, que fué arrebatado al tercer cielo, se detuvo respetuosamente á la orilla de ese inmenso océano de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios, sino

hizo mas que manifestarnos su admiracion y enmudecer de asombro ¿qué sacaríamos nosotros de nuestras vanas y temerarias cavilaciones? ¿De qué nos serviria la insensata curiosidad, que en alas de una loca audacia vuela en pos de secretos eternamente impenetrables? Hagamos, pues, con la divina Providencia lo que hacemos con el médico cuando nos manda cosas, que no están en armonía con nuestras cortas luces. Nos persuadimos que procede segun los mas rectos principios de su facultad, y aunque puede engañarse, le permitimos prescribirnos cuanto le place. Indudablemente tiene mejor derecho á nuestra docilidad y obediencia el Altísimo, que por su misma esen-

cia es sabiduría incomprensible, y cuyos caminos tanto distan de los nuestros.

No caigais de ánimo por los males ó contratiempos, que la Providencia os envíe, porque mas bien que de ira son señales de amor, y mezcla los bienes y los males, haciéndolos sucederse alternativamente, como el día á la noche y el invierno al estío, á fin de que no nos engría la prosperidad continua ni nos abata la desgracia. Esperad en las adversidades su misericordia, y no os olvideis de su justicia, que de un momento á otro puede vibrar sus rayos cuando vuestro horizonte se halle libre de nubes, y tranquilo y confiado vuestro corazón.

Si os mueve á envidia la apariencia de felicidad, que disfrutan los grandes de este siglo, fijad la consideracion un poco mas en ellos y en cuanto los rodea, y vereis que sus placeres son mentirosos y que sus riquezas les producen mas cuidados que regalos, que el número de sus enemigos y de los que de él murmuran es mayor que el de sus amigos, que su lujo es una esclavitud, que su elevada posicion les hace mas sensible cualquier falta de respeto á su persona, cualquier ingratitud, cualquier descortesía, que hormiguean en sus pechos deseos roedores é insaciables, que la paz ha huido de sus almas, y que sus breves satisfacciones no compensan lo muchísimo que inte-

riormente padecen. Es preciso no pararse en la superficie de las cosas, sino profundizar en ellas para conocer que fué mentira lo que ilusoriamente se creía.

Jamás olvideis que la divina Providencia lo dirige todo á fines, que ella sola conoce, y que para el cumplimiento de sus designios se vale hasta de las maquinaciones de sus enemigos, que permite al mismo tiempo que las desaprueba y castiga. La historia es fiel testigo de esta verdad. Los hermanos de José se propusieron su ruina para deshacerse de él, y le vendieron á unos transeúntes; y el Señor escogió este medio para llevarle á Egipto y encumbrarle luego á la mas alta dignidad de aquel país. Esto

mismo se observa hasta en la sublime obra de nuestra redencion. Judas entrega á su divino Maestro, y la Sinagoga le arrastra al último suplicio; mas hé aquí que el ciego furor de los sacerdotes y pontífices hebreos sirve admirablemente á los amorosos designios del Encarnado-Verbo, que muriendo en la cruz quiere librtar al humano linaje de la esclavitud del demonio, destruir el peccado y abrir los cielos, aplacando y satisfaciendo á su Padre con el derramamiento de su salvadora sangre. No consintais, pues, en la malévola tentacion de creer que la Providencia no se acuerda de reprimir á los perturbadores de la paz de los pueblos, ó de contrariar los planes de los ini-

cues. Si les deja urdir sus tramas y aun llevarlas á cabo, es porque con ellas intenta purificar mas y mas á los justos en el fuego de las tribulaciones, probar su paciencia y coronarla, y por último mostrar su sabiduría y justicia en el desenlace y término del drama. Cuando veais el principio de la escena, levantad los ojos al cielo y decid: allí está el Omnipotente, que ya sabe á dónde ha de conducir el carro de esta revolucion, ó de este imperio naciente, ó de esta guerra fratricida.» El prodigioso misterio consiste en que los hombres por eleccion propia y con entera libertad se determinan á obrar del modo que mejor les parece, y al mismo tiempo son ciegos instruí-

mentos de la Providencia, que encamina el curso de sus acciones libérrimas al fin que se ha propuesto allá en sus adorables arcanos.

Siempre esté fijo en vuestra memoria el inconcuso principio de que la Providencia para ostentar las profundidades de su sabiduría y poder y para confundir el orgullo del humano entendimiento, muchas veces emplea medios, que á primera vista parecen diametralmente opuestos al resultado que se propone. Así castiga á un pueblo para salvarle; así encumbra á un malvado para precipitarle; así permite una guerra para que á ella suceda una paz cimentada sobre bases mas firmes y duraderas; así aflige á sus siervos para después

embriagarlos en celestiales delicias; así empobrece en lo material al que espiritualmente quiere enriquecer sobremanera de bienes mas excelentes. Sus caminos son ocultos; no entreis, pues, en ellos con el pensamiento sino asiéndoos de la mano de la humildad preservadora de caidas y segura guia en las sendas del verdadero saber. Pero sobre todo guardaos de atribuir á la santísima Providencia los desórdenes morales, que ella condena y castiga en esta y en la otra vida. Pues ¿cómo pudiera Dios ser autor de lo que innumerables veces anatematiza en el libro de su revelacion y prohíbe en sus mandamientos bajo las penas mas formidables, y habiendo creado para

castigo de sus infracciones nada menos que las llamas eternas del infierno? Reflexionad tambien que si como caballos de guerra recorren la redondez del orbe diversas y espantosas calamidades, cuyo origen está en la justicia del cielo, vienen provocadas por los pecados de los hombres, y traen la mision bienhechora de atajarlos en el despeñadero de sus vicios y horrendas iniquidades. ¿Y de dónde nace la abundancia aterradora de enfermos y de pobres sino de la falta de cumplimiento de su voluntad divina? ¿Quién destruye la salud tanto como la gula y la lujuria? ¿Y habria tal machedumbre de hambrientos menesterosos, si como Dios quiere, aconseja y ordena, los

mantuviera la caridad de los ricos?
No. La divina Providencia prove-
yó á todo, prometiendo á estos su
infinita gloria si repartian con los
desvalidos de lo mucho, que gra-
tuitamente reciben de ella misma.

CAPÍTULO X.

DE LAS RIQUEZAS Y DE LA POBREZA.

Parece que no hay en el universo cosa que choque mas acerca de las adorables disposiciones de la Providencia que el vário y desigual repartimiento, que hace de los bienes llamados de fortuna. Por tanto conviene no pasar de ligero sobre las ideas de pobreza y riqueza, y detenernos á darles una atenta mirada. Pero antes de entrar en otras

SAN JUAN CRISÓSTOMO.

17

consideraciones , para que desde luego tengamos acerca de ellas una autoridad irrefragable, oigamos al divino Maestro, que nos dice que es imposible servir á dos amos, es decir , á Dios y al dinero. Hé aquí presentada por el que es la misma verdad una particularísima oposición entre el amor y servicio del dinero y el amor y servicio de Dios. Bastaba esto para que el entendimiento del cristiano descubriera á primera vista los peligros, que traen consigo las riquezas, y alejára de ellas su corazon destinado para solo Dios, ni cabe inspirarnos un concepto mas cabal, ni mas vivo de que los tesoros de la tierra, lejos de ser apetecibles, por lo menos pueden envenenar el

alma, apartándola del sumo bien, que es Dios, y ocasionándola de esta suerte la mayor desgracia imaginable. Y tan cierto es que á las riquezas temporales está como vinculada la pérdida del cielo, si se las deja enseñorearse del corazón, que para que no se verifiquen los terribles vaticinios, que acerca de los ricos leemos en la Sagrada Escritura, es necesario que estos con espada de esforzado espíritu rompan el fatal nudo del apego á su oro traicionero, y prefiriendo el yugo del Señor, no consientan sobre sí la ominosa coyunda que le es contraria. Así lo hicieron los opulentos patriarcas del antiguo Testamento, que eran señores y no esclavos de sus riquezas, repartién-

dolas con los pobres y considerándose solo cual administradores de los bienes que poseían. Y á la verdad que el reino y las inspiraciones de las riquezas son muy diversas del reino y de las inspiraciones de Dios: aquellas claman: aumentadnos con lo ageno; y este: despojaos de lo vuestro para enriquecer al menesteroso: aquellas: satisfaced todos vuestros antojos; y este: reprimidlos; aquellas: entregaos á los placeres; y Dios: haced penitencia. Aquellas solo nos hablan de los goces de la vida presente; y nuestro Padre celestial nos manda que le sacrifiquemos todas nuestras inclinaciones y afectos, y que solamente en él pongamos nuestra esperanza, y á él solo di-

rijamos la llama de nuestro amor.

Mas profundicemos algo en la esencia de la pobreza y de la riqueza, examinándolas en sí mismas. Entre las cosas humanas, unas son buenas, otras malas, y otras que pudiéramos llamar participantes de bueno y malo, indiferentes, sin que en sí mismas sean malas, pasan por tales, reputándolas un mal la preocupacion del vulgo. Así por ejemplo la pobreza es comunmente tenuta por un mal: ¿y lo es en verdad? No. Las virtudes cristianas le quitan su aspereza; y la prudente economía, la prevision y el trabajo á veces la evitan cuando ya se acercaba amenazante, y otras veces disminuyen sus rigores y hasta consiguen desterrarla.

A las riquezas se da el nombre de bienes, aunque esencialmente no lo sean, pero llegan á serlo por el buen uso que de ellas se haga. Si por su naturaleza fuesen un bien, serian buenos todos los que las tienen. No siendo esto así, claro está que la riqueza no es intrínsecamente un bien, y que solo sirve de instrumento y ejercicio á la virtud. Me explicaré con algunos ejemplos para hacer mas inteligible este principio. No es la blancura una sustancia, no es mas que una cualidad, un accidente, al cual es necesario un objeto que le determine. Lo mismo sucede con la enfermedad; no existe por sí misma, ni es posible concebirla sino adherida á un cuerpo. Si la riqueza produce-

ra virtud, si fuese un verdadero bien, todos los ricos serian virtuosos; y asimismo, si fuese un mal la pobreza, todos los pobres serian malvados necesariamente; y la experiencia nos enseña lo contrario. Ni obsta que haya pobres, que blasfemen, porque lo son, pues estaria mejor dicho que lo hacen porque no saben ser pobres, porque no tienen valor para serlo. No así Job que estaba tan lejos de blasfemar, que habiéndose visto repentinamente precipitado desde la dorada cumbre de la opulencia á un abismo de infortunio y miseria, bendecía al Señor, diciendo: Dios me lo dió, Dios me lo quitó; sea para siempre bendito su santo nombre. Si hay ricos que no con-

tentos con sus tesoros extienden la mano á los ajenos, no es esto culpa de las riquezas: la causa de tanto mal es el abuso que se hace de ellas. A los antiguos patriarcas servían para ejercer la hospitalidad con los extranjeros; y Abraham en medio de su opulencia cumplía exactamente sus obligaciones todas; Lázaro sumergido en la indigencia merecía la gloria de los cielos. Son, pues, la pobreza y la riqueza cosas indiferentes por sí mismas; y otro tanto puede decirse de la salud y de la enfermedad, de la vida y de la muerte, de la gloria, de los honores, de la esclavitud y de la libertad. Si se arriman al sábio tomará mayor vuelo su virtud. Si fuese un verdadero mal la enferme-

dad ¿qué se diría de Timoteo aquejado de agudísimos dolores, y al cual permitió San Pablo el uso de un poco de vino, para fortificar su estómago y aliviar algún tanto sus habituales dolencias? Pero sus padecimientos no fueron parte para impedirle ceñirse una corona de inmortal brillo, ni la pobreza á tantos como vemos que todos los días pasan desde su estrecha penuria á ser gloriosos reyes en el cielo.

Veamos ahora qué ventajas llevan sobre la tierra los ricos á los pobres. La experiencia universal demuestra que el sueño de los que viven del trabajo de sus manos viene á cerrarles los ojos sin hacerse esperar tanto como el de los magnates, los cuales suelen velar

en sus muelles lechos desasosegándose y luchando con sus cuidados crueles, mientras el menesteroso duerme tranquilamente sobre un tablado, ó en el desnudo suelo. Aquellos que la fortuna favorece comen y beben sin hambre y sin sed, y esta la causa de que no hallen en la comida esa satisfaccion, que ha de preparar el hambre, en tanto que mejor regulado el alimento del pobre siempre llega á tiempo de serle apetitoso y mas gustado. Y si como es indudable, constituye la salud la mayor parte de la dicha, que los vivientes podemos gozar sobre la tierra, no hay quien no esté convencido, porque lo ve, de que en esta felicidad se aventajan los pobres á los ricos.

¿Y qué importa que estos tengan sus casas con mas lujo, si aquellos tienen sus cuerpos con mas salud? El alma, que es la que goza ó padece, no habita en las preciosas sillas, en los espejos relumbrantes, ó en las magníficas colgaduras de seda ó de damasco, sino en el cuerpo que anima, y si este su inseparable compañero la hace continuamente partícipe de sus dolorosos padecimientos, de su postracion y congoja; mal haya el reluciente mueblaje, mal hayan las carrozas, mal hayan los numerosos aduladores, y mal hayan sus inútiles vasallos de oro, que contienen sus arcas. Los campos y las aldeas están llenos de pobres, que sin tales vasallos de metal amarillo desafían la

intempérie, y se burlan del calor y del frío con robusta musculatura, ágiles miembros y fuerza vigorosa, mientras el poderoso propietario amarrado con invisibles cadenas al lecho del dolor envidia la salud del mas pobre de sus colonos.

Pasando con nuestra consideración de la persona á la familia, tambien veremos que en la del rico hay mayores pesadumbres, mas motivos de que arda una guerra intestina. La delicadeza, la esquisita sensibilidad siempre tienen abierto el flaco pecho para recibir toda especie de dardos; los intereses son la tea de la discordia; los derechos que á cada cual se le figura tener al respeto, ó al amor de sus parientes,

ocasionan disgustos insumables. Pero no así en la casa del pobre: en ella se repara menos en quisquillas punzantes, se vive sin tan molestos cumplimientos, reina mas cordial franqueza, y se disfruta de lo poco con menos incomodidades que en los palacios de lo mucho. La falta de hijos en el matrimonio no es tan sensible á los pobres como á los ricos, para los cuales es un dogal la idea de que sus bienes irán á enriquecer manos extrañas. ¿Y quién seria capaz de contar las exageradas necesidades de los señores opulentos? Necesidades, que el pobre no conoce y de cuyo pesado yugo está libre. Aquel tiene por enemigos á cuantos olvidados de Dios son siervos del dinero, y ha

menester porteros, cerrojos, llaves y otra porción de guardias de sus caudales. ¿Pero cómo guardarlos en su muerte? Ya la espera, y tiembla, porque sabe que penetra por las puertas de los palacios con la misma autoridad que en las humildes cabañas de los pastores.

Continuando el comenzado paralelo, contemplad á ese orgulloso prócer, que pasa en la maldad los dias y las noches; vedle en la cumbre de las dignidades brillando con magníficas insignias de mando y poderío; pues compadeceos de su infeliz suerte, y decid resueltamente que es un desdichado. ¿De qué le sirven todas sus riquezas si está vacío de virtudes? ¿De qué le sirve mandar á tantos si no sabe domi-

narse á sí mismo, ni imponer silencio á sus pasiones? ¿Puede con todos sus tesoros sustraerse á las enfermedades, que le arrastran al sepulcro? Parece que por sus mismas riquezas excita mas vuestra compasion, y es cierto que es mas digno de lástima, porque la misma abundancia de lo que tiene le hace mas vivo el sentimiento de lo que le falta. Empero el pobre acostumbrado á privaciones se conforma con ellas mas fácilmente. Y observemos como de paso cuánto yerran y se extravían en sus juicios los que á ese rico llaman desdichado porque padece en el cuerpo, y le juzgan feliz cuando le ven lleno de oro y rebosando salud, siendo así que es verdadera-

mente desventurado, porque el crimen ha echado en su corazón hondas raíces. Y por el contrario, ¡cuánto se engaña el mundo creyendo infelicitísimo al justo, que desposeído de bienes materiales y oprimido por las violencias de la injusticia humana, está encerrado en un oscuro calabozo, pálido el rostro, larga la barba, débil el cuerpo, atadas ambas manos y pendiente de ellas, y quitando á los pies la libertad de moverse, una cadena de rudo y pesado hierro! Sin embargo, su alma brilla limpia, tranquila su conciencia, y tranquilo su corazón magnánimo, bendice á Dios en medio de su absoluta pobreza de todo bien, su virtud le eleva sobre la estrecha esfera de

sus miserias, y la esperanza del cielo le llena el pecho de una dulzura inefable, que le hace venturoso entre las sombras de una vida, que imaginamos desdichada en extremo.

Cuentan algunos entre las desventajas de la pobreza el no poder ejercitar la caridad, dando limosna al menesteroso; y á la verdad que olvidan que hay muchas y diversas maneras de cumplir con lo que se debe á la bellísima virtud de la bondadosa caridad. El consejo, la amonestacion suave, la asistencia al desvalido enfermo, la oracion hecha para consuelo del atribulado, para conversion del infiel, ó del hereje, el servicio material del prójimo necesitado de au-

xilio ; la enseñanza del p rvalo
inocente y otros muchos recursos,
que para su ejercicio y desahogo
de su fervor tiene la caridad cris-
tiana, son,   no dudarlo, obras
tan meritorias   los ojos de Dios
como el repartir crecidas sumas de
dinero con mano generosa; y no
hay para qué decir que todas ellas
est n al alcance del pobre, y que el
Señor no le ha negado los medios
de ser tan caritativo como el rico
mas desprendido de sus cuantiosos
bienes. Además, el Juez divino es
la misma sabiduría y la misma
bondad, y si el pobre no le puede
ofrecer sino sus buenos deseos, en
la balanza de su justicia pesarán
estos acaso mucho mas que otras
obras de caridad acompañadas de

ruido y publicadas por los ecos de la fama. Todo es relativo en el ejercicio de las virtudes: ya sabe Dios que el enfermo no puede hacer penitencias como el robusto anacoreta, y que al pobre no le es posible dar al modo que dan los ricos. Con todo eso, el Señor apreciaba imponderablemente lo poquito, que de su escaso haber sacrifica el pobre en beneficio de otro todavía mas menesteroso. Solamente dos óbolos tenia una pobrecilla viuda, dió uno de ellos, y con tan pequeña limosna oscureció el brillo de los mas suntuosos donativos. Allá en los tiempos antiguos otra viuda en la ciudad de Sarepta acogió en su casa al profeta Elías y partió con él su racion muy mezquina, y la

premió el Todopoderoso extraordinariamente. Hé aquí como tambien la pobreza puede ser rica de caridad, como en efecto lo es muchas veces.

Demos un paso mas en la investigacion de lo que traen consigo las riquezas, y toquemos de mas cerca esa engañosa y gigantesca quimera. Almas hay sensuales, ciegas, metidas, porque lo quieren, en todos los embarazosos enredos de este mundo, y que parecen incapaces de renunciar á esos goces efimeros, flores de un solo dia, sombras fugitivas, cuyos encantos fascinan hasta á los mas prudentes de entre los mundanos, esclavos miserables de esas nocivas superfluidades. Arranquémosles la máscara, y mos-

tremos en su desnuda realidad esos goces mentirosos y engañosos. En tal vida consagrada á procurarse placeres, riquezas, honras, no es posible contar las inquietudes, las humillantes bajezas, los vergonzosos deberes dolorosamente apremiantes, en una palabra, las amarguras á que expone. Ciérranse los ojos á los bienes eternos para no ver mas que lo material, y todo se sacrifica por conseguir el mísero blanco de unos deseos terrenales. Por él se desafían y arrostran los peligros, los remordimientos, las envidias, las enemistades. Un confuso laberinto de cuidados y disgustos es la prision, en que cae el loco, que tan sin tino se afana aguijoneado por la codicia; y al fin,

¿qué ha de quedarle? ¿Qué ha de sacar de su hambrienta inquietud? Una eternidad de suplicios. Y sin embargo, se codician esos bienes, y se hace en ellos consistir la dicha; no se juzga feliz sino al que los posee; se le envidia. ¿Y podrá en verdad decirse que forman la ventura del hombre? No. Una pueril ignorancia oscurece las mentes acerca de ellos, ocupándolas solo con bagatelas, sin que jamás se levanten á la consideracion de objetos mas importantes.

Notemos por último la doble ventaja, que los pobres llevan á los dueños de las riquezas. Son estas como la madriguera de varias pasiones de carácter altivo, las cuales no seria aventurado decir que

son como las ranas, que naturalmente se crían en el fango de los bienes terrenos. No sé qué oculta y misteriosa relación tienen con el orgullo, la ira y otras habituales tempestades del corazón humano, que se forman en las nubes de los preciados metales, siempre que sus poseedores no las combaten con heroico y constantísimo esfuerzo, implorando los auxilios del cielo, y usando de todas las vencedoras armas, que nuestra divina religión pone en sus manos. El voraz fuego de esas pasiones turbulentas, que nacen en el regazo de la opulencia, consume en esta vida al rico, que no trabaje por apagarlo con el celestial rocío de la gracia, y en el siglo futuro le abrasa en los abis-

mos infernales. De estos dobles y espantosos peligros está libre, atendida su índole y naturaleza, la apacible pobreza, que facilmente se hermana con la santa humildad, cimiento de todas las virtudes y camino seguro para la gloria. Así muchos verdaderos filósofos cristianos, convencidos de las inefables ventajas de la pobreza y de los riesgos de sus almas inmortales en medio de las tentaciones de la opulencia, se despojan de ella, y corren á los desiertos á buscar en el desasimiento de todos los bienes terrenos mayor seguridad para su salvacion eterna, las delicias de la virtud y la íntima compañía de su amoroso Dios.

CAPÍTULO XI.

ELEVACION Y CONSUELOS DE LA DOCTRINA DE LA PROVIDENCIA.

Así como la divina Providencia es la fuente de todos los bienes, la doctrina que nos enseña es un inagotable manantial de consuelos y de dulcísimas esperanzas. Con ella no hay un instante, en que no debamos vivir confiados y con el pensamiento y con el alma en las alturas celestiales. El mismo Jesucristo

nos dice, mandándonos continuamente aspirar á los bienes eternos: «buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.» Así libra nuestras almas de las atormentadoras inquietudes del mundo, y les señala por blanco el cielo: tal era el objeto de su mision sublime: bajó el divino Verbo á la tierra para renovar el mundo, quitarle las espinas de los cuidados antiguos y demasiado carnales y mezquinos, y para llamarnos y elevarnos á mejor patria. El fin de su Evangelio es desprendernos de las afecciones terrenas, fin altísimo y diametralmente opuesto á la moral del paganismo, que estaba toda encerrada en el lodo de esta vida transitoria,

sin jamás levantarse á pensamientos de un orden mas elevado. Pero el cristiano sabe que su reino se halla en otra parte.

No estamos en el mundo para haber, para comer y vestirnos, sino para servir á Dios y hacernos dignos de bienes inmortales. Así como los presentes deben ocupar en nuestros corazones el último lugar, tambien deben ser los últimos que pidamos en la oracion. Principiad por buscar el reino del cielo, y todo lo demás se os dará por añadidura. Observemos que esta palabra *añadidura* nos enseña que los bienes presentes no pueden parangonarse con los futuros, que han de ser el objeto principal de nuestras oraciones, con la segura

esperanza de que los necesarios para el tiempo presente han de vernos en pos de aquellos. Buscad los bienes futuros, y recibireis los presentes; no deseéis las cosas de aquí abajo, y no os faltarán. Indigno es del cristiano importunar al soberano Señor de todo lo creado con pretensiones de poca monta; guardad, pues, vuestra solicitud para los únicos bienes, que verdaderamente merecen este nombre. Es rebajarnos el circunseribir nuestros deseos á los perecederos bienes de este mundo. Y así cuando el divino Salvador nos manda pedirle el pan necesario á nuestra subsistencia, lo hace añadiendo la palabra *hoy: dánosle hoy*. No penseis en el día de mañana. Nuestro ado-

rado Maestro nos permite pedirle lo necesario para cada día, y no mas. Quiere que confiemos en que su divina Providencia cuidará de nosotros el día de mañana; y con esto establece el reino de la hermosa paz en nuestras almas, desterrando toda inquietud, y enseñándonos que en el cielo tenemos un Padre amorosísimo, que vela por nuestra conservacion y bienestar, en cuyos brazos debemos abandonarnos como el tierno niño, que tranquilamente duerme en el regazo de su madre. Sí; ofreciéndonos el reino de los cielos, que es mas que todas las cosas del universo, se compromete sin duda alguna á darnos lo que es menos.

Otra de las fuentes de imponde-

nable consuelo, que nos enseña la doctrina de la Providencia es que esta divina reguladora del universo convierte en bienes eternos todos nuestros males temporales, si de ellos queremos aprovecharnos, creciendo en la virtud y aumentando nuestro tesoro de divina gracia por medio de la paciencia, de la resignacion humilde y de la mas sumisa conformidad con las disposiciones de lo alto. Por eso escribia el Apóstol de las gentes: sabemos que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios: *Scimus quia diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*. Aquí vemos que al decir que todo concurre al bien espiritual y eterno de las almas amantes de Dios, no exceptúa

ciertamente la pobreza, el hambre, las enfermedades, las calumnias, las persecuciones, ni otra alguna de las innumerables pruebas, por las cuales suelen pasar los justos en esta senda de espinas, que llamamos vida. ¿Y qué mayor dicha que ir siempre afeando gracia y virtudes, que han de valernos una corona inmortal? Si este es el venturoso fruto de las penas y trabajos, con que el Señor nos visita convirtiéndonos en nuestra futura gloria su bienhechora Providencia, sean benditas las penas, con que aquí nos aflige brevemente, y sobre todo cantemos alabanzas y bendiciones á su adorable Providencia, que de los males fugitivos saca bienes eternos!

Segun esta doctrina fundada en la revelacion el único mal verdadero es el pecado, y no se incurre en él sino voluntariamente, hallándose libres de su mortífera ponzoña los justos que están en gracia de Dios; de donde se deduce que ningun justo tiene parte actual en la única verdadera desgracia que hay en el mundo, mientras todos los otros males contribuyen á su felicidad eterna. Sabe que sus combates le dan derecho á una corona brillantísima, y que esta ha de ser tanto mas gloriosa cuanto mas violentos y dolorosos sean aquellos. Alentado con tan dulce esperanza desafía todo género de adversidades, las cuales lejos de commoverle el magnánimo corazon, lo engrandecen y

DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

subliman. No ignora que el Apóstol ha dicho que los trabajos de la presente vida no merecen la excelsa gloria, que algun día nos han de dar. Rom. 8. v. 18. Está seguro del feliz término de su carrera, y considerando como desde una altura inaccesible estos bienes y males, que pronto pasan, los mira como ligeras sombras, que no hacen mas que mostrarse y desaparecer. No le abaten las pesadumbres, ni le engrien las prosperidades, ni fijan su atencion los honores, ni excitan sus deseos las grandezas mundanas. Todo lo ve y contempla con indiferencia tranquila, solo piensa en su celestial patria, y á ella solo dirige los movimientos de su alma grande hecha para gozar

de Dios y para poseerle sin término en plenitud de gloria.

Aun para las cosas de esta vida son al justo provechosos sus contratiempos: le vigorizan para la lucha, le despojan de la escoria del mundo, le ilustran acerca de sus mentirosas vanidades, y por último le elevan á Dios. No los teme la virtud, pues ni la servidumbre la esclaviza, ni la encadena el cautiverio, ni la indigencia le priva de sus riquezas inmortales, ni la atemoriza la muerte, en cuyas alas vuela á su verdadera patria. Buen testigo de estas verdades son los mártires y todos los campeones de nuestra religion divina, y en particular ese grande Apóstol Pablo, cuya caridad para con Dios no lo-

• graron entibiar ni hacer la mas mínima impresion en su alma los azotes, las cárceles, las cadenas, los tumultos del pueblo enfurecido, los naufragios, ni la formidable muerte amenazadora. Reputaba por nada todas esas y otras muchas horribles tribulaciones, y se gloria-
ba de padecerlas. Ved ahí lo que son para un alma cristiana los decantados males, de que se acusa á la Providencia. Ella los hace escala para el cielo, y los convierte en inefable dulzura y resplandores gloriosos. Mas conociendo nuestra fragilidad y miseria no permite que nos agobie una continúa sucesion de penas y trabajos, sino que de cuando en cuando levanta su mano airada, y nos regala y acaricia col-

mándonos de exquisitos favores. Tal ha sido siempre la conducta de la Providencia, sin que por esto nos propongamos definirla, ni comprenderla, ni adivinar los arcanos de su adorable gobierno. No obstante, fácil es observar que castiga y consuela, que corrige y favorece, y casi siempre hace que alternen los bienes y los males á fin de que no sucumbamos bajo el aflictivo peso de estos, ni por aquellos olvidemos que somos polvo y que á polvo nos hemos de reducir.

Sin embargo, si queremos ser felices al modo que es posible serlo sobre la tierra, seamos virtuosos, y habremos logrado tener en nosotros mismos una abundantísima fuente de consuelos y sobrehuma-

nas delicias. Continuamente nos halagará el testimonio de una buena conciencia; la esperanza del cielo derramará sus dulzuras en los trabajos inseparables de nuestra peregrinacion, y la alegre confianza en el Todopoderoso nos dará fortaleza para no temer los peligros y para reirnos de la misma muerte. Y si quereis saber lo que vale en la agonia haber vivido virtuosamente, acercaos al lecho de un moribundo opulento, que haya gozado de las ventajas y regalos, que proporcionan las riquezas, y al mismo tiempo haya gastado su juventud y ancianidad en el servicio del Señor, y preguntadle qué estima mas si el haber sido rico ó el haberse empleado en obras de virtud, y no

dudeis que el recuerdo de sus riquezas le arrancará un suspiro despreciativo, y la memoria de sus acciones virtuosas le regocijará el alma en medio de sus dolores y de las sombras de su próxima muerte, las bendecirá y dará gracias al Autor de todo bien porque se las inspiró y le asistió para llevarlas á cabo.

Pero en donde mas hay que admirar la Providencia es, á mi juicio, en haber hecho de la virtud una propiedad tal del hombre, que se desposa con ella, que este venturoso matrimonio es indisoluble por mas que se empeñen en separarlo todas las potestades del mundo y del infierno, empleando cuantos medios externos puedan

imaginarse. Ni la muerte tiene poder para disolverlo. Solo el hombre que lo posee puede á sí mismo despojarse del tesoro de su virtud. Solo por su propia voluntad le es dado renunciar á ella. Ahora bien, ¿qué significan todas las quejas y murmuraciones contra la Providencia por los desórdenes de la sociedad humana, por las víctimas del puñal ó del veneno, ó por las repentinas pérdidas del honor, de la salud, de la hacienda ó de la vida, si nada de esto afecta al hombre en lo que verdaderamente constituye su dicha y su nobleza? Sí; que á la esencia del hombre no pertenecen sus placeres, sus honores mundanos, sus riquezas materiales, ni aun su exterior her-

mosura. La virtud es la única cosa, que esencialmente le es necesaria para ser lo que su Hacedor quiere que sea. Y esta voluntad de Dios es su tipo, su norma, su centro, su orden, su fin: los demás son accidentes, que aunque los pierda, no influyen en su esencia, ni en el orden que Dios ha establecido para él. Sobre esos accidentes permite la divina Providencia que tengan algun poder para privarle de ellos, ó hacerles sufrir algun doloroso menoscabo, las vicisitudes de las cosas humanas; mas á ninguna fuerza externa permite que le robe lo mas precioso y esencial, que es su virtud. Así nadie puede recibir daño alguno de otro, sino de sí mismo; y ¡oh cuán glorioso á la

divina Providencia es este privilegio, que ha dado al justo, y cuán consolatorio para quien lo posee, pues sabe que no puede perderlo sino queriendo! En vano el cielo se cubrirá de nubes, en vano estallarán las tempestades, en vano emprenderán los rayos su fulminante carrera, y en vano los abismos enviarán contra él sus devastadores ejércitos, pues si no quiere perderla, conservará ilesa su virtud y triunfará con ella de todos sus enemigos. Por manera que si Dios consiente el torbellino de los escándalos, es para mayor triunfo de la virtud y para su propia gloria.

Así solo el pecado, fruto de su propia voluntad, puede dañar al hombre; cuanto los otros hagan en

contra de él se torna en provecho suyo. No son, pues, las víctimas las que merecen mayor compasion, puesto que ellas ganan en sus trabajos, sino sus opresores y verdugos. Y en efecto, ¿quién mas miserable que el fraticida Cain? ¿Quién mas desdichada que esa Herodias, que hizo cortar la cabeza á Juan Bautista en la prision? ¿Y quién mas infeliz que el demonio, autor de todas las desgracias del pacientísimo Job y para siempre condenado á tormentos inacabables, no solo por su antiguo delito de rebelarse contra Dios, sino tambien por la crueldad con que se ensañó en aquel justo? Pues si la virtud, verdadero valor del hombre, que esto quiere decir *virtud*, no consis-

te en las riquezas, ni en la libertad, ni en los regalos y comodidades, ni en las honras, ni en la prepotencia, sino en la rectitud de su conducta, es evidente que aun cuando pierda todo aquello, nada habrá perdido de sí mismo, ni habrá sufrido un perjuicio real. Pero si llega á perder su virtud, único bien, que le es propio, solo de sí mismo deberá quejarse, siendo semejante pérdida un acto de su libre albedrío.

• En cuanto á los bienes temporales, podemos decir que si bien por ellos mismos son indiferentes, se convierten en daño de su poseedor siempre que este no los dirija y ordene á un fin santo con el auxilio de la gracia preveniente, y velando

sin cesar sobre sí mismo para que aquellos no le corrompan, ni extravíen. De todas estas verdades tenemos las pruebas mas convincentes en las historias de los personajes del Testamento antiguo, que se nos ha dado cabalmente para que veamos en ellas la incontrastable fortaleza de la virtud vencedora de los mas terribles asaltos de sus enemigos y del mundo entero conjurado en contra de ella, y para enseñarnos de un modo práctico la efímera vanidad de las terrenas prosperidades.

CAPÍTULO XII.

**ENLACE DEL GOBIERNO TEMPORAL DE
LA DIVINA PROVIDENCIA CON SU IM-
PERIO EN LA ETERNIDAD.**

El mismo Dios, que es rey del siglo presente, lo es también de la eternidad. La variadísima cadena con que su diestra omnipotente tiene atadas al trono de su justicia y misericordia todas las cosas, que han sucedido y sucederán desde el primero hasta el último día de los

tiempos, se compone de eslabones que abarcan la inmensa série de los siglos, rodean los ámbitos del universo y dilatándose por las alturas de la eternidad, establecen una relacion íntima entre la vida mortal de las criaturas racionales y la inmortal de las mismas en el cielo ó en los abismos. Ahora no vemos esta maravillosa cadena. Y por eso nos admiran algunas disposiciones de la Providencia. Pero el Señor en sus divinas Escrituras nos ha revelado lo bastante para que sepamos que muchos justos son pobres en este mundo porque en la eternidad serán ricos de gloria, y muchos pecadores son aquí dueños de bienes cuantiosos, pero transitorios y fugaces, porque en la eternidad

no han de tener consuelo en su imponderable y tristísimo infortunio. Una corona inmortal aguarda al pobre en premio de su resignacion, y al rico depravado castigos y suplicios terribles si no muda de conducta, si no se enmienda y se convierte á su Dios. En tanto la dilacion del castigo lo hará mas formidable. Y en el dia del final juicio serán diversamente juzgadas las culpas de los justos atribulados, pues ni aun los mas virtuosos están libres de algunas faltas, y las de los perversos contumaces, que gozaron de opulencia y de muelles regalos. Con aquellos se mostrará indulgente el Juez divino, é implacable con estos.

Para confundir á los que niegan

la vida y resurreccion futura, Dios aun en esta les hace ver una como anticipacion de sus juicios, por medio del castigo de los malos y de las recompensas de los buenos. Pues si por una parte jamás se viese castigados á los malos, ni premiados á los buenos, los que tienen por imposible la resurreccion, tomarian de aquí un pretexto para acusar á la virtud de que no servia mas que para hacer infelices á los que la practican, y atribuir al crimen solo triunfos y goces. Y si por otra parte corriesen en el mundo la misma suerte y gozasen de iguales privilegios los justos y los malvados, acaso muchos no creerian en la fundamental y revelada verdad de un juicio venidero.

SCIENTIFIC PUBLICATIONS

Así; pues, para dar mayor peso á su certeza, y favorecer las buenas costumbres, evitando desórdenes mayores, á que arrastraría la ignorancia de este dogma, se complace el Señor algunas veces en fulminar el rayo de su venganza á los pecadores, á fin de despertar de su letargo á los otros con el terror saludable que infunden semejantes ejemplos, que les presagian los rigores de su justicia; al modo que se complace igualmente en sacar de su oscuridad á personas virtuosas, en mostrarlas á la faz del universo y en recompensar con toda solemnidad sus buenas obras, para manifestar que si no lo hace siempre es porque se reserva premiar á todos en su reino de gloria inac-

bable. Siendo Dios justísimo ¿podría su justicia ver con indiferencia impunes á los malvados, y afligidos á los buenos bajo el yugo del infortunio si no hubiese otra vida, en que desaparezca tan extraña desigualdad?

En otra vida pone el divino Salvador la distribucion de los bienes y de los males: á quien me confesáre delante de los hombres, yo tambien le confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos; y al que me negáre delante de los hombres, yo tambien le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos. Matth. 10. v. 32. 33. Para los que hayan renunciado á Jesucristo, suplicios allá en el otro mundo muy superiores á cuanto en este pudiera

padecerse: para los que le adoren, premios muy superiores á cuanto el entendimiento humano pudiera concebir. Y así como el justo se congratulará consigo mismo por haber sufrido algun poco para evitar un suplicio eterno, del propio modo el pecador sentirá amargamente haber tenido algunos breves goces, á los cuales se han seguido castigos terribísimos.

Y sabiendo segurísimamente estas verdades, ¿por qué no descansamos en la Providencia, lejos, muy lejos de estar solícitos por lo que hace ó deja de hacer sobre la tierra? ¿Por qué buscamos aquí nuestro galardón los que al decir de San Pablo nos salvamos por la esperanza? Si algo bueno hacemos

y no somos recompensados, no debemos turbarnos; antes bien regocijémonos, porque nos aguarda un premio infinitamente mas estimable. Y el pecador, que aquí no es castigado, no se lisonjee de quedar impune; su castigo será espantoso, si no lo evita con la penitencia. Llegará el dia en que juzgue el Señor á todas las generaciones: hé aquí lo que nos explica lo pasado, lo presente, y lo futuro; hé aquí lo que forma la apología de la Providencia. Nos admiramos de no ver recompensadas todas las virtudes, y padecemos en esto grave yerro. El Altísimo se reserva un dia, en que juzgará á todo el universo. Hasta entonces nos hallamos en un campo de batalla, pasando por

duras pruebas y peleando sin tré-
gua. Aun no ha llegado para la vir-
tud el tiempo de su recompensa, ni
el del castigo para el crimen.

CAPÍTULO XIII.

MOTIVOS DE CONFIANZA EN LA DIVINA PROVIDENCIA.

No hay para qué manifestar que siendo inmortal el alma que nos anima, nuestra principal aspiracion debe ser el lograr una vida dichosa en la eternidad. Este el sublime blanco, á que ha de dirigirse la esperanza del cristiano. Mas como por nosotros mismos, es decir, por solo nuestras fuerzas naturales, no

podemos conseguirlo, necesitamos saber cuál es en orden á nuestra eterna salvacion la voluntad de Dios, que con su omnipotente Providencia ha de llevarnos al monte santo de su inefable gloria. Para que acerca de ella no tuviéramos la menor duda hizo que su Apóstol escribiese, hablando de él en su primera epístola á Timoteo cap. 2.^o v. 4. *Quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad.* Y el mismo Señor nos dice: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. A este fin creó la naturaleza toda, no habiéndonos sacado de la nada para que perezcamos el que en premio de nuestra fidelidad nos promete su propio reino, y no

aguardó á que naciésemos para llamarnos á esa magnífica herencia de los cielos. Se adelantó á los tiempos, y el mundo aun no existía cuando ya éramos objeto de esta su tierna promesa: Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino, que se os ha preparado desde el principio de los siglos. Matth. 25. v. 34.

Pero mientras se cumplen los designios del Altísimo de coronarnos en su propio reino, ha creado este universo para nuestro regalo y posesion á fin de que hagamos de él una escala, que nos conduzca al cielo, y entretanto sirva de pedestal á la elevada pirámide de nuestras esperanzas. ¡Y cómo no confiaríamos en que su misericordiosa

bondad nos dará la posesion de nuestro glorioso heredamiento, si para que los disfrutemos en una corta vida, en la cual por desgracia tanto se le ofende, ha creado los dos hermosos luminares del dia y de la noche, el aire, las estrellas y los planetas y la tierra con todas sus producciones, sus aguas y sus galas de alegre primavera? ¡Cuán consolador espectáculo y cuán poderoso estímulo para que amemos á nuestro soberano Bienhechor, y meditemos en su inefable bondad para con un sér tan débil como el hombre! ¡Con cuánta munificencia ha provisto á nuestras necesidades y colmado nuestras mesas de abundancia y de regalos esquisitos! ¡Y sobre todo, cuán inestimable bene-

ficio habernos hecho á su imágen y semejanza? Pero su amor y las riquezas de su bondad para con nosotros no se encierran en los lindes de la tierra, que nos ha dado por imperio. Destina su mismo cielo para el alma inmortal que le sirva fielmente! Sí; la multitud de beneficios, que hemos recibido de la Providencia debe hacernos confiar inmensamente en ella. Aunque pudiésemos prescindir del orden natural, que todo conspira á nuestro bien, hallaríamos en el sobrenatural motivos eficacísimos para movernos á una ilimitada confianza y á un encendido amor. Por nosotros envió en la edad antigua sus Ángeles y sus Profetas. Por nosotros bajó el Hijo de Dios, y se

hizo hombre, y padeció y murió y fué sepultado; por nosotros se obraron los milagros de su gloriosa resurreccion. Por nosotros tantos prodigios de misericordia y de justicia, y para nosotros todos los bienes, de que es tan rica nuestra religion divina. Con razon, pues, exclamaba el Salmista: ¿qué retribuiré al Señor por todos los beneficios, de que me ha colmado? Ps. 115.

Si pasamos con la consideracion á las gracias y favores particulares, que la Providencia nos ha hecho, hallaremos en nuestra memoria un cúmulo de beneficios singularísimos, por los cuales le estamos sumamente obligados, y que siendo nosotros muy pobres y misera-

bles no tenemos como pagar. ¿Y no habrá algún medio de mostrarnos agradecidos? Dios nos ha dado un corazón y un alma, que poderle consagrar enteramente, y á cuyos encendidos afectos tiene un derecho indisputable. Encárguese, pues, de pagar una pequeña parte de nuestras deudas para con la Providencia divina nuestra vivísima gratitud; encárguese nuestra absoluta sumisión á sus decretos adorables, y encárguese nuestra filial confianza en su bondad inmensa. Acordémonos de lo infinito que le debemos, y la intelectual presencia de sus multiplicados y grandes beneficios nos excitará á una dulce confianza obligatoria en quien le debe el ser, la

conservacion de la vida, la liberacion de gravísimos peligros, la salud, los bienes, las gracias espirituales y el perdón de los pecados merecedores del voraz infierno. ¡Ay cuántas veces hubiéramos caído en su pavoroso seno llameante si por misericordia no hubiese la Providencia atajado el rigor de su justicia, y dádonos tiempo y gracia para el arrepentimiento!

Y como si nada de lo dicho bastara para inspirarnos amorosa confianza en su bienhechora Providencia, el Salvador se empeña en persuadirnosla hasta con el ejemplo de los pajarillos del aire y de los lirios del campo. Mirad, nos dice, las avecillas, que revolotean por los aires; no siembran, no cose-

chan, nada guardan en graneros; pero vuestro Padre celestial las alimenta. Y si animalillos destituidos de razon no se ocupan de lo que han de comer; ¿por qué habeis de confiar menos que ellos en la Providencia? Nos inquietamos por el vestido que habemos menester; y Jesucristo á fin de que ni aun por esto tengamos cuidado alguno, llama nuestra atencion hácia las flores de los campos. Mirad, nos dice, cómo crecen los lirios; no trabajan, no hilan, y sin embargo, os aseguro que el mismo Salomon en toda su gloria, jamás estuvo vestido como uno de ellos.

Y en otra ocasion, con el mismo propósito de inspirarnos una grande confianza en su Providencia, de-

cia el amoroso Redentor: habeis recibido de ella el alma y el cuerpo, que ciertamente son mas que el alimento y el vestido. Y habiéndos dado lo que es mas, ¿no os ha de dar lo que vale menos? Y haciéndose cargo de que al hombre le ocurre naturalmente pensar en aquello que necesita, no se contentó con haber dicho: *no esteis inquietos por lo que habeis de comer, ni por lo que habeis de vestir*, sino que otra vez dió la razon poderosísima, en que debe estribar nuestra confianza, y es en la solicitud de Dios en favor nuestro, en el cuidado, que su Providencia tiene de socorrernos á tiempo y de darnos todo lo necesario para el mantenimiento de nuestros cuerpos y para

su abrigo y decencia, y así añadió: pues sabe vuestro Padre celestial que de todas estas cosas necesitáis: *Scit enim Pater vester cœlestis quia his omnibus indigetis.*

Mas no quiere el Señor que el hombre abandone el trabajo, pues condena la ociosidad, y le ha criado para trabajar, como se dice expresamente en el libro de Job: *Homo natus ad laborem.* c. 3. v. 7. Lo que pretende es impedir que se trabaje desconfiando, y que nos hagamos desdichados á fuerza de tomar precauciones para el dia de mañana y de cavilar sobre lo que será de nosotros y de nuestros hijos, de nuestro pueblo, de la nacion á que pertenecemos, y del mundo entero, que Dios gobierna.

Quiere que trabajemos confiando en que su Providencia bendecirá nuestras fatigas, y esperando de ella mas bien que de nuestra propia flaqueza el feliz resultado de nuestra laboriosidad y de todas nuestras empresas, y aun nos manda esperar en su bondad infinita cuando nada tengamos que esperar de nuestros amigos, de nuestros parientes, de la sociedad en que vivimos y de nosotros mismos; pues si tanto se esmera en cuidar de pequeños seres como los pajarillos del aire, que ha creado para nuestra diversion y sustento, ¡cuánto mas no velará por darnos todo lo necesario á la conservacion de nuestra vida, habiéndonos mandado que le llamemos *Padre* á nos-

otros, y no á los pajarillos! ¿Y qué maravilla que se dé por sentido de nuestra desconfianza y de nuestra nímia solicitud por las cosas de la tierra, mediando tantas causas y poderosísimas razones para descansar tranquilos bajo la sombra placida de su veladora Providencia? Él mismo ha establecido el orden de esas necesidades, que diariamente nos apremian, y su sabiduría, que es infinita, y su bondad, que es igualmente infinita, no las han hecho para que sucumbamos bajo su tiránica presión, sino para que nos obliguen al trabajo, á poner nuestra confianza en su amorosa Providencia, y á recurrir á ella continuamente por medio de la oración. Si por nuestra parte no cumplimos

sus benévolos designios, y nos inquietamos y desconfiamos, en las espinas de nuestra propia inquietud y desconfianza hallaremos el merecido castigo. Y ora estemos desasosegados y en continua zozobra por los intereses materiales, ora abriguemos sentimientos mas propios de la dignidad de hijos de Dios, no habremos de medrar ni obtener cosa alguna sino por disposicion de la divina Providencia; luego es vano y perdido cuanto se haga y padezca por exceso de solícitud y afanes y consumidores pensamientos acerca de nuestro bienestar y de ese amargo y oscuro dia de mañana, que es una especie de verdugo oculto encargado por nosotros mismos de dar á nuestro co-

razon una muerte lenta y penosa.

La confianza en la divina Providencia nos es particularmente necesaria en el tiempo de la tribulacion; y como Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y suele ofrecernos los remedios aun antes de que lleguen los males, quiso en sus santas Escrituras prevenirnos que habiamos de vernos afligidos por lo mismo que nos privilegiaba su bondadoso amor, y esto á fin de que cuando nos viésemos agobiados por el peso de las tribulaciones, nos llenásemos de confianza, lejos de caer de ánimo. El sábio dice: Cuando entres, hijo mio, al servicio de Dios, dispon tu alma á la tentacion; humíllate, y espera con paciencia, y no te apre-

suren en el tiempo de la oscuridad. Y añade : al modo que la plata y el oro se purifican con el fuego , así los hombres , á quienes Dios quiere hacer suyos , son probados en la fragua de la tribulacion. Eccles. cap. 2. Y en otra parte: hijo mio, no deseches la correccion del Señor, y no desmayes cuando te castigue. Prov. cap. 3.

Podria hacerse la objecion de que hay tribulaciones que oprimen y rinden , y á las cuales no se resiste. Pero semejante supuesto lo niega rotundamente el Apóstol San Pablo, afirmando que Dios es fiel y que no permitirá que nadie sea tentado de un modo superior á sus fuerzas, y que de la misma tentacion os hará sacar prove-

cho á fin de que podais perseverar. 1. Cor. 10. v. 13. Si muchos flaquean y pierden la batalla, dejando las sendas de la virtud al terrible choque de las tribulaciones, no es porque el Señor los abandone primero, sino porque ellos olvidan acudir al tabernáculo de su misericordia; y se alejan de él, verificándose lo que dijo el real Salmista: Perecerán los que del Señor se alejan. Ps. 72. v. 27. Cae una lluvia impetuosa, desbórdanse los rios, soplan raramente los vientos y embisten esta casa; ella empero resiste, y no se desploma, porque está levantada sobre firmes piedras; mas aquella que estaba edificada sobre arena, ha sido fácilmente derribada. La arremetida

de los elementos se hizo á las dos con igual fuerza; mas la primera, que descansaba sobre buenos cimientos, resistió á todos los furiosos empujes; hé aquí la imagen de la virtud. Nada la conmueve, porque sus fundamentos son indesquiciables; pero la otra minada por su propia flaqueza, es decir, por la cobardía, siempre vencida aun antes de ser acometida, no ha dejado de sí mas memoria que ruinas.

Y para insistir en estas pruebas históricas ó de experiencia, recordemos la diversa conducta, que con el Señor observaron pueblos enteros. Lo que hizo la Providencia con la nacion judáica nos animará á confiar en ella, poniéndonos de manifiesto las magnífi-

cas efusiones de su extraordinaria bondad. ¡ Cuántos milagros! ¡ Cuán tierna solicitud para con ese pueblo escogido! Parecía que toda la naturaleza habia recibido la órden de acudir presurosa al remedio de sus necesidades. Á su mantenimiento contribuian los mas admirables prodigios, ahorrándole durante su peregrinacion por el desierto del fatigoso trabajo de cultivar los campos; el maná, que el cielo le llovía, le proporcionaba un género de pan exquisito, que nada le habia costado. Hubiérase dicho que este pueblo habia sido transportado á otro mundo mejor regido por excelentes leyes, en el cual vivia bajo la influencia de un astro nuevo, que con

su llameante fuego iluminaba y dirigia su marcha cuando la noche entenebrecia el universo, despues que una bella nube habia interpuesto de dia su fresca sombra, suspendida sobre sus cabezas, entre los rayos del sol y la nacion viajera, envolviéndola cual pabellon majestuoso, y caminando á su paso. El mismo mar se convertia para este pueblo en tierra firme; le abrió senda retirándose á uno y otro lado, y formando con sus ondas dos elevadas montañas, que se precipitaron luego sobre las enemigas huestes de Faraon, y las sepultaron con airado ímpetu. De las rocas salieron para él fuentes de agua viva; para él enviaban los cielos multitud de pajarillos destinados á

su alimento; y la victoria no le costaba muchas veces ni una sola gota de sangre; destruyó á Jericó paseándose con una orquesta; ni es posible contar los multiplicados portentos, que obró el Señor para persuadirle del grande amor que le tenia. Y sin embargo, vemos á ese pueblo ingrato prosternarse ante las aras de ídolos nefandos, menospreciando á su Dios, cuya Providencia habia desplegado en favor suyo las magníficas riquezas de su milagroso poderío.

Á tal ejemplo de monstruosa ingratitude, opongamos el de otro pueblo, que no habia recibido de la mano del Altísimo tantos beneficios. Oyó Nínive la voz de un solo Profeta, que le gritaba: *Nínive*

será dentro de pocos dias destruida;
y sus habitantes se convirtieron.
Jon. c. 3. Tan extraordinaria mudanza no fué precedida de prodigiosos favores por parte del Señor, que no habia dado á los ninivitas una ley especial, ni hecho alianza con ellos. La sinceridad de su penitencia aplacó la ira divina, y Nínive fué salva por su arrepentimiento, aunque sus iniquidades habian subido á los cielos. Le amenazaba ruina, y su conversion revocó el decreto del Altísimo. Confió, pues, en aquel duro trance que alcanzaria misericordia por medio de su ejemplar penitencia, y la alcanzó, mientras los obstinados descendientes de Jacob se hicieron dignos de exterminio y reprobacion despues

de tantos llamamientos de sus profetas y de una série de milagros, que le dió celebridad ruidosa entre todos los pueblos del universo.

Pero la historia de ese mismo pueblo, que se salvaba con prodigios siempre que se volvía á su Dios, es un clarín de los pasados siglos, que publica y persuade á las edades venideras que nada deben temer los que confían en el Todopoderoso, aunque se vean ahogados por la férrea mano de la mas espantosa tribulacion. Sí; nuestro Dios, que por su esencia es bondad infinita, jamás se mostró sordo á los suspiros, á los clamores y al arrepentimiento de sus hijos acongojados. Quiere, y todo se hace; quiere, y todo cambia. Pues

si estriba nuestra confianza en la bienhechora omnipotencia de nuestro Padre celestial, ¿qué podrá conmoverla, ni qué peligro ó amenaza de inminente calamidad la haría vacilar?... Y si comenzase á flaquear, digamos como el Arcángel en el combate del cielo: ¿quién como Dios? ¿Quién como Dios, que nos defiende y es nuestra fortaleza?

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
SAN JUAN CRISÓSTOMO.	5
CAPÍTULO I.—El orden físico demues- tra que hay una Providencia divina. .	107
CAPÍTULO II.—Continuacion del mis- mo asunto.	123
CAPÍTULO III.—Pruébase la Providen- cia por el orden moral.	145
CAPÍTULO IV.—Respóndese á las ob- jecciones contra la divina Providencia.	158
CAPÍTULO V.—Continuacion del mis- mo asunto.	174
CAPÍTULO VI.—Se vindica á la divina Providencia.	195
CAPÍTULO VII.—Continuacion del mis- mo asunto.	205
CAPÍTULO VIII.—Consideraciones so- bre el carácter, conducta y secretos de la Providencia.	220
CAPÍTULO IX.—Consejos acerca de la	

divina Providencia.	241
CAPÍTULO X.—De las riquezas y de la pobreza.	257
CAPÍTULO XI.—Elevacion y consuelos de la doctrina de la Providencia. . . .	281
CAPÍTULO XII.—Enfice del gobierno temporal de la divina Providencia con su imperio en la eternidad.	301
CAPÍTULO XIII.—Motivos de confian- za en la divina Providencia.	310

En las librerías de Olamendi y Aguado en que se vende esta obra, se hallan las siguientes del Sr. Marqués de Casajara.

Poetas á la Reina de los Cielos. Un tomo en 4.º mayor. Segunda edición. Su precio 10 reales.

Los Séres invisibles. Negar la importancia de los séres invisibles sería lo mismo que negar la de Dios, la de nuestra alma y la de nuestros ángeles de guarda, qué son séres que no vemos y con los cuales son tan íntimas nuestras relaciones. Pero no son estos los únicos de que el autor habla en esta obrita, pues tambien aparecen en ella con su belleza y ocupaciones sublimes los espíritus del purgatorio, y otros varios séres invisibles, que sería prolijo enumerar. Un tomo en 8.º: su precio 5 rs.

La Felicidad del Pensamiento. En los primeros capítulos se establece la posibilidad de

SAN JUAN CRISÓSTOMO.

22

alcanzar alguna paz y dicha para nuestra mente: se la considera como una república de malos y buenos ciudadanos, que son sus pensamientos; y se proponen medios para combatir á aquellos, y agasajos y mando para estos. Discúrrese luego sobre lo que se requiere para lograr la felicidad del pensamiento, haciendo que contribuyan á ella los hermosos pensamientos publicados por otros, la historia con sus recuerdos, y las artes y la naturaleza con sus bellezas. Contémplase á la verdad como una excelente esposa del entendimiento, y se observa el modo con que forma la dicha de la mente, demostrando al mismo tiempo cuánto daño le hacen los errores y las pasiones. Y por último, se prueba que la religion y sus consuelos junto con las virtudes que enseña, son el remedio de los males del espíritu y la fuente de sus mas puros goces. Un tomo en 4.º mayor á 9 rs.

El Talento bajo todos sus aspectos y relaciones.

Esta obra es resultado de investigaciones históricas, dirigidas á averiguar todo lo concerniente á los entendimientos privile-

giados, observando sus tendencias, y como introduciéndose en lo mas íntimo de su vida intelectual para deducir principios y consecuencias, que forman un cuerpo de doctrina. En ella se combaten vulgares preocupaciones; se indican algunas de las causas, que en nuestros dias contribuyen á que los talentos no produzcan los frutos que debieran; se examinan varias cuestiones curiosas, y se trata del origen, de la infancia, desarrollo, peligros, ventajas, desventajas, caractéres dominantes, defectos mas comunes y deberes del talento. Si bien se funda gran parte de ella en el raciocinio, puede asegurarse que no hay aridez filosófica. La amenizan la frecuencia con que el autor ha tenido que acudir á recuerdos de personajes célebres en la historia de la literatura, y la velocidad con que corre de un pensamiento en otro, desenvolviendo rápidamente una dilatada série de ideas muy diversas. Un tomo en 4.º á 9 reales.

Poesías sagradas. La poesía sagrada tiene un carácter peculiar de elevacion y grandeza

cuando la produce un buen ingenio , familiarizado con las augustas y fecundas verdades de nuestra adorable religion ; se presta admirablemente á reflexiones morales , y vuela por un campo lleno de consue- los , de misterios , de luz , de majestad y de gloria. Dificil es reunir las relevantes cualidades que requiere ; pero las composiciones que el autor ha impreso antes de ahora , ya apreciadas por el público ilustrado , son una garantía de lo que ha de encontrar en las que contiene el magnífico volúmen de sus *Poestas sagradas* , acerca de las cuales bastará decir que ninguna se halla inserta en sus obras anteriores , y que todas corresponden á su universal título de *sagradas* , aunque el particular de algunas de ellas no lo haga esperar.

Un tomo en 4.^o mayor de 340 páginas de esmerada impresion y papel superior ; su precio 12 rs. en Madrid y 13 en provincias , franco de porte.

